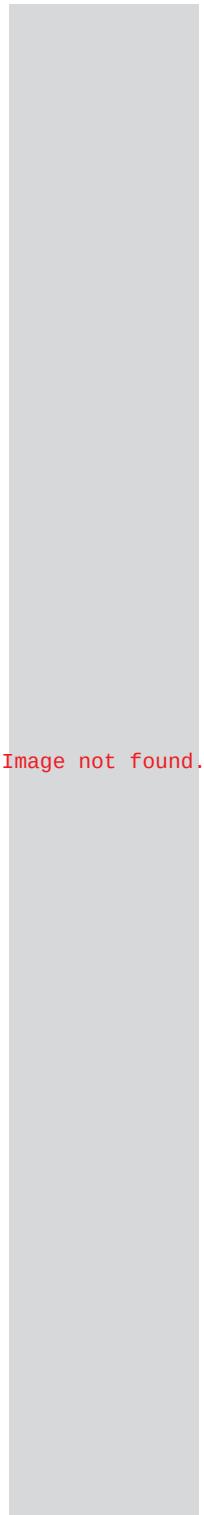
Paraíso

Rodrigo Méndez



Capítulo 1

Paraíso

Novela en 4 actos

Por Rodrigo Méndez

Abril 2017

Capítulo 2

Éxtasis

1980

I

Cuando Emiliano vio el cuerpo desnudo de Erendirani mientras bebía el agua del cielo, juró callar su amor para siempre. En aquellos tiempos la gente acostumbraba llevar las solapas de las gabardinas levantadas para ocultar el rostro, besarse con timidez en una esquina apartada y entristecerse en los días nublados.

Las calles se vaciaban entrado el ocaso, el rumor de las máquinas cafeteras anunciaba el fin de la jornada; las cabinas telefónicas se quedaban mudas para no ser cómplices de las malas noticias. Una costumbre generalizada dictaba regresar a casa con la cabeza gacha y el periódico mojado, si acaso surgía la tentación de recuperar lo escrito en el pasado. Mejor tinta diluida que tragedia nítida. No había espacio para la alegría, por eso las personas deambulaban con cara de querer suicidarse.

Emiliano se resistía a conocer el rostro del sufrimiento, estaba convencido que dejar las cosas tal como estaban era lo mejor para su salud mental. Pero todo era en vano, dolores agudos en la punta del estómago lo asaltaban por las noches; las diatribas del profesor de lengua española, enmarcadas en oraciones subordinadas, no perecían sino hasta la madrugada. Su juicio quedaba atormentado. A los quince años la existencia es un cuarto de aparatos despiadado que experimenta a placer con las dudas de una adultez en ciernes.

Las convicciones, que se negaban a ver otro color que no fuera el gris del amanecer dieron un vuelco una tarde de mayo de 1980. Ese año cambió todo. Erendirani se despertó de su siesta de domingo, tan risueña como de costumbre, e hizo lo que mejor sabía hacer; torturar a Emiliano. Su risa, cual arpa afinada, hacía vibrar al mundo y derrumbaba cualquier muralla que la vida oponía. Es decir, hacía lo que se le pegaba la gana sin inmutarse por las consecuencias de sus actos. Si alguna vez supo lo que era la preocupación fue un día cuando su madre alarmada, interrumpió su estupor en cama para arrancar el llanto del otoño pegado en la cara que entró por la ventana hasta secarse, sin ajar la piel. Habían pasado tres días y Erendirani apenas si se movió.

Se citaron afuera de la secundaria como acostumbraban cada fin de semana para no romper con la imagen que tenían uno del otro; ella una empedernida aventurera, él un malhumorado sin remedio. Se conocieron en la clase de laboratorio de Química. Erendirani miraba hacia el jardín

donde los rayos del sol coloreaban de un tierno áureo las hojas de los árboles. Se puso a pensar si sería posible obtener una centella para su colección de felicidad sin tener que subir hasta el firmamento, entonces puso manos a la obra: tomó un mechero y abrió la llave del gas para incendiar los cabellos de Emiliano.

Una llama obnubiló la sala y cundió el pánico. Una espiral quemante quedó entretejida en el fleco del herido que expelió toda clase de improperios hacia su agresora. Después de una disculpa y la procedente suspensión por indisciplina, Erendirani visitó a Emiliano en el hospital y demostró el milagro a contraluz: cada vez que el peine tiraba del pelo se dibujaba una culebra vivaracha en tonos rojizos y amarillentos. Ella se divirtió toda la tarde acariciando su destello de esperanza con las puntas de los dedos.

*

—¿A dónde vamos a ir? —dijo Emiliano hastiado.

—Siempre pones mala cara a todo. ¿No te apetece ir a tomar aire fresco? —exclamó Erendirani.

—Pues no mucho, yo estaba en la camita, feliz de no ver a nadie hasta que comenzaste a llamar miles de veces por teléfono y tuve que contestar para que no se enojaran mis papás.

—¡Ay, ya no seas niñita! Lo hice por tu bien, además mira el solazo que hace, está bonito y regordete, como aquella vez en el laboratorio de Química.

—No me recuerdes esa anécdota por favor.

—¡Exageras chulo! Si apenas te rocé el fleco, yo quería convertirte en rubio.

—¿Y se puede saber qué haremos? —preguntó Emiliano.

—Es sorpresa, tú chitón y sígueme.

—¿Por qué estás tan pinche loca?

—Mira a tu alrededor, seguro lo notaste camino de tu casa hasta acá. Toda la gente anda aburrida, no pasa nada emocionante, yo no quiero ser triste como los otros. ¡Estoy viva!, hay que ir al parque y pararse de cabeza, beber, soñar, robar, mentir. ¿No sientes que no encajamos en esta vida? —dijo Erendirani.

—Pues a veces me siento solitario pero no por eso me voy a cargar a la humanidad entera con carita feliz. No soy un vándalo.

—Otra vez con el sarcasmo ¡Relájate! Ya te dije una vez, tú eres el único que me entiende, al principio de mala gana pero después todo ha sido diferente. Tienes algo que el resto no.

—¿Y qué es?

—Cada vez que sonríes tus ojos brillan y dan vueltas, no sé si sea la insolación o un empacho por todas las galletas que te empacas pero cuando hablo contigo siento bonito por dentro.

—¿Puedo apelar?

—¡Negativo, soldado! Se hace tarde ¡Vamos! Que el reloj apremia, no quiero que te vuelvan a regañar tus papás por regresar tan tarde, supongo que no les caigo bien de todos modos.

—Creo que a nadie le caes bien, de hecho.

—¡Qué simpático, lindura! Por una vez en la vida estamos de acuerdo, partamos pues.

Erendirani vivía con su madre en un departamento ruinoso de la Colonia Roma. A su padre nunca lo conoció pero todos los días soñaba con su máscara de mil rostros, a veces en una heladería, un parque o una feria. Los vecinos solían mirarla con cierta pena, cosa que ella detestaba; desde muy pequeña se acostumbró a andar sola sin dar siquiera un paso atrás para tomar impulso. Tomó la decisión de ser feliz como quien planta un árbol en medio de la calle y espera echar raíces ahí mismo. No hubo un solo día que no pronunciara una palabra, dejara escapar un suspiro o desperdiciara una pizca de azúcar; así amordazaba al silencio para luego propagar su canto golondrino.

Emiliano cruzaba todos los días Avenida Chapultepec y sorteaba la Glorieta de Insurgentes para llegar a la escuela ubicada en la calle de Mérida. Erendirani lo interceptaba cuadras antes, siempre con un pequeño obsequio en la mano o preparada para asestar por sorpresa un pellizco en las nalgas. Había algo en el semblante de Emiliano que la inquietaba pero al mismo tiempo encontraba cautivador; melancolía. —Este niño es de cuidado ¡Vaya una a saber que mosca le picó! —pensaba. Por ello, su relación se limitaba a las confidencias sin penetrar en los misterios del pasado.

Erendirani no quería ahuyentarlo sino hacerlo suyo como espejo de almas. Bastaba saber lo esencial. Nunca se atrevió a preguntar con exactitud dónde vivía, cómo era su casa, quiénes eran sus abuelos o el nombre del perro. Para ella, Emiliano era una especie de signo de interrogación parido del cosmos y lanzado al mundo con quince años como un viejo sabio que ha visto morir a sus padres e hijos con toda naturalidad.

Llegaron al Parque México al filo de las cinco de la tarde. El epicentro de su amistad. La vida parecía haberse secado, un enjuto organillero hacía sonar su instrumento con desidia mientras las personas miraban absortas al cielo. Solo los pájaros parecían animados porque se aproximaba la hora de dormir. En una esquina, Erendirani descubrió un café con dos o tres clientes que removían su bebida sin muchos ánimos. Los perros callejeros apenas si ladraban y se quedaban dormidos debajo de las jacarandas.
—¡Excelente!, justo la calma que necesito antes de la tempestad —pensó Erendirani. Los dos se sentaron en una mesa con vista a la calle.

—¿Esta es tu gran propuesta de domingo? ¿Salir a tomar un café? ¡Eres una genio! ¿Cómo se te ocurrió? —dijo Emiliano con sorna.

—Apenas es el comienzo, no desesperes chulo, que todavía viene lo bueno — respondió Erendirani.

—Ya sabes que no me gusta el café, el té menos.

—Necesitas un poco de aire calientito en tu corazón, lo vas a necesitar.

—¡Bah! Si para eso están las revistas que esconde mi papá debajo de la cama.

—¡No seas grosero, niño!, no me refiero a eso, sino a tu espíritu.

—Ya lo imaginaba.

—¿Cómo te sientes? ¿Verdad que salir a tomar aire se siente padre?

—Más o menos.

—¿Siempre eres tan amargado?

—Solo cuando estoy de buen humor.

—Pero estás conmigo tontito, no hay porque hacer cara de puchero ¿Verdad, don Cucho? —dijo Erendirani con candor en dirección a uno de

los perros apostados en los pies de los árboles.

Emiliano no pudo evitar reír con timidez.

—Ya sabía yo que caerías en mi trampa, has sonreído.

—Estás de suerte, como en los otros días que también rio por todas las estupideces que dices.

El mundo no se vació de golpe pero una sensación de calma hipnótica invadió la escena. Emiliano sacó del bolso de su chaqueta un pedazo de emparedado a medio comer y se lo dio a don Cucho, que ya no se despegó de ellos y pasó a ser un tercer conversador en la mesa. Erendirani tomó una bola del mundo que reposaba en la barra y comenzó a girarla de forma desordenada.

—¿A dónde quieres ir hoy? —cuestionó Emiliano.

—Oiga, don Cucho. ¡Haga usted favor de girar nuestro destino! ¡Se lo pedimos amablemente! —dijo Erendirani.

La muchacha abrazó al cachorro y después de agasajarlo con caricias debajo de la oreja, tomó su pata y el mundo se puso a caminar.

—¡Alto! —dijo Emiliano

—Hum, cayó en Praga, Checoslovaquia —exclamó Erendirani.

—No me agradan los europeos, tienen un aire muy rarito.

—Pero son divinos y según me han dicho muy cachondos en la cama, cuando crezca quiero casarme con uno de esos.

—¡Asqueroso!, no me pidas ser tu padrino porque ni de chiste iré.

—No seas exagerado, seguro harías migas de inmediato, dicen que se deprimen a cada rato, así como tú.

—Yo no me deprimo, simplemente soy ermitaño.

—Gargamel querrás decir.

—Así es camarada.

Como no sabían gran cosa de Praga, los dos fueron con el dependiente, un señor con cara de niño y bigote grande para pedir prestado un Atlas

enciclopédico. Erendirani pasó las páginas con celeridad y aterrizó en la letra P. Frente a sus ojos aparecieron imágenes vívidas con calles empedradas, un enorme castillo, iglesias con techos altos, un río con tintes esmeraldas y un puente cubierto de nieve. Alejandro se quedó pasmado al observar la última foto largo rato, aquella pasarela parecía una mullida cama de algodón pidiendo a gritos ser pisada. La gente pasando de una orilla a otra, el sol matutino, todo era perfecto.

—Lee para mí, querido, ¡por favor!

Casi en automático, Emiliano comenzó.

—El Puente Carlos es el puente más viejo de Praga y atraviesa el Río Moldava de la Ciudad Vieja a la Ciudad Pequeña. Su construcción comenzó en 1357 y fue finalizado a principios del siglo XV. Durante las noches es un testigo silencioso de los tiempos medievales pero durante el día se convierte en la lengua que comunica dos bocas con ansias de apagar su sed al ritmo de los paseantes y habitantes de esta gran ciudad.

—Es hermoso ¿Ya viste la nieve? Parece sacado de algún cuento. Quiero ir, definitivamente tengo que estar en ese lugar. ¿Me llevas?

—No, que te lleve tu novio europeo si es lo que tanto deseas —dijo Emiliano en tono seco.

—¡Ay, no seas malo!, vamos y comeremos helado hasta reventar, solo se me antoja ir contigo —suplicó Erendirani.

El perro ladró con fuerza como si estuviera exigiendo la orden que Erendirani había pronunciado.

—Aunque lo diga don Cucho, me parece que no podrá ser.

—Eres muy cruel, ya no te quiero —susurró la frágil muchacha.

Poco a poco, como si una de sus cuerdas se hubiera desgarrado, el canto de Erendirani degradó en llanto y comenzó a reverberar en un sonsonete pasmoso. El dependiente miró con desaprobación a Emiliano, don Cucho hizo un mohín de disgusto y se tapó los ojos con sus patas. Pasados unos momentos allende la frontera de la incomodidad, él púber reanudó la lectura.

—¡Mira!, aquí dice algo más. Es una costumbre en Praga, todos los inviernos, que antes de casarse las novias acudan al Puente Carlos para derramar las últimas lágrimas de la soltería antes del gran acontecimiento de su vida. Llorar antes de una boda es de buena suerte porque se da la

bienvenida a la primavera por venir, dejando atrás todo lo malo para renacer en la verdadera felicidad de un buen matrimonio.

—¿De verdad dice eso?

—Lo juro, está aquí escrito.

—¡Es cierto! Entonces sí me vas a llevar ¿Verdad? Porque tú eres el único que me ha visto de llorona y no quiero que mi futuro esposo se entere y me vea hacer el ridículo.

—¡Claro!, para eso están los amigos —respondió Emiliano.

—Lo sabía, entonces sí te quiero —dijo Erendirani, colmando de besos las mejillas de su acompañante.

El cielo cambió a un hábito más amenazante, una falda gris con tonos azules de desesperanza y bordados amarillos zurcidos con truenos. Los paseantes comenzaron a ponerse sus gabardinas, mientras los más pequeños hacían caso omiso del impermeable. La lluvia comenzó a caer con furia, las gotas eran tan gruesas que mancillaban las hojas de los árboles y destruían cientos de nidos.

Los estanques saciaron su sed hasta reventar, los patos se vieron pronto a la deriva, se formó una cortina que se pegó a la realidad como máscara de algún drama. Erendirani y Emiliano miraban extasiados desde su mesa bajo techo, el milagro de la tempestad, hasta don Cucho se puso a perseguir su cola encrespada por los salpicones. Ella no esperó más tiempo y tomó la mano de su cómplice con fuerza para compaginar con la nostalgia del ambiente lo mejor posible. En un mundo que parecía estar condenado por un segundo diluvio universal, lo más coherente era pasar los últimos momentos con el ser querido, la ocasión lo ameritaba, incluso acompañada de la más escandalosa de las propuestas.

—¡En marcha! Es nuestra oportunidad, ya no queda nadie en la Fuente de los Cántaros, quiero aprovechar la lluvia y bañarme ahí como Dios encuerado en su sauna.

—¡Estás completamente desquiciada! ¿Frente a toda la masa que pasa? Yo no voy.

—A la pinche gente no le va a importar, míralos, están todos asustados con sus paraguas. Me prometiste que me ibas a llevar a Praga, pues bueno, este es un primer paso o lo que más se acerca. ¿No te acuerdas cuando leímos en la biblioteca que en el parque más grande de Berlín hacen lo mismo? ¿Qué importan los demás? Mañana será otro día. Además la estatua de la señora esa también está desnuda. ¡Mira qué

bonito escurre el agua por sus tetas!

—No, no y no —dijo Emiliano asustado.

—Será como una clase de anatomía, ¡súper divertido! ¿Qué tiene de malo? El cuerpo así desnudo es lo más natural, no debemos sentir vergüenza por eso. Si no me acompañas, entonces gritaré tan fuerte que romperé tus oídos y me pondré a llorar como histérica, no te la vas a acabar si no cumples tu palabra; me volveré insoportable.

—Prefiero correr el riesgo.

—¿Ah, sí?, entonces voy a gritaaaaaaaa…

Emiliano tapó la boca de ella y se aferró al piso en cuclillas. El estómago le daba vueltas, un sudor frío recorría su frente, su conciencia arremetía contra su cerebro en oleadas de incoherencias y dolores. Supo que no tenía alternativa, aquella criatura era una fuerza irresistible, no había contrapeso que la hiciera retroceder. Cayó vencido sin remedio. Entonces, decidió hacer lo que nunca se atrevió en su vida. Ir contra la corriente.

—¡Un, dos, tres por mí y todos mis enemigos! —gritó Emiliano desaforado en dirección a la fuente mientras se despojaba de sus ropas con alegría inusitada.

Erendirani rio como nunca lo había hecho en su vida y fue tras él. La falda lanzada al aire por la emoción quedó atrapada en una rama, la blusa quedó muerta en el estanque como un nenúfar más. El sostén y las bragas partieron sin decir adiós a los rotundos pechos y la vagina rosácea; liberados del peso de soportar una juventud iracunda.

El agua caía rotunda de las dos vasijas pegadas a la estatua, ahí en la fuente, una roseta al aire libre que filtraba la risa de las nubes. Una ducha celestial. Emiliano se descubrió a sí mismo a través de aquel cuerpo sagrado; tan querido para él que prometió no volver a la recámara de su padre para buscar debajo del colchón lo que la naturaleza ya obsequiaba sin recato. Las caderas tan estrechas como las puertas que resguardan el paraíso, la boca carnosa, el trasero orondo, los pechos inflados de maíz donde abunda la tierra morena, el pelo sedoso y la vagina en su punto exacto de ebullición. Erendirani también se vio con los ojos de un macho cabrío excitado. Vientre ligeramente retumbante pero alegre de grasa y calor de hogar, piernas de búfalo, pecho sólido, pene erecto como espina de maguey, cuello enérgico.

Una voz intrusa rompió el encanto del baño dominical.

—¿Quién está ahí? ¡Ay, pero qué muchachitos tan cabrones! Ahora mismo voy a llamar a la policía ¡Santa Madre de Dios! ¡Ya no hay moral!

Los dos jóvenes se volvieron a vestir a gran velocidad entre risitas y murmullos cómplices. En el momento justo en que Erendirani enrolló la desecha bufanda de lana en el cuello de Emiliano, se produjo un instante de quietud que los llevó a otra dimensión. Frente a frente, con el corazón en la mano y las bocas a punto de reventar él se acercó primero; justo cuando se disponía a devorar la manzana más dulce de la tierra un temor se apoderó de su cuerpo y lo inhabilitó al instante. No pudo, no supo cómo. Se acobardó.

—¡Ya son las siete! ¡Mi mamá me va a matar! tengo que irme —dijo Emiliano desesperado.

—Espera, yo te acompaño, no te abandono, te ayudaré a explicarles lo que pasó— respondió Erendirani, decepcionada por no haber podido saborear la pulpa de un beso furtivo.

—No te preocupes, mañana te llamo, no quiero que te regañen por mi culpa.

—Pero, pero…

Cuando Erendirani se aprestaba a seguir a Emiliano hasta la misma puerta del infierno, éste ya había desaparecido por ensalmo. Una huida cruel y sin esperanzas. Se quedó tiesa y desprovista de hálito amoroso, muda y sin hacer preguntas. De pronto la lluvia cesó pero sus ojos no pararon, ella continuó lo que el diluvio dejó pendiente, regó las plantas con el sabor salino de su pena.

Capítulo 3

II

28 de noviembre de 1980

Erendirani al desnudo

Nota de la autora: Si lees esto chinga a tu madre. Propiedad privada.

Hacía cinco meses que no volvía a llover y desde entonces no he sido feliz. Hoy no es la excepción, estoy peor que nunca. Mi papá ha muerto, ese extraño que se fue de la casa cuando tenía dos o tres años y que golpeaba alcoholizado a mi mamá. Lo encontraron en un prostíbulo de mala muerte con los calzones al revés y los bolsillos vacíos.

Apenas si supe de él en todos estos años, de vez en cuando me llegaban noticias de su afortunada vida; que un día estaba en Laredo vestido de payaso en una fiesta de niños y por la noche en palenques de dudosa reputación apostando dinero que no tenía. A la mañana siguiente, tomando una piña colada mientras descansaba de su trabajo de lanchero para turistas en Acapulco.

Su ausencia nunca fue mencionada en la casa, mi mamá me contaba la mentira de que se había ido al otro lado y que no se podía regresar porque le debía dinero a gente muy peligrosa. Pero yo nunca le creí, le pregunté a mi abuela Maruca dónde estaba mi papá y me dijo que era un bueno para nada, ladino y corruptor de mujeres.

Como todavía no entendía bien eso de corruptor de mujeres supuse que se trataba de un pegamento para borrarles todos sus errores, pero eso es un corrector y no otra cosa. Total, para taparle el ojo al macho mi mamá me entregaba cada mes una postal de Los Ángeles, Las Vegas, Houston, Nueva York y un titipuchal de gringadas donde mi padre me contaba sus peripecias por todo el gabacho.

Este cuento me lo creí hasta los diez años cuando un día mi papá se apareció en la puerta de la casa y como no había nadie aprovechó para llevarme a comer pizza y lanzarme por las resbaladillas del Parque de los Venados. Yo ya había visto su foto en unas cajas que tenía arrumbadas mi mamá en su closet. A ella casi le da un infarto cuando regresó del mandado y no me vio. Supuso que me habían robado o secuestrado, pero en la noche mi papá habló a la casa para decirle la verdad. Mi esperanza no duró ni dos días. Al otro día, las últimas cosas que quedaban de él en

la casa amanecieron en la calle y patitas pa que las quiero.

Se fue sin dejar rastro, no sin antes haberme escrito una carta donde me decía que me adoraba mucho y que a veces los papis y las mamis no pueden estar juntos porque el destino no siempre come amor. Me prometió mandarme recados, ahora sí hechos de su mano, y uno que otro dinerillo para comprarme mis caprichos. Por un tiempo cumplió, después todo se fue al carajo y desapareció de mi vida.

¿Por qué me siento así, demonios? Si nunca lo tuve realmente ¿Por qué llorar su muerte? ¡Muy simple estúpida Erendirani!, porque antes su ausencia solo era temporal y ahora es definitiva. Esa esperanza de que algún día regresara llenaba el hueco que habitaba en mi interior, ahora ya no queda nada excepto los recuerdos para mantenerlo vivo ¡Vaya estupidez! Si el cabrón casi ni se apareció en mi vida y sin embargo tengo grabados sus gestos de sargento, su olor a colonia rancia, los rulos de su pelo y su risa escandalosa.

El funeral fue un bodrio, con todas esas comadres gordas que solo llegan a gorronear la comida y se la pasan llorando como bebés ¡Hum, cómo las odio! Un supuesto compadre llegó desde Tijuana para darle el último adiós, dijo que conoció a mi papá en una ranchería como domador de caballos y por un tiempo se fueron a criar reses a Ensenada. Otro bribón salido de quién sabe dónde me contó que trabajó con él en un barco camaronero de Tuxpan que encalló cerca de Florida. Allá se quedaron dizque a cazar cocodrilos y al contrabando de huevos de tortuga que en realidad eran de gallina.

En medio del duelo quise ponerme filósofa y me pregunté en serio quién había sido realmente mi papá, pero no llegué a ninguna parte, incluso esos señores extraños que lo conocieron tampoco lo sabían; era una especie de fantasma que dejaba su huella en un lugar anónimo para luego retirarse en silencio como si hubiese querido huir de algo o alguien. Pero todas las anécdotas alrededor de él, los lugares que pisó y las cosas que vio parecen tan reales que es difícil negar que existió.

Quizá yo deba hacer lo mismo algún día; desplegar las alas, enamorarme y desenamorarme, amanecer en un lugar que no conozco, comer de los frutos de un río, escalar montañas, embarcarme a cientos de kilómetros de aquí. Sí, ya lo he decidido, porque perderse es la mejor forma de encontrarse, yo quiero ser como mi papá pero sin abandonar a nadie, conmigo me basta y sobra para ver mundo.

Mi mamá se quedó callada toda la noche. Pobrecita, es una completa imbécil, ni una sola lágrima, un ramo de flores o colorete en las mejillas del muerto. Es verdad, mi papá la maltrató y fue ingrato pero hasta el peor enemigo te cambia la vida y entierra sus cuchillas tan profundo que espina el corazón. Así es el dolor ¿Qué no? Te caes, sangras, te

abandonan, lloras.

La vida es una pinche cruda de lunes que te enamora desde el viernes para bien o para mal. Quedarse mustia, ciega y sorda es traición, el pasado no se puede borrar; forma parte de una, te define con arañazos, punzadas, abrazos, besos y cachetadas. Asume lo que eres o muere. Imposible no conmoverse, al menos mi papá los tenía bien puestos para decir —yo soy un canalla y me gusta fastidiar a los demás—; mi mamá es todo lo contrario, no me grita, no me enseña su amor, no salta de emoción, no se desgarra en mil pedazos, no muestra sentimiento alguno. Es una piedra sin alma, la odio profundamente por pusilánime ¿Cómo puede existir alguien con una mente tan retorcida como la suya?

Emiliano me rescató, menos mal que su panza ahora sí lo dejó correr esta vez. A veces se me queda viendo como niño en dulcería y luego me tira todos mis lápices y colores al piso. Es un amor. Es un desgraciado psicópata. El otro día sacrificó a su perro solo porque tenía insuficiencia respiratoria, qué tierno animalito era, yo no quería que muriera pero él se lo llevó cargando a hombros hasta una veterinaria para dictarle sentencia condenatoria. —Es para que ya no sufra— me dijo con su típica risita de niño que tira la piedra y esconde la mano. Quizá tenía razón, a veces hay que ser cruel para demostrar amabilidad, el perro se fue en paz.

Me encanta cuando Emiliano gira sus ojos pispiretos mientras me lee un cuento debajo de un árbol. Me encabrona cuando me deja plantada para ir con sus amigos a jugar futbol. Me fascina cuando habla sobre mi peinado. Detesto cuando no contesta mis llamadas. Suspiro de ternura cada vez que esculca mi mochila para buscar dulces o galletas y me mira con ojos de borrego a medio morir alegando inocencia. Exploto si habla con otras niñas y no menciona para nada mi existencia. Él es mi mejor amigo y quizá el mejor ser humano que conozco.

Después de los pésames de rigor, me tomó de la mano y nos encerramos en mi cuarto a escuchar música mientras el cuerpo de mi papá gozaba de su última siesta. Resulta que el peregrino Emiliano anduvo toda la semana patas arriba buscando el disco ideal para mi boda. Recorrió todas las tiendas habidas y por haber del Centro Histórico a la caza del sonido perfecto; no quería que mi gran día se pareciera a un desfile desangelado de momias y telarañas como el que estaba sucediendo en la planta baja del edificio.

Me vendó los ojos y me hizo dar vuelta para no hacer trampas, después desenfundó el disco y lo colocó en el aparato con suavidad, según podía escuchar el movimiento de sus dedos. La música comenzó, era vibrante y majestuosa, digno de un banquete real o mejor aún, como cuando Afrodita va a hacer pipí rodeada de todas las musas y nereidas en su

retrete celestial.

La pieza que más me gustó fue el Te Deum du roi, elegante y de buen gusto. Pude verme en mi vestido blanco con una cola larguísima y el grupo de vejetes rabo verdes viéndome el trasero como si hubiera sido esculpido por los dioses. También imaginé a mi esposo, un titán de esos que ya no se encuentran tan fácil con el cabello negro, caderas de caballo y pecho de acero. El salón de fiestas lo vi como un jardín adornado con cortinas de seda y rodeado por columnas de mármol semidestruidas en algún lugar lejano de la costa griega, con flores regadas por el suelo y el sabor a mar en mis labios. Todos vestidos de blanco, prohibido otro color; banquete sencillo: pescado fresco (capturado por mis manos y las de mi marido horas antes de la ceremonia como obsequio de la madre naturaleza) y vino blanco de un huerto vecino para todos.

Emiliano me regaló la música de Jean-Baptiste Lully no solo como un recordatorio de nuestra estrecha amistad, sino cumpliendo su promesa de llevarme algún día al Puente Carlos. Europa queda lejos pero sus acordes matutinos me acercarán un paso más a ella. Me imagino nuestro futuro en unos cuantos años. Viviremos en un departamento de dos habitaciones pintado de amarillo, la sala tendrá un balcón con vista hacia el río Moldava. Por las mañanas olerá a flores silvestres y en las noches a chocolate caliente. Emiliano estudiará alguna carrera relacionada con la literatura o periodismo y se enamorará de una mujer bien loca. Los días nevados subiremos hasta el castillo para contemplar los techos de las casas cubiertos de blanco y en días soleados nos tenderemos como lagartos en la azotea.

Después de escuchar el disco nos pusimos hablar del futuro. Aunque no parece tener alma de pata de perro, Emiliano tiene un sentido de curiosidad que consigue ver cosas inimaginables para mí. Por ejemplo, dijo que no podría tocar el piano porque tengo los dedos de tamal, a lo más que aspiraría sería los timbales o los platillos. También insistió que no tengo capacidad para soportar el frío porque me pongo como histérica cuando pierdo la sensibilidad en los pies; me da un pavor morir congelada con las piernas moradas. Por último, explicó que no habría necesidad de flores en el balcón porque mi pelo ya huele muy bonito y no sería necesario perfumar de más la casa. Le sorrajé una almohada en la cabeza y le dije gracias con una sonrisa. Siempre sabe decir lo apropiado en el momento justo.

Sin avisar a mi madre salimos del funeral y tomamos un taxi hasta Satélite. Uno de los chicos del salón organizó una fiesta en su casa, sin padres, por todo el fin de semana. Mi papá me habría dado la razón, —no te pongas triste, ve a la fiesta y diviértete, esta es la edad en la que puedes hacer de todo; deja lo malo atrás—. ¡Claro!, escuché las voces de mi cabeza y no me importó ni el peligro o la lejanía. Emiliano nunca me

abandonaría, sería incapaz de hacerme daño.

Llegamos a las ocho de la noche al condominio donde vive Alberto. Estaba obscuro y no podía ver nada, todos los focos estaban apagados y en su lugar había tubos con una luz negra extrañísima. De fondo sonaba David Bowie, las niñas llevaban faldas muy cortas, había chicos que caminaban de un lado para otro sin camisa.

Hacía mucho calor, fuimos a la cocina y tomamos dos cervezas del refrigerador. El jardín trasero era una enorme pista de baile donde todos saltaban como locos, en un rincón se asomaba una alberca pequeña donde Flora y Alberto se besaban bien grueso. Ella siempre anda de puta con todos los chicos del salón y a cambio de un almuerzo gratuito en la escuela ofrece enseñar una teta. Él es buena onda y divertido pero los demás solo se juntan con él porque tiene dinero.

Un escándalo parecido al que hace un panal de avispas comenzó media hora después. Los chicos del tercero B llegaron sin invitación con un cargamento especial: tequila, ron, ginebra, whisky y unas medicinas bien raras de muchos colores. Emiliano nunca me soltó la mano, ni siquiera cuando se le ocurrió orinar a lado mío sobre el pasto para evitar que Héctor me abrazara. Ese tipo es un asco, nunca se baña y tiene los dientes chuecos, se cree un Sean Connery y ni a Julio Iglesias llega. Me empezó a acosar desde segundo, una vez me levantó la falda en clase de matemáticas, otro día me llevó a un rincón para besarme pero yo le di una patada en los bajos muy fuerte que hasta empezó a llorar. Por suerte, al ver que Emiliano apretó el puño derecho por aquello de las malditas dudas, salió corriendo como méndigo cobarde.

Al filo de la medianoche yo ya estaba muy borracha. Mi mente comenzó a bloquearse, episodios con pantalla en negro llenaron mi mente. Recuerdo poco. Me pareció ver a Daniela vaciar caballitos de tequila en los ojos de Hugo, también a Remedios cantando en el centro del jardín Rapsodia Bohemia sin la ropa puesta. Acaso eran veinticinco o treinta invitados a la fiesta, sin embargo yo creía que se habían multiplicado a mil. Un sonido espantoso torturaba mi oído, me sentía muy ansiosa como si me hubieran inyectado la risa del diablo, mi cabeza giraba a diez mil por hora, sentía una euforia sin precedentes. De repente perdí de vista a Emiliano, no supe si seguía a lado mío o se empezó a sentir mal.

Ahora que empiezo a recordar creo que Hatziri vomitó enfrente de nosotros y después empezó a morder su cuello. ¡No! Esto no es posible ¿Habrá sucedido o es mi imaginación? Me da la sensación de escuchar chupetones, caricias y mordiscos ¡No puede ser verdad! Emiliano no sería capaz. Pero juraría que sí lo vi con mis propios ojos, estábamos en el baño que tiene tina, el del cuarto de los papás de Alberto. Solo funcionaba una luz que apenas si brillaba intermitente como una luciérnaga. Creo que me quedé dormida sobre el escusado, pero entonces me desperté y los vi

desnudos jugando en la tina. Entonces sí sucedió ¿Me estoy volviendo loca? ¿Cómo carajo pasó enfrente de mis narices? Emiliano me las va a pagar.

No, no es verdad, seguro fue un sueño. Sí, eso debe ser, Hatziri no fue a la fiesta. Emiliano me dijo que en un mes se daría de baja porque se mudaría a Veracruz. Entonces si no fue ella… ¿Quién besó a Emiliano? La verdad es que pudo haber sido cualquiera, después de que se acabó la última botella de tequila todos perdieron la razón; Silvia comenzó a besarse con dos chicos, Juan Pablo se armó de valor y fue hasta la boca de Leonardo. Las gemelas Rodríguez se pegaron como gusanos a Roberto, el capitán del equipo de basquetbol. Se comportaban como perros y gatos con chillidos desgarradores que hasta daban ganas de separarlos con un chorro de agua, era un sonido agudo que lastimaba la conciencia. Siempre vi al sexo como lo más natural del mundo, como un acto puro y noble pero lo que sucedió en ese jardín no tiene nombre; era la depravación de la raza humana.

Entonces me desperté, en esa misma tina putrefacta donde vi a Emiliano retozar con Hatziri, Virginia, Sofía o cualquier puta con un nombre de mierda. Él ya no estaba ahí ¿Acaso me abandonó en el momento más triste de mi vida? Vi a mi padre en las sombras, luchando por salir de ese sarcófago donde ha quedado aprisionado, si pudiera verse a sí mismo volvería a fallecer; su libertad era sagrada, lo que más quería en el mundo. Sentí el desamparo de Dios como si hubiese mandado a marchitar todas las flores del planeta. Por supuesto lloré y mis manos me pesaban, mi cuerpo estaba ido, mi mente débil. Sentí que me ahogaba, sentí que me moría.

Capítulo 4

III

Hacer verano en un vaso es un cuento para otro ocaso. Oye, Emiliano ¿Estás ahí? ¿Recuerdas quién soy? Nunca te vayas a olvidar, ¡eh! Tú y yo hicimos un pacto, no vayas a echarte para atrás; a estas alturas ya no hay arrepentimientos. Si no quieres retroceder en el tiempo para atestiguar como nos conocimos, yo puedo intervenir por los dos. No finjas demencia. Fue un día soleado, tenías apenas cuatro años y estabas perdido en el bosque de Chapultepec. Por alguna estúpida razón tú papá descuidó tu atención por un segundo y de repente ¡zaz!, te metiste en un verdadero embrollo: montado en uno de esos botes de remos en el lago mayor, ¡diantres, diantres!

¿Cómo lograste escurrirte entre tanta gente sin que nadie te viera para llegar hasta ese lugar? No creo que sea un misterio, solo seguiste tus pasos como quien encuentra las migajas del pastel de mamá en el piso. Si hubieras visto la cara de felicidad que pusiste cuando rozaste esos globos rojos elevándose al cielo regresarías sin dudarlo. Sí, querido Emiliano, alguna vez tú fuiste muy alegre y todos se carcajeaban de tus ocurrencias; a la hora de comer con tus olorosas flatulencias, jalando los bigotes a los gatos de la casa, aventando el arroz hacia arriba como si fuera nieve, dibujando obras de arte con crayolas en puertas, paredes y ventanas. Un rebelde sin causa.

Al darte cuenta de tu proeza no sabías si reír o llorar, estabas solo, el viento era fuerte y la barcaza comenzó su inexorable viaje a la velocidad donde se miran todas las cosas por primera vez. Pensabas que a lo mejor te encontrarías al oso Barney con su sombrero y bastón brincando de un lado a otro en esos hongos enormes que asoman su cabeza por encima del agua o quizá un dinosaurio larguísimo con boca de trompeta asqueroso te devoraría. Sentiste miedo porque te alejabas de este mundo para ir a ninguna parte; comenzó a hacer frío, alrededor todo era negro y sin vida, ni señor gato, árbol, abuelo con quien hablar.

Ni pensar en bajarte de esa nave, en casa todos los días mamá te bañaba en la tina blanca con agua calientita pero esa vez todo era diferente, se trataba de una bañera enorme sin bordes o paredes. La nada que se tragaba todo y no lo regresaba: patitos de hule, juguetes, esponja, cepillo y hasta niños como tú, ¡ayuda, ayuda!

La voz no te salía, estabas aterrado, tus piernas comenzaron a temblar como gelatina, querías bajarte de ahí, abrazar a papá, sentir los mimos de mamá, perseguir al perro, recibir recompensas de la tía Elena. Entonces te vi cara a cara. Tu rostro brotó en mi interior como una especie de primavera adelantada, registré todos tus gestos, sonidos y esperanzas con

la punta de mi nariz, el borde mis labios y el brillo de mis ojos. Bastó solo un segundo y nuestro sello en agua quedó fijado en un espejo delator.

En el momento que lanzaste tus ojos al fondo del lago y coincidimos nuestras almas ya no tuviste pánico. Una sensación de seguridad invadió tu cuerpo ¿Quién otro pudo haber logrado aquel milagro sino tu propio reflejo? Señalaste con el dedo la verdad que te acompañará hasta la muerte; —no estoy solo—. De tu boca surgió la palabra mágica con la torpeza propia de los cuatro años; —Millano, millano. Emiliano también puede pronunciarse con doble <<ele>>.

Los detalles del rescate no tienen mucha importancia; si un vigilante del bosque fue el que escuchó el llanto o si una pareja de enamorados te vio a lo lejos desde otra barcaza, seducidos por la tentación de encargar familia. Por suerte saliste ileso, las personas no se podían explicar cómo no te ahogaste si lo más común en un niño es que intente nadar o chapotear por pura diversión. Tampoco se pudieron explicar cómo una embarcación tan pesada pudo haberse movido sin la ayuda de los remos, pero yo te puedo decir la verdad: quería encontrarte antes de que fuera demasiado tarde, impedir que tu soledad izara su vela hacia lo desconocido. Soplé tan fuerte como pude, te arrojé al vacío con el objetivo de no dejarte ir. Juré ser la voz de tus recuerdos, la guía de tu mundo, el azote de tus enemigos.

No me lo tomes a mal pero a veces puedes ser una verdadera piedrita en el zapato. Fui yo quien te ayudó a enterrar el cadáver del gato cuando lo envenenaste accidentalmente dándole de comer jabón. También intervine un día en que se te ocurrió vaciar el jugo de naranja en el tanque de gasolina del coche de papá para que tuviera más energía; te dieron una cueriza y me culpaste a mí. Cómo olvidar el día que pusiste tu tarántula en la cabeza del novio de tu hermana mientras se besaban a escondidas en el sillón.

Tú me dirás: ¡Instigador despreciable! Solo sirves para lo malo y lo bueno se queda a un lado ¿Dónde estuviste en el 78 cuando intenté invitar a Viridiana al cine? ¿Por qué no me acompañaste cuando se murió mi abuelo? ¿Qué hiciste para evitar la enfermedad de mi hermanita en el 70? ¡Maldito bastardo, maldito bastardo!

Bueno, qué se le va a hacer, los de abajo también juegan, las circunstancias a veces no contribuyen a aminorar el dolor, hay eventualidades no calculadas. Pero falta decir lo más importante, yo no soy Jesucristo ni un Deux ex Machina que lo arregla todo de un plumazo; solo puedo ser tu conciencia, confidente, consejero, amigo imaginario, flujo de catarsis, facilitador de fantasías sexuales y hasta doctora corazón. Voz en off y nada más.

Fui yo el que evitó el suicidio de papá cuando perdió el trabajo, fui yo el que reunió a la familia cuando todo parecía irse al carajo por la muerte de tu hermanita, fui yo el que te sacó de las apuestas clandestinas del pasado a espaldas del director, fui yo el que recomendó a mamá que dejara de fumar, fui yo el que llamó a una ambulancia desde la cabina telefónica cuando aquella mujer del metro estaba a punto de dar a luz y fui yo, nunca lo olvides, el que te presentó a Erendirani.

Niégalo, te reto a que lo intentes. ¡Putito, putito! Sudabas frío cuando te la encontrabas en los pasillos, en el patio del recreo, en la salida de los baños, en todos lados. Yo te di valor, te dije al oído: —esa chica vale oro, no la dejes ir, serías un pelmazo si dejaras pasar la oportunidad—. Menos mal que me pediste coraje, arrojo, decisión, perseverancia. Después del episodio del mechero en el laboratorio de Química dudaste toda una semana sobre cómo reaccionar. No te niego crédito, arrojaste tu orgullo a la basura y después que te visitó te lanzaste a su casa con un ramo de flores y una caja de chocolates. Algo cursi el asunto pero sincero del corazón. Por primera vez viste al sexo femenino como un jardín que hay que regar a diario si no quieres verlo secarse.

De esta chica querías saberlo todo; por qué se ponía contenta en días de lluvia, su rostro pálido los viernes por las mañanas al decir adiós a su madre, sus arranques de euforia cada vez que escuchaba a Joan Jett and the Blackhearts, la adicción a los pastelillos de crema, el deslumbramiento por los caballos, su pasión por los viajes y la forma de mirar a los ojos. Ahora que lo piensas bien es lo mejor que te ha pasado en estos quince años de vida. La pregunta es: ¿seguirán en contacto diez, quince o veinte años más adelante? Complicado afirmarlo o negarlo, ni tú mismo sabes qué demonios harás en un lapso tan largo pero te atreves a especular hipótesis.

Te casarás con ella en el lejano año 2000. ¿Te cae, te cae? No falta tanto pero el saber que ya no existirá el famoso mil novecientos previo a emitir lo que sigue resulta un poco inverosímil. Veamos qué más. No vivirán en Praga, donde ella está empecinada en echar raíces, tendría que ser un lugar cálido y exótico más parecido al Istmo de Tehuantepec pero sin insectos venenosos. Pongamos la Isla de Cozumel por ejemplo, un sitio casi virgen y lleno de paz.

Tú te dedicarás a escribir novelas mientras ella podría ser una perfecta bióloga marina. Hace tanto por los animales que te da ternura cuando intenta curar hasta las patas de los pájaros más diminutos. Beberán cerveza ligera y dormirán largas siestas por las tardes, al anochecer harán caminatas nocturnas por la playa para recolectar conchas marinas. Mirarás feo a todos los hombres que intenten abordarla pero no recurrirás a los golpes o amenazas, mostrar símbolos de machismo sería cavar tu propia tumba. Quieres que sea libre, independiente, una naranja completa que nada tenga que ver con mitades o suplementos alimenticios para

subir de peso.

Hum ¿Quieres que te diga la verdad? Nada de eso pasará, ¡te faltan huevos, te faltan huevos! Están condenados a ser un par de extraños que se encuentran por un tiempo y después se alejan sin remedio. En cinco años tendrás veinte, solo te importarán las fiestas universitarias, escapadas de fin de semana a Cuernavaca, amigas cariñosas con quien desquitar el tiempo invertido, alcohol y excesos, películas en algún cine tétrico a las doce de la noche, excursiones nocturnas por los bajos fondos de la calle Donceles junto a los vagabundos piojosos.

En diez años quizá estés muerto. No te engañes, te gusta la buena vida, eres egoísta y buscas tu propio placer. Por más que te esfuerces eres una de esas estrellas errantes que como Dean Moriarty están condenados a pedir una moneda en el camino y dar vuelta a la página. La olvidarás muy pronto, no porque llegue a decepcionarte o aburrirte, simplemente porque tu naturaleza es dejar las cosas abandonadas. Además te da miedo el amor.

¿Qué quieres de la vida? No se trata de una pregunta más, es el fondo del abismo que todas las noches amenaza con tragarte, como el enorme lago negro de Chapultepec. Quizá la pregunta está mal enfocada, debería decir: ¿qué puta madre es la vida? Un transitar achacoso lleno de enfermedades del corazón, una pensión de diez mil pesos, un seguro dental y una cadera de acero por tanto golpeteo sexual.

Pero también podría ser una chica hermosa de bellas facciones que se levanta a caminar todas las mañanas cuando el cielo todavía está ciego, un hijo que se despierta en la madrugada y se mete entre el padre y la madre en las cálidas sábanas, un viaje por Europa a través del arte del autostop, un concierto de los Sex Pistols en algún bar londinense lleno de humo. Sobre todo, unos dedos aferrados a una ráfaga de sol en el pelo y un olor a durazno impregnado en el cuello. Como remate final un beso de buenos días.

Te señalaré una última cosa, puede que te duela un poco pero advierto que nada de lo que digo es mentira. Erendirani no se va a enamorar de ti nunca. Pasemos a los hechos evidentes: ella es una hermosura y tú un monstruo sin ningún atractivo, ella es segura de sí misma, tú apenas si sabes sostener la cuchara del postre, ella es capaz de sacar lo mejor de las personas que la rodean, tú eres una mala influencia, ella tiene compasión por aquellos que no saben defenderse, a ti te importa un bledo ayudar al prójimo, ella posee una disciplina de vida, tú no sabes un carajo de poner en orden siquiera la recámara donde duermes.

Ella es un cometa que esparce su polvo estelar por el mundo anunciando regocijo, tú eres sencillamente nadie. Inseguro y desconfiado hasta de su propia sombra. Está fuera de tu alcance, ella juega en Primera División, tú

con trabajos acabas de ascender a la Tercera, donde abundan las que tienen acné o usan zapatos ortopédicos.

Mírala, ahí viene. Tan bonita que se ve con su vestido de flores y sus botas negras de piel, parece sacada de un concierto de Simon and Garfunkel con su mirada soñadora y sonrisa de modelo. Fue una buena idea venir a esta fiesta; un poco loca a tu manera de ver pero animada. Debe estar pasándola mal, pocas veces se pierde a un padre dos veces, ella quizá lo extravió diez o quince pero la intensidad del dolor ha ido aumentado, de manera que ahora forma parte de un todo gigante que no se puede medir o estimar.

¿Qué desea? ¿Querrá otra cerveza? ¿Regresar a casa? ¿Fumar un cigarrillo? Todo en esta chica es un enigma, imposible adivinar sus necesidades básicas de entretenimiento, a veces pone una cara de aburrida que te preguntas si eres demasiado cabeza hueca por no ponerle atención o esa es su postura cotidiana. No, tú eres un tipo a toda madre, de lo contrario ya ni te hablaría. Tienes un sentido del humor que roza la socarronería de los dioses: ¡oh sí! ¿De qué color era el Porsche de James Dean cuando murió? Obvio, blanco estrellado ¡Un momento! Basta de estupideces, concéntrate en Erendirani.

¡Qué demonios!, ¿qué le acaban de entregar a Hatziri las gemelas Rodríguez? ¡Vaya, unas pastillas de colores! Cada vez inventan nombres más ridículos para las drogas, por qué no dicen: se llama Éxtasis y se acabó el asunto. Pero así son las niñas remilgadas, las que nunca se han atrevido a nada en su vida y de repente se les ocurre transgredir las reglas, es pura pose. A todo lo estridente le cambian de nombre; al pene le dicen gigio, a la vagina le dicen flor, al culo le dicen pompis, al sexo le dicen reproducción, al rosa le dicen rosita y vete tú a saber cómo nombrarán a un cachorro o un bebé.

Se te ha ocurrido una idea. Es arriesgada pero al fin y al cabo bajo supervisión emilianesca no hay riesgo. No se trata de perder el control ni mucho menos, será para pasar el rato y ya. ¿Qué tanto es poquito? Tú no te atreverías a ponerle una mano encima a Erendirani, mucho menos a lastimarla o exhibirla, pero te preocupas por su estado de ánimo, el futuro que aguarda con su ser dividido en día y noche. La velada es joven, la muerte se ve muy lejos. Cinco pastillas y nada más, se sentirá mejor por la mañana, un viaje siempre es para bien, más si se trata de explorar el interior de uno mismo.

Poema al éxtasis

Sube a mi cuerpo,

el mar aún está lejos,

dame de beber leche,

también al cielo.

Besa mi lengua,

con dulzura y cariño,

no te detengas,

hasta que sueñe contigo.

*

Se está acercando demasiado a la orilla. No dejes que se sumerja, Erendirani no sabe nadar. Suelta a Hatziri y deja que sus complejos de niña estúpida los resuelva otro, esto es de vida o muerte. ¡Cuidado! El agua está muy fría, podría congelarse hasta los huesos, no permitas que parta sin ti. El barco va a naufragar ¡No respira! ¡Por Dios, no reacciona! Sácala de la tina y abre su blusa, el corazón se está apagando.

Bombea con tus manos el pecho. Movimientos fuertes pero exactos, ella no puede morir, tiene que salvarse y vivir sus sueños. ¡Puta madre! No fueron cinco pastillas, aquí hay un arsenal para drogar a todo un ejército ¿En qué momento se convirtió todo en un infierno? Estaban bailando, bebiendo y de repente desaparecieron, el mundo los extravió.

¡Por fin! Ya respira. Tú pequeña preciosa tiene vida ¡Maldición! No hay tiempo para cursilerías, no dejes que se enfríe, dale tu chaqueta y cubre su cuerpo. Entrégale calor de humano, abrázala fuerte porque puede desintegrarse así nada más y si desaparece estarías perdido. Diez segundos son una eternidad amorosa.

¿Te das cuenta de lo que has hecho imbécil? Salvaste su vida, ahora ya no podrás evitarla, se acabaron los planes por separado, ella ya forma parte de ti. Tendrás que enamorarla o si no… ¿Vas a hacerlo o no cabrón? No me defraudes, ¡no me falles, no me falles!

Capítulo 5

Marihuana

1985

IV

Erendirani ensayaba en su cabeza la sonata para piano número 14 de Beethoven recostada en la cama, deslizando sus dedos sobre la sábana, vuelta marfil de seda, cuando la tierra comenzó a vibrar. El reloj despertador marcaba las siete de la mañana con diecisiete minutos del jueves 19 de septiembre de 1985. Las notas quedaron agarrotadas al instante, el tempo de la respiración entrecortada acompañó la muerte del último compás.

Decidió, sin otro remedio, permanecer inerte para no provocar más la furia del inframundo. Hundió la cabeza en la almohada y elevó unas cuantas plegarias. No sabía a quién dirigirlas, si al aura irónica de Emiliano o al cobijo bienhechor de su padre fallecido. Dios estaba muy lejos, su intervención sería fútil, el temblor era su culpa, su obra. Estaba sola, su madre había ido al mercado a comprar pan y leche para el desayuno, el canario que siempre cantaba al salir el sol se había quedado mudo, el estertor aproximaba sus pasos.

Los vecinos del edificio comenzaron a gritar improperios, lamentos, súplicas, llamadas de auxilio, sandeces y hasta profecías condenatorias. Comenzaron a buscar la salida más próxima del piso en desorden, las escaleras se nublaron de pánico, se escuchaban los lloriqueos de bebés que volvían locas a sus madres.

El eco de un colapso susurró a su oído el himno de los hados fallidos pero la determinación se impuso. Para combatir al miedo, Erendirani comenzó a tararear una canción de cuna que su abuela Maruca entonaba para lograr que se durmiera durante los primeros meses de vida. Cuando la escuchó por primera vez con plena conciencia se enamoró de la letra:

Duerme duerme, negrita, que tu mama está en el campo, negrita…

Pasadas las ocho se levantó de la cama con tiento. Afuera resonaban las sirenas de las ambulancias, carros de policía y bomberos. No había línea de teléfono y energía eléctrica, en vano trató de encender el televisor para saber la magnitud de los hechos. Sin otra cosa más interesante qué hacer

abrió la tapa del piano y se puso a tocar.

En medio de todo aquel caos, el gorjeo de las teclas parecía fuera de lugar, algunos vecinos del piso superior que también habían decidido quedarse se sintieron ofendidos: —¡Calla esa música infernal pinche loca! ¿Acaso no ves lo que ocurrió? ¡Bájale a tu fiesta, sinvergüenza! —dijeron. —¿Quieres que llame a la policía?—gritaron. Erendirani ni se inmutó, tocó cada vez más alto para serenar su estado febril, gruesas gotas de sudor escurrían de su frente; lo llamaba a él para que viniera en su auxilio.

Hacía dos años que no veía a Emiliano con regularidad, un día al mes como máximo. Siempre ocupado de aquí para allá con sus prácticas de estudiante en vías de convertirse en un periodista de nota roja. Pensaba en él a menudo, sobre todo cuando a la salida del Conservatorio regresaba a la Bella Italia y pedía una copa de helado enorme que no lograba acabarse. Se ponía triste por no verse rodeada de ese chico regordete con sonrisa pícara que devoraba los restos de comida que otros dejaban. Por supuesto, en las mañanas también lo evocaba, cuando afinaba su guitarra que le regaló su mamá cuando cumplió diez años y notaba el brillo del sol en las cuerdas tensas. Éstas no eran tan suaves como el pelo de Emiliano.

Pero no todo era separación inexorable. En sus ratos libres él la llamaba por teléfono para saber cómo estaba, qué hacía, sus progresos en el piano o sus conquistas amorosas. Erendirani solía contestarle seca y sin muchos ánimos, le respondía de mejor manera vía postal; en papel se desvivía en describir recuerdos nítidos de su infancia, aspiraciones profesionales, lugares a visitar, frustraciones y últimos libros comprados en algún estante vetusto. Aunque el contacto en persona había decaído, ella sentía que sus lazos a pesar de todo se fortalecían y se hacían más profundos, como la relación de un pecho de mármol con la caricia del escultor. Erendirani hizo saber esta información a Emiliano un día que ella lloró cuando tocaba Il Pensieroso de Liszt, pieza de los Años de Peregrinaje que tanto le gustaba.

*

—Ya no me visitas los domingos, eres malo, te olvidas de mi muy rápido —dijo Erendirani con pesar.

—Pero si fuimos al cine el viernes con tus locas amigas del clan Bovary —respondió Emiliano.

—Eso fue la semana pasada, tiempo pretérito ¡Caput! Harina de otro costal, episodio finito. Yo estoy hablando de los domingos, donde solo estamos tú y yo sin que nadie nos moleste, extraño mucho hablar contigo,

ya lo sabes bien y te vale. Por cierto, ¿cómo es eso de mis amigas del clan Bovary?

—¡Ah, pues muy fácil! Porque siempre se andan enamorando y desenamorando del mismo tipo de sujeto patán para después cambiarlo por otro igual, como si se tratara de calcetines.

—¡Qué cruel eres, chulo! Ellas siempre tan atentas contigo y tú hablando a sus espaldas, lo que pasa es que les gusta vivir el momento ¿Qué tiene de malo? Así son felices.

—¿En verdad les caigo bien? Yo pensé que me veían como un bicho raro.

—Todo lo contrario, a cada rato me hablan preguntándome por ti.

—¿Me estás diciendo que le gusto a uno de ellas? De ser así mejor me doy un tiro.

—Muy graciosito señor suicida, nunca se le vaya a ocurrir eso ¡eh! Ni de broma lo mencione, que usted me va a cuidar cuando ya esté viejita. Lo que pasa es que mis amigas también leen mucho y me han estado chingue y chingue con que quieren ir contigo a cubrir un accidente para ver a las decapitadas, degolladas y atropelladas.

—No es un espectáculo muy agradable que digamos ¿Lo resistirían verlo en vivo?

—Aunque no lo parezca están bastante mal de la cabecita así que seguramente hasta gozarían con el momento. No le gustas a ninguna, pero… ¿sabes lo que me dicen a menudo?

—¿Qué?

—Comentan con insistencia por qué tú y yo nunca fuimos novios.

—Pues deberías haber mencionado que la razón principal es: A Emiliano le gusta el sexo rudo y por detrás.

—Ja, ¡menso!

—¿Qué les dijiste entonces?

—Fundamentalmente; que cuando encuentras a tu alma gemela no arruinas el momento con peleas, celos y engaños, sino te haces su amigo para que nunca te abandone.

—¿El amor es traicionero?

—Ya me conoces, corazón. Tengo la sensación que cuando el romance acaba se va todo al carajo, solo quedan ruinas. Las personas se olvidan y dejan de hablarse, quedan resentimientos o al menos dudas. Yo no quiero que pase eso con nosotros. Los que dicen amarse después de un año de separación se ven en la calle y parece como si vieran a un fantasma ¡Qué crueldad! No podría vivir con esa sensación de aquel que se fue sin cerrar la puerta de por medio ¿Me entiendes? Ya sé que soy una complicada pero tú me quieres mucho y me perdonas todo.

—Me deja atónito señorita, parece que acaba de leer sin respirar el mito de Orfeo y Eurídice con una cucharadita de comedia erendiriana, pero estoy de acuerdo con usted. Seguro ya nos hubiéramos mandado al demonio al mes de romper.

—Además no se me ha olvidado nuestra promesa de Praga.

—Todavía sigues de necia, que eso no va a pasar, solo era un juego de niños.

—Pues para mí no lo es, va a pasar, será tan cierto como la caída del muro de Berlín o un campeonato de los Pumas en unos cinco años.

—Cómo me haces reír, de plano tendremos que escribir algún día un libro con tus ocurrencias para saber en el futuro cuáles sí se cumplieron y cuáles no.

—¿Quieres apostar? —dijo Erendirani.

—De acuerdo —sentenció Emiliano.

—¿Cuál es el premio?

—Veamos, si se cae el muro, cosa que Diosito y San Stalin jamás quiera, seré tu padrino de bodas y te entregaré en el altar con la dichosa ceremonia previa del Puente Carlos.

—¿Pero si eso no se cumple y los Pumas sí quedan campeones en 1990?

—Hum, interesante, en ese caso yo seré el que contraiga matrimonio y tú irás a mi boda que se celebrará en… Tijuana.

—Qué poca fe tienes en tú propio equipo, me decepcionas, hasta parece que me importa más que a ti. Yo que de futbol no sé nada.

—No es que no crea, después de lo que sucedió en mayo francamente no

creo que se recuperen. Sigo muy deprimido.

—Ya se te pasará, confía en mí.

—Bueno pero todas formas, tú lo que quieres es lo primero, no tanto lo segundo.

—Digamos que obvio quiero que pase lo primero, tanto por mí como por la pobrecita Alemania pero si se da lo segundo al menos podré verte de pingüino y tu cara de asco con la gorda de Hatziri.

—Siempre la has odiado ¡Ya supérala! ¿Cómo sabes que está gorda?

—Ya ves ¡No mientas! Bien que te gustaba. La vi la semana pasada en el supermercado, aumentó como veinte kilos, qué bueno, por fea y grosera.

—¡Ay mujercita!, tus enemigos te adoran, tenlo por seguro. En fin, ya me tengo que ir, la nota roja no espera, hoy trabajo otra vez de madrugada y la próxima semana de nuevo a la escuela.

—No te vayas, quiero seguir platicando contigo.

—Yo también pero se me hace tarde. Prometo hablarte mañana por la noche.

—Está bien pero no me dejes otra vez tirada ¡eh!

—Lo prometo como los bichos que juran amor eterno a mi barba por meses.

—¡Bobo! Interesante analogía. Yo pensé en una parecida para nosotros dos.

—¿Cuál?

—Siempre estaremos juntos, nuestra relación es sólida, como la mano santa del escultor cuando termina de dar los últimos toques al pecho de su musa. Es tan exacta como necesaria.

—Amaneciste poética hoy, la llevaré en mi cabeza.

—No la olvides nunca. Te quiero mucho osito Bimbo.

—¡Qué cursi eres, maga! Pero ya estoy haciendo ejercicio por las mañanas así que de ahora en adelante mejor me llamas Heracles.

—¡Impresionante! Ya muero por ver tus músculos de Mr. Universo.

Cuídate. Beso y abrazo. Nos vemos pronto.

—Te adoro pequeña. Hasta pronto.

*

El timbre de la puerta sonó tres veces. Primero un compás largo, luego uno corto y al final un sonido casi imperceptible. Erendirani salió de su trance e interrumpió su ejecución. Parecía no preocuparle el hecho de que su mamá no había regresado a la casa y el reloj ya marcaba las diez; tarde para el desayuno. Puso una cara de fastidio pues dedujo que se trataba de un policía o el portero del edificio anunciando el fin del mundo.

¡Vaya manera de plantarle cara a la muerte sin bañar, peinar y vestir! La sola idea de salir a la calle en ese momento, sin asear, no le entusiasmaba en lo más mínimo. Pensaba que no era para tanto, miró al balcón del cuarto de su madre para inspeccionar la calle pero no advirtió daño alguno, seguro había sido un susto y nada más. Se levantó y abrió la puerta, sus plegarias habían obtenido respuesta.

—¡Emiliano! ¡Estás aquí! ¡Qué felicidad!

—Llegué corriendo tan rápido como pude, pensé que el edificio se había caído, imaginé lo peor, me puse como loco. ¿Estás bien? ¿No te has lastimado?

—Para nada, estoy bien. Solo sentí un fuerte jalón mientras estaba en la cama, el piso parecía de jalea, al principio me dio mucho miedo pero después me acordé de mi abuela Maruca y me puse a cansar como desquiciada para dejar atrás el mal rato. Cuando me di cuenta ya había parado. ¿No estabas en Querétaro hace dos días que hablamos por teléfono?

—Sí pero me regresé ayer porque no quería perderme tu primer concierto de mañana. Me entró nervio, no quería llegar el mero día. Aunque ahora que lo pienso, a lo mejor se va a cancelar.

—¿Cómo? No es posible, he ensayado como loca noche tras noche hasta sangrar los dedos, sería capaz de pegarle a la maestra si se atreve a cambiarlo de fecha.

—¿No has salido a la calle? ¿No te has dado cuenta de lo que pasó? El metro es un caos, las avenidas principales están cerradas, no hay luz ni teléfono, la gente está aterrada.

—¿Entonces ha sido grave?

—Sí, se cayeron edificios, el Centro es un polvorín, no se sabe cuántos muertos, es una tragedia monumental.

*

Erendirani conoció a su primer novio cuando cumplió diecisiete años. Era de corta estatura, nariz aguileña, pelo de estambre y maneras de un estafador de feria. Sin embargo, quedó fascinada con su físico bien trabajado por el sol y las sentadillas; era luchador de medio tiempo durante la noche y barista por las tardes. Un mozo curtido por las penurias de la vida y el rechazo social. La relación duró poco pero hubo un instante que quedó grabada para siempre en su mente. Una noche, Pedro (así se llamaba) le contó una historia acerca de un hombre que cargó el estigma de llegar tarde siempre a todos lados, incluso a su propio entierro.

Su nombre era Ramón, Ramón el salado. A los catorce años se enamoró locamente de una mujer de su pueblo natal que consiguió conquistar después de varios intentos fallidos. No tenía fama ni fortuna pero tenía la convicción de que algún día sería muy rico y gobernaría a sus paisanos con mano dura. Tras un cortejo lleno de falsas promesas y expectativas de largo vuelo decidieron casarse en secreto. La familia de la novia, que sospechó desde un principio los deslices de su hija, puso freno al asunto y decidió separar lo que había sido hecho para permanecer unido.

Con suma crueldad los padres dejaron que el plan del osado funcionara a la perfección hasta el último momento. Permitieron que Pedro entregara cartas, indicaciones de cómo salir vestida la noche del gran escape y hasta encuentros de amor furtivo en el granero sin llegar a la cópula. Querían verlo destrozado, humillado de por vida. Lo lograron con éxito. La madrugada del diez de agosto de 1949 quedó fijada como la cruz de su suerte.

La malvada madrastra falsificó la letra de la pequeña encandilada en el último billete de la correspondencia romántica con sumo detalle y cuidado. Hasta cortó uno de los rizos de su hijastra mientras dormía como promesa eterna. Los dos jóvenes amantes ya habían llegado a un acuerdo, se verían a las doce en punto de la noche en Loma Bonita para partir a su nido de ensueño.

Pero no contaban con la picardía vestida de tragedia. A sabiendas que Ramón saldría a festejar a las calles con un buen trago de aguardiente horas antes del encuentro, los progenitores cambiaron la hora de la cita de las doce a las diez de la noche. La advertencia era clara: Tenemos que

fugarnos antes, mis padres se han enterado de todo y me van a enviar a un convento, a las diez todavía estarán en la misa, si esperamos hasta las doce todo estará perdido. Nos vemos entonces dos horas antes de lo acordado. Te quiere tu gacela. Clementina.

La traición dio resultado. La nota fue entregada en la casa de Ramón instantes después de partir a su festejo. Los padres cumplieron su palabra y mandaron a su hija exactamente a las diez de la noche al lugar seleccionado; donde había besado a Ramón por primera vez. Para hacer más creíble su trampa, se preocuparon al extremo en guardar las apariencias; la simulación fue un éxito. La idea era que la niña esperara a su enamorado, haciéndole creer que él había recibido, sin problemas, el recado con el cambio de horario para la fuga, y después la mandaron al convento de las Carmelitas Descalzas. Dos amigos del desventurado la vieron partir en una carroza con lágrimas en los ojos, ella se fue con la idea de que la habían dejado plantada. Ellos creyeron que Ramón no pudo cumplir su promesa.

El enamorado llegó al punto de reunión a las doce, esperó toda la madrugada en vano. Cuando regresó al pueblo su padre le entregó el billete. De haber estado en casa habría descubierto la mentira, Clementina nunca firmaba sus notas con el término *tu gacela* sino con un tierno *amor mío*.

Después todo fue peor. Ramón comenzó una cadena de mala suerte. Cuando parecía que empezaba a levantar cabeza el destino arremetía con una bofetada. Si lo requerían para sacar agua del pozo al llegar lo encontraba seco. Si se encontraba dos costales de billetes éstos resultaban falsos. Si le pedían que fuera padrino de bodas llegaba cuando todos los invitados dormían la siesta. Si lo mandaban a cuidar el ganado, cuando alcanzaba el corral los ladrones ya lo habían robado.

Lo peor sucedió al final, cuando murió. Para su sepultura, los amigos fieles que permanecieron junto a él incondicionalmente se ofrecieron a darle el último adiós y a enterrarlo. De nuevo la maldad se hizo presente. Todos los cavadores, que bebieron sin control para mitigar el dolor, quedaron borrachos por una semana completa con un cargamento especial de alcohol que estaba destinado en la última voluntad del difunto a ser repartido entre los asistentes al funeral. Cuando despertaron de su trance el cuerpo de Ramón ya no era el mismo; estaba desecho y putrefacto. Su cita con Dios se retrasó. Nadie lo quiso reconocer, en su lápida no fue grabado nombre alguno, la muerte que lo fue a recoger al panteón se confundió de alma, pensó que se trataba de otra persona.

Demasiado tarde para corregir el error, el desafortunado fallecido se quedó abandonado sin remedio y jamás llegó al cielo. ¿Quiénes resultaron ser los responsables de llenar las barricas de cobre con el mezcal que puso a dormir a todos los enterradores? Ni más ni menos que los Aguilar,

padres de la hermosa Clementina, muerta de forma prematura bajo la gracia del Padre un mes después de su inscripción al convento, muchos años atrás. Venganza impía.

*

Emiliano escuchó con lujo de detalle la historia que narró Erendirani. Se quedó desolado y preso de una amarga desilusión. Pensó que el género humano no tenía salvación alguna, se sumió en un mutismo que se prolongó por algunos minutos. Imaginó que gran parte de la odisea de Pedro no era real pero los pormenores más evidentes saltaban a la vista: el amor puede ser bloqueado, abortado desde que es semilla para nunca más germinar. ¿Acaso hay esperanza cuando los devotos de la pasión son separados por una gruesa cortina de yute que rasga sus vestiduras y su interior?

Solo la otra vida podía ser la solución, juntar los cuerpos y los espíritus en el paraíso, lejos de ojos y oídos delatores, al margen de conspiraciones y celadas. Ahí todo es etéreo e infinito. Recordó a Dante y su querida Beatrice, instalados en el cielo Empíreo; bienaventurados los amantes frente al Todopoderoso. Algún día, algún día.

—¿Qué sucedió con Pedro? —preguntó Emiliano.

—Se mató en un accidente de moto —respondió lacónica Erendirani.

—¿Es una historia real?

—Bueno, supongo tiene muchos elementos ficticios pero puedo atestiguar que esa lápida sí existe.

—¿Cómo lo sabes?

—Pedro me llevó en su moto una vez hasta ese lugar. Es en Huitzilac, cerca de Cuernavaca. Hacía un frío de los mil demonios. En el panteón había muchos ahuehuetes y cipreses, se sentía un silencio desgarrador, supongo que así se ha de ser la muerte. La tumba tenía varias flores pero lo que hizo mi ex novio después me dejó sin palabras. Colocó una plaquita con el nombre de Ramón “el salado” Arellano.

—¿Acaso lo conoció?

—Era su tío.

No se dieron cuenta cuando la mamá de Erendirani prendió la luz de la cocina y comenzó a preparar la cena. Habían pasado más de trece horas desde que salió en la mañana. Empezaba a oscurecer. Interrumpió sus faenas domésticas y se asomó por la puerta entreabierta del cuarto de su hija. Escuchó la voz de Emiliano y sonrió. —Ese muchacho algún día hará feliz a mi hija— pensó. Se alejó sin hacer el menor ruido y dejó a los dos jóvenes proseguir su conversación.

—¿Sabes que me deja esta historia? —dijo Erendirani.

—¿Qué?

—Hoy fue un terremoto pero mañana puede ser una inundación o un resbalón inoportuno en las escaleras del metro. Podemos quedar alejados, separados por una grieta negrísima del tamaño de un continente sin nada qué hacer. Cada uno abandonado en su propia isla y condenados al olvido.

—Eso no va a pasar entre nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te escuché tocar el piano hoy por la mañana sin haber estado aquí.

Capítulo 6

V

10 de diciembre de 1985

Erendirani al desnudo

Nota de la autora: Si el amor bastara tú no estarías leyendo esto.

Los días posteriores al temblor fueron una especie de reacomodo anímico y como todo proceso de curación tengo momentos borrosos. Recuerdo que las clases se suspendieron una semana y mi concierto fue de plano cancelado. Mi profesora tenía un conocido que regenteaba un bar de jazz en las cercanías del metro Eugenia; requería un remplazo temporal en el piano para su cuarteto Sweetness del 20 al 30 de septiembre.

Rebeca pensó que sería una buena oportunidad de incursionar en el mundo profesional de la música sin la presencia de un ambiente opresivo como el del Conservatorio. Para no hacer el cuento largo, el dueño falleció en la sacudida y mis sueños se vinieron abajo. Tenía muchas ganas de demostrar mi talento, no es que sea la gran cosa pero pensaba que esa semana sería mi proceso de maduración; camino hacia algo importante.

Me moría de aburrimiento, con la escuela cerrada y Emiliano ocupado con su trabajo de fotografiar muertos y reportajes sobre los niños que sobrevivieron debajo de los escombros del Hospital Juárez no tenía con quien platicar. Mi mamá pensaba que yo era una egoísta, por todos lados se juntaban patrullas de estudiantes voluntarios para llevar víveres a los damnificados, limpiar las ruinas de las calles, recolectar medicinas y dinero, entre muchas otras labores humanitarias.

Por supuesto que no era ajena a todo lo que estaba pasando, cuando vi las primeras imágenes de los edificios colapsados sentí una gran impresión. No obstante, yo también pasaba por mi propio terremoto interno. Al poco rato comencé a olvidar cosas tan fundamentales como el solfeo o acordes de mi adorado Monk.

En octubre me acosté con un chico tres o cuatro veces. Debí de haber causado una gran impresión cuando nos conocimos, porque se molestaba en ir por mí todos los días recorriendo de punta a punta la ciudad. Salía a toda velocidad de sus clases en la Nacional de Música para llegar hasta Polanco casi vomitando. Era sorprendentemente puntual. Nos conocimos en una fiesta de las Bovary cerca de San Ángel. No voy a negar que lo miré con buenos ojos pero su plática era demasiado insulsa y yo estaba

demasiado ebria como para no reírme de cualquier chiste idiota.

No tuvimos sexo de inmediato, digamos que me dejé querer un poco sin soltar prenda. Me volví insoportable; le pedí toda clase de favores que cumplía sin rechistar: —cómprame un nuevo metrónomo, lleva a mi gato al veterinario, invítame a cenar al Santa Clara, dame un masaje de pies, desaparece por el resto de la tarde para que pueda ensayar— y un ominoso etcétera. Él me seguía como perrito faldero, yo no tuve inconveniente en alentarlo. Por primera vez me sentí abandonada, la sopa no me sabía a nada, todos los amaneceres eran iguales, los profesores me parecían ineptos.

Dicen que un buen revolcón vacía el cuerpo pero hacer el amor llena el alma. Pues no experimenté ni uno ni lo otro. Él se esforzaba en ser dulce y generoso pero yo quería que en el acto fuera egoísta, que se masturbara para mi placer; que fuera tosco. No pude expulsar de mis órganos todo el estrés acumulado, sentía que yo no era la que estaba siendo penetrada sino alguien más cubierta por un cascarón marchito.

Intenté lo segundo pero no me nació adorarlo. Para ser un estudiante de contrabajo tenía muy pobres ideas sobre Mingus y Foster, todavía veía caricaturas, no le gustaba leer, aborrecía el jazz, odiaba los días de lluvia, siempre empezaba una frase con mama dice. Todo un desastre. Lo difícil fue cortarlo, no quería ser brusca pero tampoco darle falsas esperanzas. Una noche que me invitó a ver la Guerra de las Galaxias lo dejé plantado.

En noviembre la regla no me bajó como de costumbre. Nunca fui irregular y me entró un miedo atroz. Experimenté días en los que no pude dormir más de dos horas seguidas, vomitaba todo lo que comía y ninguna idea fresca llegaba a mi cabeza. Todo fue falsa alarma, fui con el doctor y me recetó varias dosis de calmantes, experimenté un grave episodio de estreñimiento que por poco logra acabar con mis intestinos. Pasada la tormenta me acerqué más a mi mamá. A veces la veía tan deprimida que hasta me entraban ansias de estrangularla.

Afortunadamente, un hecho nos volvió a encontrar. Una tarde llegó una vecina desesperada a encargarnos su bebé pues tenía que salir de emergencia a solucionar unos trámites en la delegación. En un principio la criatura no paraba de llorar y se puso muy inquieta. La llevamos a mi cuarto y cantamos todo el repertorio de la abuela Maruca. Después de cuatro o cinco canciones se quedó dormida. Cuando su madre la vino a recoger se sorprendió por lo tranquila que estaba. No se lo pensó mucho y a la siguiente semana nos la volvió a confiar con un pago de por medio. Se corrió la voz por todo el edificio y de repente mi casa ya era una guardería de tiempo completo. Mi mamá recuperó la sonrisa y yo volví a comprenderla; le hubiera gustado cuidar de mí de esa forma.

El 25 de noviembre mi rostro se volvió a iluminar. Emiliano estacionó su auto afuera del departamento y subió el radio a todo volumen. Las notas de Waller atravesaron mi ventana despertándome de mi siesta. Asomé la cabeza por el balcón, le saqué la lengua, dudé por un segundo bajar de inmediato o arreglarme el cabello. Estaba espantosa. Él divino. Supliqué que peinara su fleco hacia atrás; el milagro no se había ido, la culebra amarilla seguía vibrante.

Enfilamos hacia ningún rumbo en particular. La ciudad estaba modorra, apenas si se veían paseantes por las calles. El sol iluminó la cara de Emiliano y se puso colorado como tomate, era verdad que había perdido peso. Se notaba de buen ánimo con muchas cosas que contar. En San Luis Potosí tuvo la fortuna de retratar lo que para él significaba su obra maestra. Un hombre de mediana edad se había suicidado arrojándose a las vías del tren. De manera sorpresiva, el cuerpo cayó de tal forma que quedó casi intacto; solo la cabeza se llevó el rol protagónico.

La causa del deceso fue por decapitación, bastó el filo de las ruedas delanteras para cercenar con milimétrica precisión. El hombre se arrojó a la manera de los cobardes, no con mucha fuerza, casi podría decirse abusando de timidez. Su cholla quedó alejada del resto unos cinco metros. Parecía la cabeza de Holofernes con sus cabellos desordenados, la sangre manando a chorros, los ojos agónicos, la mueca de espanto. Emiliano capturó la esencia del horror, era una verdadera belleza; los tejidos y huesos estaban tal cual pintados al óleo. El color nítido, la postura doliente. Salió en primera plana; Emiliano obtuvo su primer cheque por quinientos pesos.

A veces pienso que él tiene vocación de artista torturado. Siempre antes de fotografiar a su objetivo se toma todo el tiempo posible. Ajusta la lente, acomoda el trípode con cuidado, mide la distancia, regula la cantidad de luz, activa sus cinco sentidos de forma precisa para imprimir en la imagen final restos de su espectro. Logra transmitir al espectador un plano secuencia que parece cobrar vida.

La pluma no se le da tanto, a pesar de que es un ávido lector y podemos discutir por horas cualquier libro que cae en sus manos, parece que justo en el momento de la verdad se derrumba. Tiene tantas cosas por decir, se nota cuando me escribe poniendo el acento en situaciones de la vida diaria pero no logra dar en el clavo con las emociones. A veces confunde cariño y deseo, oprobio y maldad. Siento que a lo mejor dicha peculiaridad está relacionada con un aspecto de su vida pasada que no logró cerrar; un objetivo acariciado por sus manos que al final dejó escapar. Me pregunto si eso llegará a afectar su orgullo o solo es una suposición mía sin fundamento.

Llegamos al anochecer a un mirador de la Carretera Federal a Cuernavaca. El horizonte se pintó los ojos con delineador naranja, las

últimas gotas de sol salpicaban a las estrellas que brillaban bellísimas en el cielo. El panorama era sensacional, las luces de la ciudad y la negrura del vacío hacían contraste. No hacía frío, parecía que estábamos en verano, los árboles apenas se movían. Emiliano sacó un carrujo y lo rellenó con lo mejor de su colección de invernadero. Dice que la marihuana crece mejor y más sana en cubierto que al aire libre. Estábamos solos, nadie nos importunaba. Compuse una canción.

María verde

Mujer de largos cabellos,

si me tocas no te vayas,

si me miras no te enojes,

acuéstate a mi lado.

Hazme el amor,

como el agua que profana la tierra,

encuéntrame.

Tú que naciste en el mar,

cubre mi cuerpo con tus olas,

acaricia mi soledad,

siente mi nostalgia.

Dame de comer hoy,

junta tus manos con las mías,

recupera mi vida,

con tu sabor ahumado.

Hazme el amor,

como el agua que profana la tierra,

encuéntrame.

Perdí la noción del tiempo, nos quedamos dormidos recostados sobre el cofre del auto. Ya era noche cerrada, no podía verme la palma de la mano o mi carita de asco con rastros de hierba quemada en la boca. Decidimos regresar en silencio, se sentía una paz plena, estábamos muy contentos. De la nada Emiliano habló comenzó a hablar hasta por los codos, parecía que había cambiado de batería en una gasolinera cercana. Gesticulaba al más puro estilo de Linda Blair en El Exorcista pero sin tintes perversos.

Me dijo que había comprendido por fin la incoherencia del mito entre Orfeo y Eurídice: —Hatajo de idiotas. Si él la quería tanto entonces, ¿por qué no se quitó la vida cuando salían de la puerta del inframundo? Así, ya no habría sufrido y hubiera podido volver a verla, aunque fuera como sombra— dijo. Morir para volver a existir, la paradoja es simple; —si no se atrevió a darse muerte entonces en realidad no la quiso mucho en vida, un cobarde. Debió hacerse cargo de sus palabras y amarla en cualquier forma posible; ya fuera polvo, lluvia, mujer, escarabajo, bacteria o vaya una a saber el humor de Zeus, —sentenció.

Pensé que Emiliano llevaría su teoría a la práctica pero me llevé una decepción enorme. Al otro día quedamos en repetir el episodio del mirador con la hierba, el auto, Waller y todos los demás elementos para reponer el concierto que no pudo ver en septiembre. Esta vez no sería cuestión de unas horas sino toda la noche hasta admirar el amanecer con botella de vino en mano y rollito de marihuana. Supuse que sería una grandiosa idea llevar el gramófono de la abuela Maruca para reproducir algunos discos que me compró mi papá cuando me llevó a la feria. Yo tocaría con mis dedos la suave brisa de invierno y el sonido resonaría en el vacío como si estuviera en una enorme sala de conciertos.

Todo estaba previsto, ningún detalle dejado al azar. El día ya estaba elegido de antemano; el aniversario del episodio en el laboratorio de Química que casualmente coincide con mi cumpleaños. Compré un pastel de chocolate para la ocasión y una botella de champán barato, hasta fui al salón de belleza para recortar las puntas de mi pelo. Pero Emiliano nunca

pasó por mí, supuse que se había ido de última hora a un encargo del periódico o simplemente se le había olvidado. Imposible, no podía ser, tenía que haber una explicación lógica.

Me llamó dos días después con tono lúgubre. Se mostró evasivo, su voz se escuchaba con claridad al otro lado de la línea pero su corazón estaba ausente. Lo arrinconé, quería matarlo, arruinó nuestra noche especial que tanto me había esmerado en planear. No logró hilar dos frases seguidas, lo confesó todo: —No pude ir porque Hatziri murió esa misma noche. ¿Otra vez ella? No le bastó interponerse una vez, ahora de nuevo me persigue. Si tan solo supieras la verdad querida, él nunca te quiso, solo te empezó a hablar por lástima.

Capítulo 7

VI

Embelesado por el instante de excitación presenciaste la sacudida irremediable pero te tapaste los ojos con una venda, sabías que iba a pasar y no hiciste nada. Al principio pensaste que se trataba de un escarceo inocente que no traería consecuencias, una pasión con temas pendientes por resolver que en nada nublarían tu vida.

Ahora todo se ha pintado de color incertidumbre ¡Puta madre, puta madre! Podría decirse que alguien ha dado la orden de joderte a palos hasta reducirte a un puñado de escombros sin la más mínima consideración. Hoy ruegas por piedad, mañana quién sabe.

Una semana después del episodio dramático del éxtasis, Hatziri te buscó para disculparse, no estabas seguro que ella hubiera causado la hecatombe pero se sentía responsable por lo sucedido con Erendirani. No quiso acercarse a ella para hacer las paces, probablemente porque quizá los recuerdos mantenían un halo de misterio, reacios a ser materializados en un todo coherente o porque detectaba a simple vista un rechazo instintivo que nunca acabó por entender. Por ello prefirió usarte de intermediario para no entrar en conflicto y asegurar que todo quedara entre amigos.

Lo cierto es que el inicio fue todo menos pacífico. Erendirani comenzó su estrategia de ridiculizar a Hatziri siempre que se abría una posibilidad para el escarnio. Así, solo por molestar. Como su rival resultó demasiado débil optó por el desprecio y después con la indiferencia. Hatziri sufrió mucho pero tú te lavaste las manos, diplomático si lo quieres ver como un eufemismo.

Era mejor llevar una política de coexistencia pacífica que de aislacionismo vergonzoso. Erendirani era inflexible, una representante de Estado con poderes discrecionales para declarar guerras a destajo y colonizar enemigos; Hatziri no tenía alianzas ni bloques estratégicos de contrapeso, funcionaba sin cartera, sin nada qué ofrecer. Mejor evitar su extinción que ir a la guerra contra una potencia del orbe escolar.

Así que comenzaste a citarte con ella en secreto, sin avisar a Erendirani. Todos los lunes y jueves por la tarde aprovechabas que la furibunda acudía a su clase de violín y piano cerca del metro Isabel la Católica para hacer la tarea con el patito feo del salón. De horrible no tenía nada, si bien los frenos en los dientes le quitaban sensualidad, en realidad tenía lo suyo: ojos verde limón, cuerpo marchito de rama seca en otoño pero fino y estrecho, cabello marrón reluciente y tez mantequillosa con pecas en la espalda. Sus temas de conversación no alcanzaban la profundidad de los

de Erendirani pero su ingenuidad aportaba un aire sincero, ¡ay mamita, ay mamita!

Casi no leía, tenía muy poco interés en la música instrumental, los museos la aburrían y apenas podría decirse que gustara de asistir a un espectáculo formal como el teatro o la danza. Sin embargo tenían bastantes puntos en común. Hacía ejercicio todo el tiempo, hasta cuando estaba recostada en su cama sin nada qué hacer, caminaba a un ritmo demencial por la calle casi al ritmo de trote, detestaba las aglomeraciones de gente, amaba el cine de romance (uno de tus tantos placeres culposos) y jugaba futbol americano. Esto último te sorprendió sobremanera ya que su físico enjuto parecía no ayudarle en nada pero era muy veloz y podía correr las cuarenta yardas en unos cinco segundos y medio, cosa impresionante.

Los Lunes por la Noche eran sagrados, te quedabas en su casa para ver el juego y comentarlo al día siguiente. Solo una vez se suspendió el ritual, cuando el lunes ocho de diciembre de 1980 asesinaron a John Lennon. Fanática de los Beatles a muerte, se encerró en su cuarto a llorar y no quiso saber nada más de los Delfines y los Patriotas.

En el verano de 1981 se besaron por primera vez. Nuevamente le mentiste a Erendirani con la argucia de un esposo infiel que sostiene dos o tres casas chicas. Nunca se dio por enterada. Escogiste el quinto día de la semana porque eso le daba a tu discurso un aire de verosimilitud hipócrita. Los viernes de amigos no se negocian, ni por todas las Farrah Fawcett del planeta Marte.

Tenías que ver a la pandilla para hablar de mujeres, beber cerveza y romper vidrios de casas ricas. Mentira, solo una mujer te importaba y esa era Hatziri; no te importaba otro licor que no fuera el néctar de sus labios y el único cristal que te interesaba demoler era el de su corazón. Nada grueso por cierto, era ligero y de buenos sentimientos, sus astillas no hacían daño a nadie.

Pensabas en ella todo el día, hasta en la clase más aburrida tenías erecciones, la imaginabas desnuda con sus pechos menudos y tristes como un par de higos suculentos a punto de zozobrar de un árbol color leche; sus nalguitas tiesas, sus pecas listas para ser lamidas, su vagina de tamaño diminuto e insuficiente para recibir a tu pene sediento de sexo, ¡qué rico, qué rico!

No hicieron el amor la primera noche, por supuesto. Fue una tarea de conquista lenta y llevada con cuidado. No querías ahuyentar a la presa, un paso en falso y todo se iría al carajo. Todo tenía que ser perfecto; robaste a tu madre su colección de cintas melosas con canciones tan ridículas como sus intérpretes: Terry Stafford y su pegajoso Suspicion, Ricky Nelson nunca fallaba acompañado de Travellin Man, BJ Thomas derretía a

cualquiera en Hooked on a feeling, vete tú a saber que otras estupideces pusiste. Le fascinaron. Fueron al autocinema y vieron una función doble: Vaselina y Flashdance.

¡Asqueroso, asqueroso! Más cursi no pudo acabar la cita cuando de forma extraña fueron a dar a una cafetería de los cincuenta; pidieron malteadas y hamburguesas. Ella no paró de mirarte en toda la noche. Tú te sentías asqueado y enamorado, todos esos lugares le habrían chocado a Erendirani, ni de chiste parabas en un autocinema, Plaza Universidad o Burger Boy de la cuadra.

Pero ella no estaba ahí y Hatziri sí, no más discusiones filosóficas, funciones de Bertolucci en la Cineteca Nacional, ni reseñas literarias de Proceso o taquería de la esquina; sino el amor puro y tonto. No fueron a su casa de inmediato para cerrar la velada. Tenías que encontrar un lugar estratégico para besar, ni muy obscuro para que no fuera a creerte un psicópata sexual y tampoco demasiado concurrido por aquello de la privacidad. ¿Por qué no camuflarse? Sentirse mayor por unas horas, fingir un día de universidad. Diste media vuelta hasta el sur y aterrizaron en las Islas. Los dos se sentían cómodos pues conocían Ciudad Universitaria como la palma de su mano, ella iba todos los sábados a practicar tochito y tú a leer libros en la Biblioteca Central.

No te hagas el loco, ese lugar ya había sido elegido de antemano, ahí soñaste que besabas a Erendirani; un día de lluvia para variar y con los olores del verano escozando las narices. Pero en ese episodio no había gente, ni pájaro que cantara, estaban solos y cansados de un hastío que se quebraba con el primer tronido de los labios. El beso era delicado, casi sin lengua, como cuando uno toca el mar por encimita.

En la realidad no había silencio o remanso, los estudiantes conversaban animadamente, se filtraba un olor a comida y sudor. La fuente de la Biblioteca estaba sucia, ardillas dejaban sus restos corporales por doquier y sin embargo aquel momento era mejor que el sueño; la chica de enfrente era real, con brazos y piernas, suspiros y dudas.

El beso no fue calma, fue un huracán que desgajó las montañas, volcanes, cordilleras y el cierre de tu pantalón. De tanta saliva y mordeduras parecía que acababan de excavar dentro un pozo, los frenos de los dientes no fueron impedimento para clavar la lengua hasta el fondo de su caverna donde el amor nunca pasó. Tomaste su cuerpo de lagarto y lo apretujaste contra tu miembro, te aferraste a las nalgas tal como lo prometiste en la ficción, ¡despacio, despacio! Tiraste del cabello para comprobar que aquello estaba pasando y no era un cuento olvidado en las tres últimas hojas del cuaderno de Ciencias Naturales.

Aquello que dio inicio con las calenturas habituales de la adolescencia se fue degenerando en una codependencia enfermiza. La niña gris que

apenas si parecía estar animada por algo diferente al cuidado de su aspecto o llamar a su estación favorita para solicitar una canción de Abba se volvió celosa y obsesiva, a tal grado de prohibirte hablar con otras chicas, llorar en medio de la calle por un helado a medianoche o fastidiarte con preguntas sobre tu pasado. Solo con Erendirani mantenía la distancia pero no a la manera de un rival declarado, sino echando mano de la imagen de niña que no rompe un plato. Cosa más detestable no podía ser pero tú estabas enculado, cegado por los apetitos de la carne.

Si se te ocurría faltar al ritual de Lunes por la Noche pedía dinero prestado a tu nombre, si mirabas de reojo a la profesora de Español vertía su jugo de manzana sobre tus cuadernos, si te atrevías a levantarle la voz en público raspaba las portezuelas del auto con una piedra filosa. En preparatoria la situación no mejoró; se le ocurría llamar a las tres de la mañana solo para preguntar si estabas pensando en ella, te seguía a escondidas cada vez que salías al baño por si te sorprendía platicando con alguien más, adiós fiestas con los amigos.

En contraste, te repetía mil veces al día que te amaba, recados escritos en papeles multicolores aparecían de improviso en el auto, maletín y hasta en la ropa interior. El sexo por supuesto era divino, su cuerpo había cambiado lo suficiente para perder la cabeza; los pechos se inflaron al grado que ya no pudiste abarcarlos con la boca como antaño, su cintura se afiló más, sus piernas se volvieron gruesas y la boca sensual ya sin frenos se volvió manjar de todos los días. Para que no eyacularas prematuramente te susurraba al oído el estribillo más picante de Lança Perfume imitando la voz de Rita Lee en tono depravado:

Me aqueça

Me vira de ponta cabeça

Me faz de gato e sapato

E me deixa de quatro no ato

Me enche de amor, de amor…

*

Caliéntame

Ponme de cabeza

Ponme de gato y zapato

Y déjame en cuatro en el acto

Llénname de amor, de amor...

Erendirani comenzó a sospechar pero te las arreglabas de alguna forma sin trucos de magia. Antes de ir a su casa te dabas un baño para quitarte el olor a Hatziri, desechabas las camisas manchadas con labial rojo que cientos de lavadas no habían podido quitar, volvías a fijarte en la cartelera del suplemento cultural para no pronunciar un atisbo de Rocky o E.T. El extraterrestre; hasta ensayabas frente al espejo la conversación que sostendrías con sumo cuidado de no apelar a tema alguno que sonara banal. Porque las diferencias entre las dos al final resultaban indefectibles. Tu novia era un manojo de nervios, Erendirani todavía acostumbraba a prolongar sus siestas de martes sin importarle el mundo; excepto tú.

Y lo inevitable pasó. Hatziri se embarazó a finales de 1983. Estaban tan unidos y urgidos de excoriar sus genitales que lo empezaron a hacer sin condón. Era una adicción que ni por todo el oro del mundo estaban dispuestos a vender, el calor de la vagina enamoraba al pene como cuando llueve en el desierto; donde el agua cubre con su aliento helado las entrañas del infierno. No te importó jugar con el peligro, creías estar enamorado, suponías que así debía ser el amor. ¡Vaya quimera! ¡Dios santo, ten piedad de este calenturiento!

El estado de ingravidez fue oculto por la familia de Hatziri. Dada su complexión atlética el tamaño del vientre fue atenuado con ropas holgadas y abrigos de todo tipo. Se llegó a la conclusión de que el hijo pasara a ser hermano de la doncella para evitar suspicacias, la abuela joven todavía estaba en edad de procrear, nada qué temer. Hasta luego vida social, diversiones sabatinas y sesiones de cuatro horas viendo hacia la nada, hola consultas médicas, pañales y desvelos.

Te dividiste en dos para cubrir tus espaldas, por un lado las clases de las mañanas sumadas a las prácticas en el periódico, por el otro Erendirani. Supliste tu presencia física con llamadas, cartas, pensamientos, lecturas y discos de Mozart. La invocabas y ella te escuchaba. Sufrías por no poder verla, contarle tus desgracias, acostarse en el pasto para imaginar figuras en las nubes tal como era antes. Extrañabas el mundo que compartían donde nadie más tenía acceso.

¿Confesar? ¿Decir la verdad? Era cuestión de tiempo, Erendirani no lo soportaría pero esconderse no era la solución, ella siempre hablaba con la verdad, de frente y sin dar largas a los asuntos, lo había aprendido de su padre que vivió mucho tiempo en el norte; donde los cobardes no pueden tapar el sol con un dedo. Justo cuando te envalentonaste, Hatziri abortó de forma involuntaria al segundo mes. Alivio fue lo que menos

experimentaron ambos esa noche; desgarró la cama, rompió todas tus cartas, reventó las ventanas, se puso a gritar desesperada. Perdió la razón. Exterminar a su hijo fue lo más triste que pudo haberle pasado, estaba tan ilusionada, esperanzada podría decirse, ¡Dios mío, Dios mío!

En la vida hay decisiones que pueden cambiar el curso de todo el futuro, apenas imperceptibles pero lo suficientemente significativas como para no palparlas. Tú lo viste con claridad y aun así decidiste ignorarlo. Cuando besaste a Hatziri por primera vez te pareció que su boca sabía a un regusto ácido, podría decirse repulsivo e irresistible al mismo tiempo. Por un reflejo tiraste la cabeza hacia atrás, tu garganta palpó el sabor a angustia, a peligro, pero no se cerró, el compás de espera no resistió mucho tiempo. Ella dijo ven aquí amor y tú te convertiste en su esclavo; eso te lo dijo idéntico la noche de la fiesta, la misma donde las gemelas Rodríguez perdieron la virginidad con Roberto.

Estaba obscuro, los estrobos eran rayos que perforaban tu mente y aquellas palabras resonaron sin disimulo: ven aquí. Ella fue quien te dio de beber el éxtasis del olvido de boca a boca, y también la que rellenó toda la noche el vaso de Erendirani con todo tipo de licores para emborracharla y hacer que perdiera la razón, sacarla del plano. Una asesina en potencia. Una psicópata del amor. Por suerte esa noche fracasó.

La estás viendo ahora mismo, en tus sueños, con su cara de niña buena y aire maquiavélico, te deja sin respirar, te arranca los pulmones. Hatziri no pudo más y se suicidó una madrugada de luna llena, murió de pena. Se colgó de la regadera y la vida siguió su curso sin inmutarse. La escena fue horripilante, agradeces no haberlo presenciado, al menos puedes quedarte con el cuerpo frágil de aquella niñita de quince años que te inspiraba piedad. También la de las noches desenfrenadas de sexo doloroso, cuando los miembros de ambos acababan lacerados de tanta fricción y decidían callarlo a base de besos que no terminaban nunca.

Ella se fue en una noche de lluvia, afuera no cayó ni una gota pero el baño quedó inundado. Dejó la regadera abierta mientras colapsaba en la cuerda, quizá pensó que algo saldría mal y la llave del agua fría ayudaría a ahogar sus últimas penas. A lo mejor no fue eso y quiso llorar tanto que decidió escurrir a la tierra todas las lágrimas guardadas por tantos años de frustración.

Desde ese entonces imaginas que efectivamente chispeó aquel día pero la que cuelga del tubo no es Hatziri sino Erendirani. A ella la abandonaste cuando habías prometido despertar al amanecer con una tecla de un piano oxidado con la melodía más feliz de todas; la risa de la pianista ¡Que nos

lleve la muerte, que nos lleve la muerte.

Capítulo 8

Cocaína

1990

VII

Emiliano conoció a Katerina en las escaleras eléctricas del metro Hidalgo como quien ha encontrado una orquídea fantasma por serendipia. Llamó su atención la forma en que sostenía los lentes de sol, con donaire y despreocupación, además de su mirada cansada. Parecía haber caminado días o semanas sin parar. Lo más fascinante sucedió cuando la despistada checoslovaca trató de subir por las escaleras descendentes que comunicaban hacia la correspondencia con la Línea 2. A punto de olvidarse de aquel suceso sin trascendencia y por demás chusco, Emiliano regresó en automático en el filo de la salida y corrió lo más rápido, de regreso a la estación, hasta que encontró a la mujer. Fue lo mejor que pudo habérsele ocurrido en años.

Aquella afortunada ocasión le recordó un día que no tenía nada que hacer después del trabajo y ante la ausencia de Erendirani por culpa de Sweetness, que hacía una gira por el interior del país, se dirigió al cine Teresa y compró un boleto para ver Más fuerte que el amor con Miroslava Stern y Jorge Mistral. La idea que Emiliano tenía sobre las mujeres europeas se reducía al pragmatismo sexual de Brigitte Bardot y una prima española que tenía severos problemas estomacales con rachas de depresión. Cuando vio a la protagonista en una escena donde se mira al espejo con el rostro petrificado de exquisitas facciones, su energía sexual volvió a despertar. Quedó prendado.

No podría decirse que pasó lo mismo con Katerina, su cuerpo menudo parecía una copia al carbón de Hatziri; la cara deslavada y el huesudo trasero no traían buenos recuerdos. Ya en la calle tomaron confianza y dieron comienzo a la charla de protocolo. Ella estaba en México como agregada cultural del ministerio checoslovaco y en sus tiempos libres daba clases de ruso y alemán. Estaba cansada de ver oscurecer a las cuatro de la tarde en el cielo de su vida; la Cortina de Hierro había caído. No más Europa Roja ¿Quién iba a decir que Erendirani tendría razón?

La existencia de Emiliano había dado un vuelco profesional. Dejó la nota roja para concentrarse en la ingente tarea de un corresponsal hecho y derecho. Mejoró su formación y decidió estudiar una segunda carrera hacia temas políticos para no desentonar en la oficina de redacción. Como solo pudo hacerlo por las tardes, esta circunstancia volvió a alejarlo de

Erendirani, que comenzaba a interesarse más por el violín que por el piano.

La relación seguía firme aunque un personaje salió a escena y trastocó las noches de confidencias. Andrés, el nuevo novio en turno de ella era un artista celoso de su condición como iluminado. Había nacido para encantar y no soportaba que contradijeran sus opiniones. La ironía de Emiliano era dinamita pura, aunque también se enorgullecía de su acervo cultural no era un hablador; lo utilizaba para exasperar a sus oponentes. Erendirani anticipó el peligro y prefirió no enterar a cada uno la existencia del otro. Presentarlos en persona hubiera sido fatal. Para bien de todos, decidió violar sus estatutos internacionales y entró en Guerra Tibia con su mejor amigo asumiendo las consecuencias. En privado volvió a quererlo como cuando tenían quince años, en público optó por dejarlo volar.

*

Camino hacia lo desconocido, Emiliano no ahondó en su situación sentimental por tratarse de un primer encuentro que bien podía no tener futuro pero lo pensó largo y tendido. Se preguntaba si podría volver a amar de nuevo, no con su pene inflamado sino a través de actos de sensatez. Hubiera sido demasiado preguntar a Katerina estos temas, pero después de mucho tiempo Emiliano sentía de nuevo una conexión que nada tenía que ver con lo sexual sino con mecanismos de lo indescifrable. No bastaba compartir gustos superficiales u opiniones sesgadas para convencer a su interlocutora que pensaban de la misma forma, sino que precisamente a partir de las diferencias se pudiera tender un puente de comunicación.

Katerina no pretendía saberlo todo, se limitaba a escuchar y asentir como quien se toma el tiempo para inspeccionar una artesanía de madera, dando pequeños golpes en los bordes. —Podría decirse que el socialismo ha labrado una estructura mental similar a un reloj suizo, pero eso no quiere decir que sea un robot sin alma—, pensó Emiliano.

Como cualquier otro mortal, a Katerina también le gustaba el ocio y fastidiar al prójimo; sentarse en la calle y comer chocolate, oprimir todos los botones de un ascensor, llorar con telenovelas baratas, despreciar a Kafka, limpiar de arriba abajo una casa hasta dejarla reluciente o quedarse dormida en las iglesias. Tomaron un café y cada uno continuó su camino, Emiliano pensó lo idiota que parecería si preguntaba a Katerina su disposición para ir a cenar o bailar aunque no supiera los pasos más elementales de un cadáver con ánimos de divertirse. Pensó en lo más estúpido que se le ocurrió en el momento.

—¿Hacia dónde te diriges? —dijo Emiliano con puro nervio.

—A la embajada de Estados Unidos con Mízter Douson. Perdón, Dawson.— respondió Katerina apenada por su pronunciación.

—¿Territorio enemigo? Entonces eres una doble agente o algo así que busca secretos.

—No más Guerra Fría, pero por mucho que me molezte ir a ese lugar necesito tramitar una viza.

—Podemos vengarnos, dar el último golpe, aquí siempre decimos el que ríe al último ríe mejor.

—Creo no entender del todo ¿A qué te refierez?

—Te propongo algo ¿Qué te parece volver aquí al mismo sitio? Digamos hacia las 9 de la noche y caminar hasta allá para bombardear esa embajada maldita con los huevos que me sobraron del desayuno —dijo Emiliano con apuro y llamándose imbécil de tan inverosímil propuesta. No le importó caer en ridículo. La suerte ya estaba echada. Katerina sonrió como solo Miroslava podía hacerlo y se tronó los dedos con satisfacción.

—No, eso no será sufiziente, necesitaremos algo especial. Bebe mucha agua ezte día, yo haré lo mismo. Compra unos globos de color rojo. Rellénalos, será una agradable sorpresa.

—¿Estás diciendo lo que estoy pensando?

—Claro, ya llevo unos mezez en esta ciudad y he aprendido de los mejores, por ejemplo los taxiztas, ningún eztadounidenze ha probado mi orina, hoy quiero que zea la primera vez. Quiero atacar eza embajada, no importa que sea ilegal.

—¡Trato hecho! –dijo Emiliano emocionado.

—No te vayaz a reír de mí, también conozco de zobra los engaños de Occidente y me he vuelto adicta a una de ellos, yo sí creo en los signos zodiacales.

—¡Ajá! Lo sabía. ¿Qué dijo hoy el horóscopo sobre tu futuro?

—Dijo: conoceráz a una persona que cambiará tu vida.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sé, apenaz son las 9 de la mañana, todavía faltan muchas horas para que se termine el día —dijo Katerina mordiendo los labios viendo a

su reloj de mano.

—Ya lo averiguaremos más tarde, cuando nos veamos.

—Me parece que yo hablo mejor ezpañol, quería decir que espero seas tú.

—¿Y por qué no lo dijiste así directamente?

—Mujerez, sean mexicanas, checoslovacas o enemigas nazis somos iguales, cuando decimos no es sí, nos encanta confundirlos a uztedes. Todo el tiempo.

—No soy buen observador, he perdido práctica. Puedo preguntar una última cosa. ¿Por qué has aceptado? Apenas si nos conocemos y yo podría ser un violador de mujeres o asesino serial.

—¿Quierez que te diga la verdad?

—Sería muy reconfortante.

—Porque jamás vi en un hombre que sus ojoz giraran como las agujaz del reloj cada vez que sonríe.

—Ya me lo habían dicho.

—¿Fue un hombre o una mujer?

—Una mujer. Mi mejor amiga.

—Entonces parece que no será la última vez que nos veamos. Hasta la noche.

—Adiós —dijo Emiliano lacónico.

*

De frente al mar que dormía calmo, Erendirani interrumpió su sesión fotográfica de cada viernes por la mañana para unirse a una multitud que se mostraba inconforme frente a un hecho inusual. La playa de Tijuana se habían convertido en una especie de santuario sagrado; acostumbraba a hacer yoga y leer en silencio, ahí podía escuchar todos sus pensamientos sin ser molestada.

A veces se tumbaba en la arena y aguzaba el oído para escuchar los bronquios del agua, se inflaba y dilataba como si estuviera carcajeándose. En ese mismo lugar también gustaba de tocar desnuda el violín para arrullar a los peces, el sonido podía ser acariciado. No como el piano, que era imposible de trasladar hasta ese lugar. Se quedó arrumbado en una esquina. Erendirani lo abandonó.

Los niños que jugueteaban alegremente empezaron a llorar. Las madres discutían de forma acalorada con los guardianes del orden, los maridos se rascaban la cabeza sin comprender lo que pasaba. Todo era en vano, sus quejas no tenían poder alguno, la presencia de armas, placas y uniformes causaba una sensación de peligro y miedo. Aquel lugar siempre había sido pacífico, ya nada sería igual. Erendirani se acercó con dos señoras de avanzada edad que guardaban todos sus cacharros de comer sin siquiera mirarse, retiradas del tumulto para no sufrir requiebros.

—Buenos días ¿Saben que está ocurriendo aquí?

—Son esos condenados marshals, pinches gringos jijos de la tiznada, nos quieren poner un muro fronterizo de tubos aquí mismo en la playa ¿Cómo se les ocurre semejante estupidez? —dijo una la anciana más preocupada.

—¡No es justo! —dijo Erendirani indignada —¿Qué va a pasar con las familias? Van a quedar divididas ¿Cuándo no sea temporada de cosecha qué van a hacerles a los paisanos? ¿Cómo van a reunirse en Navidad?

—Es una maldita locura, ya les explicamos que aquí no queremos muros pero ya están formando una fila de puros güeros nomás para asustar. Dicen que por la tarde lo van a poner unos soldadores de Ensenada ¡Hágame el chingado favor! Un mexicano haciendo una barda para mexicanos, esto significa la perdición —dijo la otra señora con aire compungido.

—Hay que hablar con el Municipio, la policía de acá, los vecinos, esto no puede quedar así.

—¡Uy, niña! Eso es imposible, simplemente no se puede, donde comienza ese banco de piedras ya es el gabacho, no podemos hacer nada. Estamos indefensos.

—¡Separados para siempre! ¿Qué pasará con los pochos que van y vienen, las familias mixtas, los juegos de tarde en tarde?

—Pues van a tener que elegir, aquí o allá, con melón o con sandía, esto va para largo. Dicen que por las drogas y no sé qué tantas otras estupideces, pero aquí nunca pasa nada, tanto alboroto por una tormenta en un vaso

de agua. Pinches gringos nomás se hacen pendejos, si los que arman todo ese desmadre de la hierba y la coca son ellos.

—Pero yo escuché hace rato que lo de ahorita nomás es una pruebita para calarnos, que todavía no van a poner los barrotes para siempre, mi compadre dice que los güeros están esperando que el presidente de la orden y ya, pero que según lo van a poner así bien hasta dentro de tres años —dijo doña Romualda, que de repente borró su rostro de tristeza.

Así pasó en efecto. Durante una semana, los barrotes que dividían la frontera del aire, mar, tierra y corazón permanecieron fríos y ajenos al dolor humano. Fueron siete días que se hicieron eternos, algunos chiquillos traviesos comenzaron a cavar un hoyo en una duna elevada para prestar sus juguetes a sus primos del otro lado pero los esfuerzos fracasaron. Un surfista intentó hacer una rampa para cruzar con su bicicleta, creyendo que las olas del aire eran tan amables como las del agua, pero solo consiguió romperse una pierna. El último día del experimento de la Border Patrol, Erendirani tomó la fotografía de su vida; el momento fue tan emotivo que casi entró en estado de shock.

Al atardecer, cuando el sol se disponía a recostarse en su lecho, dos jóvenes púberes se acercaron al muro separados por la indiferencia de los fríos tubos. —No debían tener más de quince años—, pensó Erendirani. Los miró de más cerca y se convenció de su cálculo, aquellos enamorados tenían exactamente esa edad, no había posibilidad de equivocación. Se tomaron de las manos como quien promete volver después de la guerra y el momento del beso llegó. Ni muy largo, ni muy corto. Con los ojos semicerrados para no perder la expresión soñada del ser amado, cadencioso compás 3/4, en do mayor, sin silencios de por medio. Un chupeteo conciso pero eterno.

Erendirani no quiso interrumpir más la escena; vio, enfocó, robó y huyó. Dio por terminada su serie de Playas y Gaviotas con la certeza de haber cumplido con su deber. Todos los sábados, después de la labor del revelado, compraba un sobre manila y estampaba su firma en la foto seleccionada; no solo como recuerdo sino también para comunicarse con Emiliano en el lenguaje que ellos hablaban a la perfección. Pensaba en asirlo con sus ojos, de manera que la imagen capturada viajara de algún modo para presentarse en la realidad de él y entonces quedaran unidos bajo una sola escenografía. Escribir o hablar por teléfono no era lo mismo, esos medios carecían de una lente emocional.

Ella sabía perfectamente quienes eran aquellos jóvenes. Se llamaban Eleuterio y María. Él trabajaba en los viñedos de Napa Valley hasta que las manos se teñían de sangre, fuera de temporada cuidaba jardines en San Diego o cocinaba en hediondas pizzerías de Oakland. Cuando regresaba hasta los confines de Tijuana lo hacía de noche, como un animal que rueda para defenderse del peligro. No conseguían atraparlo, su ilegalidad

era la mejor virtud posible. Ella repartía su tiempo entre la mercería de su madre y una fábrica de juguetes de plástico. Para matar la inacción entre descansos, en el primer negocio se ponía a tejer en punto de cruz manteles y servilletas para el hogar que algún día esperaba ocupar con Eleuterio. En el segundo, aprovechaba el despiste de sus patrones para robarse unos cuantos aviones y coches para los hijos por venir.

Un día todo acabó de golpe, aunque ya no había muro de tubos de por medio en la playa, donde acostumbraban a bañarse desnudos cada domingo. Una traición por parte de su mejor amigo, que también estaba enamorado de María, dio al traste con las aspiraciones de una vida en pareja. Una llamada anónima llegó hasta el restaurante en Oakland y Eleuterio tuvo que huir a plena luz del día, ahí no era experto, todas sus habilidades de roedor no servían para nada. Justo antes de llegar al Border Field State Park, a escasos kilómetros de su meta, cayó tiroteado por un marshal.

Al escuchar la noticia Erendirani derramó lágrimas sinceras, esperó una semana más de lo habitual y sacó la foto del sobre manila. Puso corrector en el reverso donde los nombres originales brillaban como un sol y se dejó caer en la tentación. Qué importaba ya, si se trataba de un juego de niños; aunque Eleuterio y María se tomaban las cosas muy en serio y su proceso de madurez había sido diferente. A los quince, en el norte la adultez llega antes. En la Ciudad de México no. Dudó unos segundos pero se convenció que no haría ningún daño, además el detalle alegraría mucho a Emiliano, siempre inclinado a utilizar su humor negro en los momentos más incómodos. La tinta corrió sobre el papel: *Erendirani y Emiliano. Primer beso. 1990. Plata sobre gelatina.*

*

Andrés dejó caer el pincel y suspendió sus bocetos para otra ocasión. Se limpió la cara con un trapo húmedo para deshacerse de las imperfecciones de un día de trabajo, con tal cuidado que Erendirani no notó su gesto de arrogancia. También puso los lentes a resguardo creyendo que afeaban su cara; no era un tipo mal parecido. Se sentó junto a ella y posó sus manos sobre los pechos.

La conoció en una exposición de escultura que un amigo suyo montó a pedido expreso de la Escuela de Artes de la Universidad de Baja California. Sweetness se presentó hacia el final de la velada pero las notas del piano no dejaron de tocar en su mente sino hasta el día siguiente. Se interesó tanto por Erendirani que no le importó dejar la mesa del brindis compuesta por su familia y amistades para cambiarse a la del grupo de jazz. Relleno, de barba cerrada y egocéntrico, no tardó en maravillarla con sus conocimientos de las nuevas técnicas que había aprendido en Italia o

los salones burgueses del Marais donde expuso su obra maravillando a todo París.

Contrario a lo que había sucedido con su enamorado de la Escuela Nacional de Música, Erendirani no quiso reprimir sus deseos y se entregó a Andrés esa misma noche que se encontraron. Hacía semanas que no sentía el calor de un cuerpo brioso con maneras toscas. No experimentaron desde el lado obscuro de la luna, pero la intensidad de la penetración fue inusitada para ella. Jamás había sentido esa rudeza que rozaba el margen de la violencia; él la tomó por detrás y arremetió como un caballo desbocado hasta oprimir el piso pélvico. Ni un beso o caricia, la intensidad de los cuerpos concentró todas sus energías en el coito áspero sin pulir. La niña desapareció, Erendirani devino mujer en el instante que perdió el conocimiento y eyaculó sin demora. Estaba saciada pero en un rincón de su cuerpo sintió un frío amenazante que crispó sus nervios. No era de anestesia sino de muerte.

—¿En qué piensas cariño? —dijo el titán macilento.

—Nada, ya sabes que tengo una costumbre rara de poner los ojos en blanco sin la más mínima noción de la realidad.

—¿Quieres que te traiga un té?

—No es necesario, ven, abrázame fuerte.

Andrés no dudó un segundo y atenazó a Erendirani como si se tratara de la criatura más indefensa del mundo en manos de un depredador.

—Te siento melancólica, distante ¿Segura que no te pasa algo?

—Claro que no, estoy contigo, eso es lo único que importa ¿Verdad?

—Por supuesto, pero debemos pensar qué vamos a hacer, ya se acabó la gira de tu grupo pero yo quiero que te quedes aquí conmigo, Ya sé que Tijuana puede ser una ciudad amenazante pero tiene cosas maravillosas, tú misma lo has podido notar.

—Sí, de verdad que me he llevado una grata sorpresa. Claro que me quedo, no tengo prisa en regresar al DF. Puedo tomar más fotos, escribir más cartas, ver como pintas.

—Desde luego corazón y nos falta ir a la ruta de los vinos que te prometí en California. Estaremos bien, después pensaremos a dónde movernos. Todavía tengo mucho trabajo así que no corre prisa.

Comieron en silencio, casi sin dirigirse la palabra. Al mar no le costó trabajo llevar sus acordes hasta el mismo centro de la ciudad, se oían las

ráfagas y el aleteo de los pájaros. Erendirani descansó como nunca antes lo había hecho, después se dejó caer en la silla mecedora para tomar el digestivo y se quedó dormida. Varias fueron las horas pero adentro, en el sueño, se sintió como un segundo asfixiado por todo el peso del cielo. Una sola estrofa se escuchaba a capela: —Emiliano, yo no te abandono, déjame ir contigo—. El corazón vaciló, poco faltó para caer sobre la alfombra. Alrededor todo seguía en calma, lo único que chocaba contra la pared de la realidad eran los pinceles de Andrés, que de nuevo interrumpió labores y fue hasta la sala para saber si Erendirani se encontraba bien.

—¿Te caíste? ¿Te lastimaste, amor? —dijo Andrés jalando aire por haber corrido tan rápido desde su estudio hasta el lugar de los hechos.

—No te preocupes, estoy bien, solo estaba teniendo una pesadilla —respondió Erendirani confundida.

—¡Ah, bueno! Menos mal. Me pareció que gritabas el nombre de una persona: Emiliano o Emilio.

—Era Emiliano.

—¿Y se trata de una persona real o alguien ficticio?

—Es mi mejor amigo, a veces pasa que dejamos de hablarnos y de repente sueño con él. Tiene un nuevo trabajo muy peligroso, por eso a veces me da algo de miedo —dijo Erendirani con cierto pesar pues ya no pudo ocultar la existencia de su rayo de sol.

—Hum. Ya veo ¡Por supuesto! ¿Cómo pude olvidarlo? En la exposición donde nos vimos por primera vez un amigo me comentó que conocías a alguien de ese nombre. Sí, he visto su obra ¡Claro que lo reconozco! Muy buen fotógrafo, ahora que lo recuerdo ¡Espera un momento! Esta mañana llegó un sobre del DF para ti, muy delgado, y parece ser que... —murmuró Andrés con la lengua atrapada entre los dientes, ese personaje era una amenaza, dedujo lo que significaba para Erendirani. Fingir no servía de nada. Erendirani abrió el sobre con los nervios de una colegiala, pero su contenido fue un golpe duro de asimilar.

—¡Guapa chica! —dijo Andrés aliviado. —Parecen muy enamorados. Ahí dice…

De Emiliano. ¡Buenas noticias pequeña! ¡Quizá siempre sí vayamos a Praga! ¿No es un amor? Estoy feliz. Tan bonita mi preciosa checoslovaca. Se llama Katerina, ya llevamos 6 meses juntos. Felicidades por la gira, cuando regreses te presentaré con uno de mis amigos galanes, son como

las Bovary pero sin parecer cotorras. A lo mejor ligas con uno y me cuentas tus secretos. Hasta Pronto. P.D. Tú ultima foto fue genial, espero con ansias la siguiente. Besos.

*

Erendirani quedó petrificada como cuando criatura hechizada por Medusa. Sintió lo mismo que una puñalada, recordó las líneas que alguna vez leyó Emiliano para ella de sus clases de poesía: —Estos días azules, este sol de la infancia—. Machado murió antes de terminar su poema. Así también falleció un pedazo del corazón de Erendirani antes de ver de nuevo la luz del amanecer, solo que afuera no hacía sol, estaba más negro que su soledad.

Se despegó de la silla mecedora con furia y rompió la foto de Eleuterio y María con otros nombres, pertenecientes a un pasado insignificante y sin color. Andrés no expresó nada, dejó que su querida pianista arrojará los rastros de una atracción amputada por su oportuna intervención. El camino estaba libre, sin ninguna piedra que estorbara, sonrió con tanta malicia que hasta el demonio salió asustado al presenciar semejante muestra de perversión. La noche sería larga. Ella ya estaba desecha. Hora de la función:

—Esta vez no te me escapas amor, te voy a amar como nunca lo han hecho y olvidarás a ese pendejo de Emiliano. Ya siento el gemir de tu cuerpo al ritmo de mi lazo. Eres mía.

Capítulo 9

VIII

24 de diciembre de 1990

Erendirani al desnudo

Nota de la autora: No estoy para nadie

De alguna forma he caído en una espiral que desemboca en un hoyo negro donde nadie me espera. Mi cuerpo se ha desintegrado, el polvo que antes dotaba de vida decidió perseguir a otras estrellas; un astro opaco no interesa a nadie, que su suerte sea decidida por el universo caníbal. Hoy es nochebuena, afuera se escuchan las risas de los niños y el rumor de las familias sentadas en torno a una mesa con viandas y regalos; lo único que reposa a mi lado es mi ropa interior desgarrada y sábanas manchadas de blanco.

No creí que su crueldad alcanzara el límite de lo grotesco. Llegó anoche alcoholizado, con la camisa raída y la cara ensangrentada. Dijo que estaba bebiendo tranquilo en un bar cuando uno de sus tantos enemigos que se ha forjado en esta ciudad entró por la puerta. Se habían llevado bien por algún tiempo pero un día, Andrés descubrió que el otro había plagiado una de sus obras para una presentación en Boston. Se calumniaron mutuamente en periódicos, revistas y en fiestas. En un principio, la animadversión estuvo controlada ya que si eran invitados al mismo evento tenían la decencia de evitarse, llegando uno cuando el otro había partido.

Pero el hilo se rompió por lo más delgado. De todos los bares del mundo tenían que encontrarse en el maldito Molino Rojo. Lugar más perverso imposible imaginar. Me imagino las luces rojas, baños regados con diarrea, mujeres con una pierna teniendo relaciones con un burro, de solo pensarlo me da escalofríos. Todo iba en santa paz cuando al terminar uno de los shows en vivo, Andrés escuchó que alguien susurró en su oído las palabras más insoportables que se haya podido imaginar; rebotaron en su cabeza como un recordatorio del fin de los tiempos: —Me gusta esa vieja a la que se acaban de joder, se parece a tu mujer, coge igual de sabroso—.

Puedo suponer lo que pasó después, combinado con lo que alcanzó a balbucear Andrés. Tomó una silla y comenzó a golpear la cabeza de su contrincante, seguramente lo pateó en el piso y comenzó a escupirlo; habrá fracturado dos o tres costillas, la mandíbula y una pierna. Como el otro no llegó solo, la pelea no terminó ahí. Todo el público comenzó a

perder el control y una batalla campal dio comienzo, Andrés no pudo salir ileso, en medio de la confusión alguien logró impactar su cara y alguno que otro golpe en el estómago. Pero por extraño que parezca, consiguió salir con vida.

Yo no reproché nada. Sabía de antemano su costumbre de ir a esos lugares, que se acuesta con mujeres de cincuenta años para ganar espacio en las galerías más prestigiosas, que es mentiroso, megalómano y con un extraño complejo de Edipo. A veces parece que tuviera cinco años, por las noches lo escucho rezar como si fuera un esquizofrénico maldiciendo a la Virgen, Dios y al Demonio en simultáneo. Pasa horas en casa de su madre, detesta a su padre, tiene temor a los truenos y me cela cada segundo del día.

En vez de solucionar mi mundo lo eché todo a perder. Hace cuánto me pude haber ido y todavía sigo aquí. A veces pienso cómo sería mi vida sin él, estaría en España o Grecia tomando vino blanco y picando aceitunas de una cesta. Ensayaría todas las tardes en una casa con vista al campo viendo la ropa blanca colgada del tendedero moviéndose de un lado a otro como el trigo. Pero también estaría desabrigada, a Emiliano no parece importarle mi futuro, estará retozando con su checoslovaca de mierda en vista de su próximo matrimonio para el verano. Me llegó la invitación hace dos meses y todavía no lo creo ¿Cómo pudo amarla tan rápido? ¿Qué hechizo lo ha embrujado?

Mojé un pañuelo y lavé la cara de Andrés con cariño, las magulladuras eran tenues; a veces pienso que es indestructible. Nada podría pasarme a su lado. Siempre tan seguro de sí mismo, experto en las artes amatorias, bien dotado, de exquisitas maneras. Un hombre que sabe lo que quiere. Me quitó la franela de la mano y tomó mis nalgas con firmeza. Mordió mi labio superior y chupó el hilito de sangre que se regó por el piso. Rasgó la blusa con una navaja y clavó sus uñas en mi vientre. Vulneró mi cuerpo como solo los leones pueden hacerlo, sin piedad.

Afuera comenzó a nevar, el frío paralizó el ladrido de los perros, también el vaivén de los árboles. Adentro de la casa todo estaba de cabeza, el ambiente era infernal, la chimenea estaba prendida, el calor de nuestros cuerpos evaporó los copos de las ventanas. En el momento que su miembro parecía perder su fuerza acostumbrada, se despegó de mí y separó mis piernas para ver más de cerca mi vagina inflamada. Sentía que me quemaba. Esparció el polvo blanco por todos los pliegues; mi montaña se llenó de nieve. Aspiró con fuerza, sin dejar rastro alguno. Luego, se puso de pie y embadurnó su pene con más cocaína, inhalé deseando que aquel momento nunca acabara, sentí que todas mis fuerzas regresaban a mi cuerpo. El sobrante quedó mezclado en mi boca con el sabor dulce de su semen.

¿Quién soy yo? ¿De qué están hechos mi boca y mis huesos? Ayer solo era una chiquilla que saltaba la cuerda, jugaba matatenas y recogía huevos de los nidos que caían al suelo para empollarlos en casa. En cientos de años no quedará nada de mí, Erendirani se habrá esfumado, ni una señal en el árbol genealógico de mis congéneres o una historia que contar en la mesa. Todas mis ilusiones se han esfumado; he renunciado a la música. De nada sirve un coro de ángeles en un mundo donde gobiernan los secuaces de Satán. Las notas han perdido su brillo. Al cosmos idiota no le interesa si se muere una pianista o un violín desafina, tiene sus propios problemas que resolver.

Estoy cansada. Ya no quiero viajar más. El rostro que se refleja en el espejo ha cambiado, las arrugas han estropeado lo que antes era piel tirante, el cuello se ha manchado de tizne y manchas de agua putrefacta, los ojos han perdido su brillo. Siento que he envejecido diez años. Cuando era niña me divertía pensar en ser abuela, tal como lo fue Maruca. Con mis achaques de bruja tonta y conejos de pascua escondidos debajo de la almohada. Siempre con una historia a la mano, una silla de ruedas para cuando me diera flojera caminar, metros y metros de lana para tejer bufandas. Hoy me resisto a cumplir más años, cuando sea vieja perderé el control de mi orina, no podré ir al baño sola, usaré una andadera, sufriré miles de enfermedades y no tendré visitas.

¿Qué voy a hacer? Cuando el mañana me alcance ya no podré recuperar el pasado. Todo en lo que creía ya no existe, alguien se ha robado las ferias para llevárselas lejos, la bondad se ha convertido en una transacción de intereses, el amor es un pantano donde viven alimañas que se comen todas las flores alrededor. Mientras tanto yo sigo aquí, esperando al tren de las once de la noche con destino a ninguna parte. Recorre vías que rechinan por cada pueblo fantasma por el que atraviesa mi espíritu derrotado.

Si tuviera que pedir un último deseo sería verlo a él por última vez. Ya sé que pido demasiado pero me niego a aceptar la realidad. Necesito querer, sentir, respirar, depender de un brazo aliado. Me he quedado minusválida, no puedo cuidar de mi propia integridad, he quedado huérfana por segunda vez. No me importa renunciar a mi individualidad, anclar mi vida en el puerto del otro, puede tomar lo que quiera, al fin que nunca me he pertenecido.

¿Dónde estás Emiliano? ¿Por qué me has abandonado? Tu rebaño ya no pasta en mi jardín, tus ojos se han vuelto de vidrio, han perdido la movilidad de los viejos tiempos. Si te pierdo todo habrá acabado ¿Quién grabará nuestras conversaciones de madrugada? ¿A dónde irán a parar las huellas que quedaron impresas en los lugares que recorrimos juntos?

He decidido. Es mejor que me muera. El cuerpo que yace a mi lado se ha quedado dormido, es un macho cabrío digno representante de la

naturaleza pero no es suficiente para que me quede. Lo ofreceré en sacrificio, para que no quepan dudas de su virilidad nauseabunda y sabor a salitre aún sirven para sembrar los campos de asco. Allá arriba que rinda cuentas, yo no soy nadie para juzgar, me declaro incapacitada siquiera de formar un buen concepto de mi persona.
—Margaritas a los cerdos,— diría la Rivas Mercado, ya no tengo nada más que hacer en este hostal que llaman vida.

He bebido todo el vino de mi vergel, leído cientos de libros, visto milagros, escuchado sinfonías, tocado cuerpos y comido viandas. Solo hubo una cosa que no hice, amar siempre fue una palabra extraña, nunca acabé por entenderla, tampoco encontré a alguien que pudiera enseñármela.

Este toro tiene el sueño muy ligero, podría despertarse con cualquier cosa, hasta es capaz de escuchar mis pisadas cuando me levanto al baño o la cocina. Tengo que ser sigilosa, de hecho invisible. No puedo usar medios escandalosos a menos que tuviera a la mano un arma, así sería sencillo acabar con todo pero no hay una cerca y el solo hecho de pensar en jalar un gatillo me asquea.

Las pistolas son para los cobardes, aquellos que no quieren enfrentar al dolor, que quieren acabar todo rápido sin la sangre fría de un perfecto asesino de sí mismo. Solo hay una solución, abrir la llave del gas y dejar que una nube espesa envenene nuestros pulmones; el alma entera. Yo me quedaré dormida para no despertar jamás, eso no será problema, es la manera ideal para decir adiós; como cuando se derrite la cera de las velas hasta acabar con la mecha.

Pero antes debo avisar a mis congéneres, si es que acaso me quedan algunos, no sería justo dejarlos con el Jesús en la boca, no tienen derecho a una explicación pero sí a un aviso de última hora; tengo que tratarlos con la misma cortesía en reciprocidad. No quiero extenderme demasiado, solo lo esencial, para que no se queden hablando solos.

Andrés. Tú vienes conmigo así que no hay mucho que agregar, como no vas a poder leer esto entonces mejor te lo recito de mente a mente. Nuestro amor fue un rayo que carbonizó las verdes praderas de la razón; tú fuiste acero y yo vientre. En la esperanza de encontrarnos solo dejamos cuerpos despellejados, decapitados y descoyuntados a lo largo del camino, tu manera de quererme es esa que llaman un <<Campo de concentración>>, donde el verdugo y la víctima se hacen cómplices y convierten a la tortura en un bálsamo que provoca escoriaciones en la piel y frenesí en el alma.

No diré que te odio, pero tampoco que fuiste el amor de mi vida, estábamos destinados a destruirnos uno al otro mientras allá afuera no se libraba ninguna guerra. Espero que comprendas mi decisión, no te estoy pidiendo permiso, pero creo que ya me tocaba parte de ese dulce. Tú

decidías siempre el restaurante para comer, la película de los sábados, el vestido que impresionara a tus amigos, la hora exacta de coger y hasta como debía amarrarme el pelo en la panadería sin despertar la lujuria de otros hombres. Hoy elijo matarte, no por una venganza personal sino porque simple y llanamente se me antojó. ¡Buen viaje! Dicen en el cielo que todas tus novias de cincuenta años muertas de manera prematura te están esperando con los brazos abiertos.

Mamá. Hace mucho que dejamos de odiarnos ¿Cuánto me alegro haber podido enterrar el hacha? La pasé muy bien los días que te visité en la pasada Navidad, el guajolote nos quedó riquísimo y el pescado a la vizcaína resultó el rey de la noche. Por fin, después de tantos años nos acordamos de papá y nos pusimos a llorar de nostalgia. Me dio mucha alegría saber cómo lo conociste, de qué forma te conquistó, sus primeros años de casados y esas cosas que parecían no importarte.

Pude ver que eran muy unidos, a pesar que después todo se fue al carajo, creo que al menos conseguiste amarlo y eso vale mucho. Créeme, en esta vida no importa el dinero, el trabajo, la fama o el 12 de diciembre, con perdón de la Patrona, sino haber podido enamorar a alguien. Para mí eso es lo único que define el éxito de una persona. Estoy segura que vas a sufrir mucho cuando te enteres de mí, pero quiero que sepas que no tienes nada de qué preocuparte.

Yo estaré bien. Cuida mucho a los sobrinos, sigue jugando baraja con tus amigas, ve todos los domingos a la iglesia, juega el mismo número de la lotería. No cambies ni un aspecto de tu vida, déjala así como está, que es grandiosa aunque no lo creas. Yo saludaré a papá de tu parte, seguro andará por ahí de escurridizo y ni siquiera en el mismo cielo han de saber dónde está. Adiós, mi dulce mamá.

Clan Bovary. Hola chicas ¿Siguen en la playa? Anoche soñé con todas ustedes, estábamos en un concierto, creo que era de Los Enanitos Verdes o Nacha Pop, Martina vomitaba rosas blancas, Lorena se metía a los camerinos para tener sexo con uno de los músicos y a Elisa la secuestraba el oso de ShowBiz Pizza. Verán que no he cambiado nada en absoluto, sigo siendo la misma chiflada de los días felices.

Cuando partí a Tijuana de improviso no pude despedirme de ustedes como era debido, aún teníamos muchas cosas qué hacer. Quiero que sepan lo mucho que las amo y adoro, son las mejores amigas que hay. No busco que me comprendan o idolatren, seguro los primeros días después de mi partida sentirán tristeza seguida de una ola de furia incontrolable. Puede hasta que me olviden pero yo no lo haré. Las llevo en mi corazón hoy y siempre, tatuadas en mi piel. Me despido queridas cómplices y hermanas, enteramente suya.

Emiliano. No voy a prolongar la agonía más de lo necesario. Debí haberte dicho lo de Andrés pero me pareció muy poco importante en su momento. Katerina es la mujer más afortunada del planeta, se lleva lo mejor de mi cosecha, el chico que todas morirían por tener. Me gustó mucho su foto, se veían muy tiernos. Siento no estar a tu lado el día de tu boda pero aunque no lo creas mi espíritu estará presente. Perdóname. Hasta la victoria siempre. Te quiero. I feel you. Your sun it shines. I feel you. Within my mind…

Capítulo 10

IX

La noticia de la segunda muerte de Erendirani llegó cuando te encontrabas en Berlín de visita en la casa de la hermana de Katerina. Si hubiese llegado un día antes habrías podido al menos hacer una llamada telefónica para conocer los pormenores de su estado de salud, saber el hospital donde fue internada y enlazar con las Bovary un vuelo directo hasta Los Ángeles desde Barcelona, lugar donde ellas se encontraban.

¡Carajo, carajo! No obstante, el mal clima y la transición burocrática de las dos Alemanias dificultaron el proceso. Tuviste que esperar dos semanas para solucionar trámites en el consulado y transitar una odisea más pesada que la de Ulises: tres escalas, un viaje en autobús de doce horas, veinte expresos sin leche, ocho cajetillas de cigarros y un nudo en la garganta.

Katerina se quedó con su hermana, no tenía caso que te acompañara al periplo de un desgaste emocional que rompiera la armonía de los últimos meses, además estaban todos los preparativos de la boda: invitaciones, vestido de novia, el banquete, arreglos florales, mesas e incluso el tipo de servilletas. Tenía que salir a la perfección, ya habría tiempo de compartir otro momento de zozobra.

Al principio protestó un poco pues creía que era su deber como tu futura esposa apoyarte en las buenas y malas, sentir los mismos dolores como si se tratara de dos cuerpos tejidos por las venas del corazón. Pero a veces pasa que no siempre es bueno hacer transfusión de sangre si la pareja corre el riesgo de contaminarse por una desdicha ajena.

Erendirani fue trasladada al Hospital General dos días después de haber llegado procedente de Tijuana. Llegó sedada y con múltiples heridas en el cuerpo. Su cara estaba repleta de rasguños, tenía un ojo morado. El costado derecho fracturado, las piernas laceradas, lo peor de todo, el pubis con las marcas de la ignominia. Su ser de mujer violentado. Pasaron dos semanas para que despertara, sus ojos estaban en blanco, ¡piedad!

Los periódicos en Tijuana fueron insaciables. Inventaron todo tipo de ridiculeces. Dijeron que ella sufría de doble personalidad y pertenecía a una secta satánica, otros escribieron que era una asesina serial adicta al sexo cuya misión era secuestrar y seducir a hombres indefensos para robar su espíritu. Algunos no fueron tan lejos y especularon con teorías de conspiración: infidelidad, desamor, traición, aborto (te acordaste de Hatziri), odio, tráfico de drogas (inverosímil), venta de órganos o deudas de juego. De forma increíble, los hechos giraban únicamente alrededor de la mente maestra de Erendirani y sobre el otro sujeto todo era pena y

muestras de simpatía. De no creerse.

Permaneciste a su lado día y noche, montaste guardia sin separarte un solo instante de su cama. Se veía tan serena y hermosa, con sus deditos entrelazados como si fuera una chiquilla orando. Trajiste la grabadora que te regaló cuando cumpliste 16 años junto con su colección de música preferida: Bach, Händel, Tchaikovsky, Mahler. Colocaste los audífonos acolchonados alrededor de su cabeza, abriste las cortinas para que entrara toda la luz, apretaste su mano y contuviste la respiración. El milagro sucedió; comenzó a reír desde adentro, ¡gracias Dios, gracias Dios!

Cuando despertó no hubo una explosión de júbilo, los planetas tampoco se alinearon, la pobreza no desapareció. Estaban tú y ella. Nadie más. Te miró a los ojos sin parpadear para comprobar que no estaba soñando, tocó tu cara, palpó la frente, acarició los labios y sujetó el mentón. No hablaba, tampoco gesticulaba, solo volvió a nacer.

Antes de que llegaran las enfermeras y previendo no jalar ningún catéter, te montaste en la cama y juntaste tu cuerpo con el suyo en un tierno abrazo. Las manos rodearon la cadera, tu nariz quedó a la altura del pelo que seguía inmaculado. No podía imprimirse con fuerza o desesperación pero se sintió como si estuvieras sujetando el mundo. Todo estaba retratado con el peso de los años, las vivencias y los recuerdos en la mente de una anciana cosiendo una cortina.

De nuevo eran el dúo dinámico. No podían saltar, chapotear en el agua, jugar con el viento o asaltar licorerías pero al menos volvieron las pláticas que no tenían fin. La forma en que recuperó el habla te dejó maravillado, su memoria exploró a placer los lugares que había visto, las personas que conoció, los animales que tocó, la comida que degustó, las playas donde nadó.

La gira de Sweetness fue todo un éxito, en Querétaro hicieron un palomazo con un saxofonista que grabó al lado de Ella Fitzgerald, en Zacatecas hicieron contacto con un joven músico llamado Eugenio Toussaint con quien planearon ideas de composición entre el jazz y la música de cámara; en Jalisco compartieron escenario con Tino Contreras.

En Veracruz, Erendirani se enamoró del mar. Durante su estancia, el malecón se convirtió en parada obligada por las noches; no se fue de ahí hasta que escuchó a todos los grupos de jaraneros apostados afuera de los cafés y bares. Luego perdió un tornillo y compró un vestido de paisana para salir a bailar con las jarochas. Hizo amistad con muchas de ellas y hasta no faltó una que le pidiera matrimonio. Me imagino que la veían bella, fuera de todo contexto, destinada a encandilar.

Pero no fue sino en Tijuana cuando la vida le sonrió. Encontró muchos lugares que fotografiar para mandarte una postal cada sábado. Durante otros momentos de la gira había hecho lo mismo pero con cartulinas compradas. Aquella era otra de sus aspiraciones artísticas que algún día esperaba mostrar. Ya en ese momento habías partido a Praga pero ignorabas que Erendirani se encontraba en ese lugar, pues no estaba programado dentro del itinerario. Poco antes del regreso a la Ciudad de México recibieron de última hora la invitación de una persona del medio. Ajá, ahora ya sabemos de quien.

Te contó la historia de María y Eleuterio, dos jóvenes que se conocieron en Rosarito y quedaron enamorados, el inconveniente era que ella vivía en Tijuana y él estaba de ilegal en los Estados Unidos. De alguna forma se las arreglaban para verse y mantuvieron vivo el romance pero un día se construyó un muro temporal en la playa que cambió todo. Tú habías leído antes esa historia en Viena, gracias a uno de tus amigos gringos, donde la agencia AP te pidió un reportaje sobre una pareja que logró escapar de Berlín Este para refugiarse en Austria. Se llamaban Hans y Valentina.

La trama era muy similar, aunque sin final trágico. Ella era media judía de padre rumano y madre austriaca que trabajaba en un hospital del distrito de Lichtenberg. Como adscrita al partido comunista afincado en Bucarest, consiguió una beca para estudiar medicina en la República Democrática Alemana. Él había nacido en Dresde, hijo de un padre cautivo por los nazis en el campo de concentración de Dachau y de una madre casada a la fuerza con un oficial de las SS (posteriormente viuda) que logró sobrevivir durante el asedio final de los rusos.

Una noche, Hans fue alcanzado por una bala perdida mientras caminaba cerca de la Alexanderplatz. El impacto se alojó en el abdomen, el intestino comenzó a derramar sangre. Valentina salía del trabajo para reunirse con unas amigas a dos cuadras de los hechos, cuando se cruzó con el cuerpo cuando se disponía abordar el autobús. La situación era incierta, el futuro de un solo ser vivo luchando a contrarreloj amenazaba la existencia de la esperanza; palpó la herida y temió lo peor pero no se rindió.

Como no había otro remedio de parar la hemorragia, se quitó la bata y abrigó el cuerpo para mantenerlo caliente, los calcetines tuvieron que limpiar el sudor de la frente, la blusa fungió como torniquete. Se quedó semidesnuda, en pleno invierno, no le importó el frío, había una vida que proteger. Los gritos de dolor alertaron a un taxista que cumplía con sus últimos minutos del turno nocturno. Llegaron al hospital con el aliento de la muerte acariciándoles el cuello. Se salvó de milagro, ¡wunderbar, wunderbar!

Días después, Valentina visitó al convaleciente Hans. Él tenía grabados en su mente los momentos angustiantes que pasó a su lado, se acordaba de todo: su voz, manos, coraje. No podía creer que algún ser humano fuera

capaz de hacer lo que ella llevó a cabo. No la pudo olvidar. Sanó y salió del hospital pero todos los días él enviaba una rosa roja a su oficina que gracias a la ayuda de cómplices dentro de la sala de emergencias, aparecía siempre a la misma hora en que ella lo saludó por primera vez cara a cara una vez que pasó a la sala de recuperación.

En un inicio no parecía ser una historia por demás interesante, más allá de los clichés y coincidencias con cientos de relatos de la Segunda Guerra. Pero lo mejor tenía que llegar hasta el final. Después de un período de escarceos bajo la luz de las estrellas, la política ayudó a aclarar el panorama amoroso. Un miembro del Consejo de Estado entrado en años se encaprichó con Valentina, a tal grado de proponerle matrimonio a cambio de la nacionalidad alemana y un puesto en el ministerio de salud.

Las maneras del viejo al principio fueron dulces pero al no ver respuesta clara mutaron a un cariz perverso. Estaba obsesionado. Mandaba un coche especial para trasladarla durante la semana desde su casa al hospital, enviaba regalos caros e incluso llegó a mandar fotos de él en posturas nada inocentes. Valentina tenía mucho miedo, se sentía indefensa, no sabía qué hacer.

Para la mala suerte de Hans, un soplón de la Stasi vio que caminaba de la mano de ella una tarde soleada que paseaban por el barrio de Pankow. La respuesta no se hizo esperar, al otro día fueron a casa del enamorado y lo golpearon de manera salvaje con la advertencia clara: —Aléjate de ella o no vivirás para contarlo—. Amenazaron con decirlo todo. Defenestración a mansalva. Sacarían a la luz que su madre había sido una perra nazi, que él era una espía de Occidente en planes de enterrar una bomba en el cuartel general del Partido. Patrañas sin sentido. A Valentina no le fue mejor, el viejo la comenzó a chantajear, si se atrevía a desechar su oferta su beca sería cancelada y en vez de ser expulsada del país la mandarían a prisión. Ella, que tanto amaba los ideales socialistas y la virtud de la colectividad, terminó decepcionada de los camaradas.

Entre el amor y el Socialismo prefirió lo primero. Tomó sus cosas, declaró su lealtad incondicional a Hans y el 15 de septiembre de 1979 se unieron a Peter Strelzyk y Günter Wetzel en un globo aerostático que sus esposas consiguieron zurcir durante la noche con sábanas y cortinas escondidas en el sótano de sus casas. La nave consiguió elevarse como un fantasma que cautiva al viento y aterrizó siete kilómetros allende la frontera por el sur. Diez personas (4 niños y 6 adultos) lograron burlar la maquinaria militar de los guardias de la RDA con graciosa huida. Para celebrar la ocasión, Valentina llevaba puesta la misma ropa interior que portaba cuando encontró a Hans tirado en la calle. A él le dio mucha gracia. Ocho meses después se casaron en Salzburgo y se mudaron a Viena donde nació su primer hijo.

*

Erendirani volvió a creer en la vida y la verdad llegó a ti días antes de que abandonara el hospital. Uno de los doctores se presentó con un agente del ministerio público número 10 de Tijuana junto con un policía municipal. Lo de los periódicos solo había sido una tapadera, al alcalde de la ciudad le preocupaba la violencia que se había desatado en las últimas semanas con la presencia de gatilleros y jefes del narcotráfico en disputa por la plaza. Por eso mandó a inventar noticias sin sentido. No deseaba generar más conflicto en torno al desgarramiento del tejido social.

Las investigaciones lanzaron su veredicto: en efecto, el día de los hechos, Erendirani se encontraba en el susodicho domicilio junto con una persona de nombre Andrés Palacios González, profesor de la Escuela de Artes de la Universidad de Baja California y conocido pintor de la localidad.

A las tres de la mañana, los vecinos de los alrededores comenzaron a notar un olor a gas que provenía de la planta baja del inmueble. Se dio aviso a la policía y al entrar al lugar se encontraron dos cuerpos inconscientes tirados en el piso con distintas características. El de sexo masculino no presentaba rastros de maltrato físico pero los exámenes toxicológicos de rigor arrojaron muestras de cocaína y alcohol. El de sexo femenino exponía laceraciones en rostro, tórax y área púbica, fractura expuesta en tibia derecha, fractura costal, separación de clavícula e indicios de violación de los órganos genitales.

Los exámenes al respecto confirmaron restos de semen y ADN del individuo Andrés Palacios González, ¡que sus huevos se marchiten, que sus huevos se marchiten! Dada las marcas registradas se concluyó resistencia por parte de la víctima y un claro uso de la fuerza contra su voluntad. No se encontraron restos de sustancias en los exámenes toxicológicos; además de sus respectivas heridas, Erendirani sufrió un severo cuadro de deshidratación, alrededor del 40% de agua de su masa corporal fue desalojado. El cuerpo perdió por dos días control de esfínteres y presentó sudoración copiosa. Sorprendentemente, a una semana de los hechos su organismo comenzó a funcionar con normalidad, como si la lluvia del exterior se hubiera filtrado por la ventana de la habitación para volverla a hidratar.

Los peritos especializados indicaron que el incidente se debió a una fuga por el desgaste de los tubos que conducían el gas del tanque estacionario hacia la zona de la cocina. No hubo falta que perseguir. Se trató de un accidente. En cambio, se abrió una pesquisa de oficio contra Andrés Palacios González por el delito grave de violación con tentativa de

homicidio.

La pena al respecto roza los 60 años de prisión sin derecho a fianza, según la normativa del estado de Baja California. Respecto al posible móvil, las líneas permanecen en conjeturas, la policía no ha hallado notas, registros bancarios o evidencias gráficas que apunten a la resolución del caso. No se encontraron pertenencias personales de la víctima salvo ropa y fotografías de paisajes. El sospechoso está prófugo, se desconoce su paradero.

No quisiste comunicar los resultados a Erendirani, había recuperado las ganas de vivir, no logró recordar la noche del incidente por fortuna. No fue tu caso, parecía que lo habías vivido en carne propia. Quedaste helado, querías buscarlo tú mismo, hacerlo pagar, no importaba en qué lugar del mundo se encontrara. No se necesitarían policías, ni armas largas, helicópteros o servicios secretos, aquel canalla había dejado su rastro, estaba a la mano.

No lo matarías inmediatamente; primero sonreirías con disimulo, luego sacarías un machete y cortarías el hueso de la rodilla para inmovilizarlo. Después, colgarlo de cabeza sería el siguiente paso, para ver la sangre bajar hasta llegar al cerebro y celebrar su colapso agónico. Quizá bastaría con copiar los métodos de la Inquisición y verter una gota de agua sobre su cabeza o romper sus piernas con un potro, pero aun así no conseguiste serenarte.

Hubo una voz que detuvo tus pensamientos de muerte, esa fue la de Erendirani. No, imposible abandonarla, aunque fuera solo para perseguir a su verdugo, ella te necesitaba a más que nadie en la vida. No eres un asesino, no tienes madera de torturador. Aunque lo tuvieras de frente, imposible levantar siquiera un brazo, juraste algún día respetar la vida humana, el ojo por ojo es para los bárbaros; la justicia no funciona de esa manera. E hiciste bien, dejar que se perdiera, aquel monstruo se ha bañado en su propia inmundicia, no necesita el testimonio de Erendirani para ser juzgado, ya está condenado en vida.

*

El tiempo ha pasado, tu niña ha vuelto a caminar, a meter la mano en los panales para buscar miel. Ahora la esperas con ansias, ya la ves caminar sobre el Puente Carlos. Estás a una semana de tu día más especial. Katerina está encantada, tiene mucha curiosidad por conocerla, siente que hasta sería capaz de amarla porque muchas de las cosas que ve en ti son producto del cariño de Erendirani.

No ha sido fácil, llegar hasta este lugar ha costado mucho esfuerzo; desvelos, pendientes y suspenso. Se cierra un capítulo, adiós infancia, adiós adolescencia, la adultez ha llegado. Esperas no defraudarlas. A ambas, porque al fin has encontrado una definición de ti mismo que tiene dirección, sentido y significado. Antes estabas extraviado, no sabías qué hacer de tu vida, ahora ya lo sabes con certeza: crecer por amor, creer por amor.

Capítulo 11

Heroína

1995

X

El matrimonio en que tanto empeño puso Emiliano solo duró tres años. En perspectiva, no fueron las diferencias culturales causa del rompimiento, cuestión que pudo haber sido superada en cualquier momento, sino precisamente las semejanzas de la personalidad de ambos enfrentadas al extremo. Todo aquello que los deslumbraba, uno del otro, degeneró en la intensificación inversa de un defecto, provocando que la convivencia diaria se volviera un caos. La tozudez que tanto adoraba ella en él cambió al terreno de la obstinación, el orgullo de Katerina como virtud de confianza en sí misma se echó a perder en la vanidad.

Todo comenzó una semana antes de la boda. En el ritual del Puente Carlos, Katerina no pudo derramar una lágrima, se resistió a creer que toda su vida anterior hubiera estado incompleta. Había vivido una infancia sin mayores restricciones, con una madre y padre siempre presentes, no había pasado hambre, desdicha o incertidumbre. Imaginarse casada fue un ejercicio de preparación que prescindió de lo esencial; una eventual derrota. Creyó que con su disciplina y entusiasmo sería suficiente para superar cualquier dificultad, sin considerar las debilidades y propiedades curativas del perdón. Ella, tan inexpugnable se declaró atea de una relación a corazón abierto.

Por otro lado, Emiliano pecó de idealista. No imaginaba su felicidad sin la presencia de Katerina, a menudo perdía poder de decisión porque esperaba el consentimiento de ella siempre que se sentía inseguro. Componía planes a futuro sin atender el presente y perdía la cabeza en los hijos que no llegaban, como si se tratara de una postal de familia frente a las exigencias que la sociedad esperaba de él. Por momentos parecía estar más enamorado del matrimonio que de Katerina; convertía sus fallos en despistes, pasaba por alto sus omisiones, toleraba decisiones unilaterales y derrochaba el dinero. Romance innecesario, razón dormida.

La primera pelea se produjo el día de la boda. Erendirani canceló su viaje a Praga. Emiliano se sintió traicionado, confuso. No podía creer que la promesa que tantos años había costado sembrar terminara en la nada. Durante la semana del casamiento estuvo parco, casi sin hablar con nadie, perdió el apetito, dejó de hacer el amor con Katerina por las mañanas. Lo que más detestó fue que no pudo comunicarse por teléfono con ella, se

tuvo que conformar con una carta lacrada con un sello postal de Nueva York y una mancha de café encima.

Querido Emiliano

Como ya me conoces no hay necesidad de atizar más el fuego a la liebre. He pensado mucho en nosotros, el curso que han transitado nuestras vidas, mis errores, tus sueños. Los laberintos de la soledad. Ayer recibí una llamada de mi antigua profesora del Conservatorio, Rebeca, la misma que me llevó a Sweetness y rellenó mi ser de azúcar. Una etapa muy feliz de mi vida. Pues no puedo dejar que otro monte este caballo, se ha abierto una audición sin precedentes en la Filarmónica de Nueva York, están buscando a una pianista.

Después de pensarlo por dos noches seguidas sin dormir, no puedo darme el lujo de renunciar a algo que me ha quitado el sueño desde que soy niña. Yo sé que había dicho que mandaba todo al carajo, pero a veces sucede que nos tragamos nuestras propias palabras sin sopa o aperitivo, nos envenenan con el plato fuerte más picante. Ella dice que tengo muchas posibilidades; tengo experiencia, talento y sagacidad, no sé si lo que diga es cierto pero me tranquiliza saber que al menos todavía mis venas llevan sangre y no agua.

Tengo que salir mañana mismo a Estados Unidos, por lo pronto viviré en un piso subarrendado de una hermana de mi profesora, tengo dinero ahorrado. Si me quedo, empezaré a trabajar muy duro para conseguir mi propio espacio. Quizá un trabajillo de medio tiempo en un café cerca de Central Park o malabarista demente en el Ringling Brothers. Voy con una mano adelante y la otra atrás, que comience el show.

La verdad aunque duela. Te quiero, no sabes cuánto, he repasado en mi diario las 455,678 veces que te regañé por usar mal el tenedor, los días que me llevaste helado de yogurt cuando enfermé de varicela en secundaria, la borrachera por el campeonato de los Pumas, la tarde que saliste temprano del trabajo para disfrazarte de Hemingway en mi fiesta de cumpleaños y los boletos de todas las películas que hemos visto en la Cineteca. Hace un mes estaba comiendo con mi primo en un restaurante chino y pedí la orden a tu nombre de forma inconsciente, así me tienes todo el tiempo, siempre he sido tuya y yo de ti, a tal grado que hasta los tallarines forman tus letras.

Esto no es normal, ya has hecho demasiado por mí, después de lo del hospital nuestras vidas se han estirado tanto que los hilos ya no encuentran camino de encajar con la aguja. Tengo que hacer mi vida y tú

también, este es el mejor momento para desplegar las alas y volar por caminos separados. Esto no quiere decir que ya no volvamos a hablar, simplemente digo que tomemos descanso uno del otro; cásate, ten hijos, lleva a Katerina por toda la estepa rusa hasta llegar a la muralla china, rómpete un brazo, fracasa, vuelve a levantarte, acuéstate un domingo a las cuatro de la mañana, vuela en un helicóptero. Yo haré lo mismo; rentaré un cuartucho sin balcón, comeré latas de atún, gritaré mi nombre en la cabeza de la Estatua de la Libertad, leeré poesía, usaré falda en invierno, pediré una prostituta asiática para llevar y lo que me falta.

¿Entiendes por qué lo hago? Porque ya no quiero tener necesidad de ti, deseo reinventarme, volver a hacer las cosas que antes me gustaban, despertarme a cualquier hora del día sin importar qué voy a comer o a quién conoceré. Tendrás noticias de cuando en cuando, no prometo ser lo que esperas de mí sino lo que yo vaya aprendiendo sobre la marcha. Me has entrenado muy bien, puedo aguantar 12 rounds y proclamarme campeona mundial en peso irreverencia. Adiós profeta de la aurora, nos vemos cuando escampe.

La suntuosidad de la iglesia no fue suficiente, tampoco el barullo de los invitados vestidos de punta en blanco ni las sonrisas de los turistas curiosos que montaban guardia afuera en la calle. Emiliano esperó en vano una llegada de último minuto, se imaginó el taconeo de las zapatillas a medio poner y los gritos de una chica torpe quejándose por un moño de tamaño grotesco en su vestido. Nada de eso pasó.

Entró la novia, los asistentes se pusieron de pie, sonó la danza nupcial, el sacerdote leyó de corrido su letanía. Katerina con rostro risueño; su novio ausente. Tras el banquete, la fiesta y los agasajos de rigor, todo estaba previsto para que el lecho nupcial acogiera el calor de dos cuerpos jubilosos, pero solo uno tenía deseos del vals lúbrico.

—Algo te paza, a mí no me engañas ¿Qué zucede?

—Te veías muy linda esta tarde en la iglesia.

—No cambies el tema, tú no erez así, has estado actuando muy extraño, casi no te vi esta zemana, ya sé que fue estrezante para los dos pero lo que tenía que haber salido mal salió bien y lo que tenía que haber salido bien salió mal. ¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—¡Vamos, no zeamos tan estúpidos! Las flores de los centros de mesa no se zecaron, ningún borracho arruinó el brindis, la comida fue zervida a la hora convenida, los veztidos de las damas eztaban sin ninguna arruga, mi

madre no olvidó enfriar el pastel. Todo maldito perfecto. Pero tú y yo andábamos en planetas distintos, olvidamos mirarnos por las noches, dejamos de ir a la claze de cocina con mis tías para preparar un buen goulash, hasta dormimos en camas zeparadas. No lo entiendo, dejamos de hacer lo nuestro por nuestra propia boda. ¡Explícamelo, explícamelo!

—¿Te parece poco el dinero que gasté para conseguir el vino que tú querías para el brindis? ¿Sabes lo que me costó convencer al trío de cuerdas para que tocara sin pago alguno? ¿Estás enterada que fui con tus hermanos a una noche interminable de cerveza en algún bar de mierda cuando lo único que quería era irme a dormir? Pero no, tenía que cuidar todos los detalles porque si no iba a ser un desastre, a eso se llama responsabilidad.

—A eso me refiero idiota, nadie te obligó a hacer eso, no entiendez nada de lo que digo. Yo quería eztar contigo, no viéndote perder el tiempo con florerías, vinaterías o el maldito sacerdote. A mí no me interezan los invitados, la comida o el color de las malditas mesas, me interesas tú, tú y nadie más.

—Entonces sí estás completamente loca. ¿Qué querías? Dividirme en tres o cuatro para preparar la boda, recoger a tus parientes de Smolensk, llevarte al salón de belleza, matar los ratones de la cocina, ir al estadio con tu papá y luego todavía volver para cogernos el uno al otro hasta morir. ¿Crees que soy tu burla?

—El que no sabe dónde tiene la cabeza erez tú, lo único que quería es que no me abandonaras mientras atendías a todos, parecía que yo era una invitada más. La boda no puede ser más importante que nozotros dos ¿Comprendes o acaso lo digo en mi lengua? Lo de hoy son dos horaz de fiesta y un sacerdote que no deja de mirar mi escote, pero nuestra vida juntos es para siempre, de eso he eztado hablando. Piensa un momento y borra a todos, tus padres, los míos, tus amigos, mis sobrinas, la ciudad, una casa; cuando zeamos ancianos nada de eso va a importar porque solo vamos a estar Emiliano y Katerina, eso me importa más que un anillo o un trabajo de un millón de coronas. Tú y yo, tú y yo.

Emiliano agachó la cabeza y se sentó en la cama. Reflexionó largo rato y releyó en su cabeza la carta que escribió Erendirani, una frase retumbaba en su mente como tambor de hojalata: –haz tu vida, haz tu vida–. Tardó algunos segundos en reincorporarse, bebió un trago de la botella de champán que le regaló el papá de Katerina y fue junto a ella. La tomó de las manos como quien se rehúsa a despedirse de la estación del tren.

—Perdóname, nunca más lo volveré a hacer. He sido un desastre.

—No podemos dejar pazar esta oportunidad de zer felices, ya vendrán otros tiempos de cambio y yo zabré hacernos olvidar –respondió Katerina.

—Creo que debo cambiar la página, algún día tenía que hacerlo.

—Yo sé lo que te pasa, estás triste porque no vino tu amiga Erendirani.

—No es eso, es…

—Conmigo no tienes que dizimular ¿Sientes algo por ella?

—No.

—Entonces compréndela y no seas egoízta, tiene una buena oportunidad allá en Eztados Unidos, algunas veces es necesario dejar atrás a los amigos.

—Tienes razón.

—Tiempo y paciencia.

—Te amo Katerina.

—Y yo a ti.

Emiliano desató los cordones del vestido de Katerina y palpó su cuerpo con delicadeza. Era suave, la piel más tersa que haya tocado jamás, sus manos se hundían en los costados. Hicieron el amor tres veces, a la mañana siguiente fueron despertados por el canto del gallo y se bañaron juntos. Tomaron sus maletas, partieron a la luna de miel sin imprevistos, dormitaron bajo los olivos de Grecia y devoraron todos los higos de Turquía.

Al regreso, cada uno retomó su trabajo, jamás pudieron repetir lo sucedido en la noche de bodas. Emiliano pronto descubrió que Katerina era estéril, entrando en una fase profunda de depresión. Su amor comenzó a morir al cabo de haber nacido. Frágil y sin nuevas ilusiones de por medio, renunció a su trabajo y comenzó a buscar afuera lo que no encontraba en casa. Ella nunca se lo perdonó.

*

Cuando logró juntar el suficiente dinero, Erendirani se instaló en el corazón del Greenwich Village en Waverly Place, a una cuadra del Washington Square Park. Se convirtió en la pianista titular de la Orquesta

Filarmónica de Nueva York con el menor rango de edad de la historia. Su capacidad superó el simple acto de tocar, cada tecla se convirtió en un pedazo de su ser, los dedos comenzaron a desarrollar una fuerza magnética que bastaba con rozar cualquier piano para hacerlo retozar.

Su rutina no había cambiado en lo más mínimo, era muy supersticiosa y cada ritual del día constituía un acorde a interpretar en su vida: dejar la ventana abierta, levantarse con los dos pies, bañarse en diez minutos, preparar el café sin azúcar, contar el número de escalones desde la entrada del edificio hasta la puerta de su departamento, comer un pastelillo con mermelada, ir al parque y pararse de cabeza.

A falta del clan Bovary conformó otro grupo a su alrededor, lo bautizó como Las Olorosas. Anne, una violinista nacida en Alabama que escupía en el fagot de su archienemiga antes de cada concierto para apaciguar los nervios y defensora a ultranza sin concesión de fines de semana sin ducha. Filippa, italiana parida por Génova, actriz de Broadway especialista en obras que nadie iba a ver y adicta al pan de ajo. Akane, japonesa de vieja escuela, ordenada y sin tolerancia a los retardos. Diseñadora de modas; su casa hedía a crisantemo cada vez que desdoblaba su ropa interior de seda. Erendirani volvió a sentirse querida, el crisol de nacionalidades ayudaba a no caer en la abúlica repetición, cada día era una caja de sorpresas.

También conoció a muchos hombres pero algo en su interior se había quedado en reposo, su ciclo menstrual volvió a regularse, el corazón aminoró su velocidad y una gran carga emocional quedó liberada. Salía con algunos dos o tres veces y de inmediato les ofrecía su amistad, su actitud era tan sosegada que ellos no notaban el rechazo sino una invitación a intimar sin consecuencias físicas. Se divirtió mucho explorando cada palmo de sus deseos y comprobó que varios de ellos tenían una semilla femenina; sobresalían la intuición y su resistencia al dolor.

No lastimó a nadie, hablaba con la verdad, su libertad se convirtió en el más caro objeto de su existencia. Era feliz viviendo sola, alguno que otro invitado a dormir de vez en cuando, clases de cocina y visitas a la tintorería. Tomó clases de manejo y sacó la licencia de conducir, compró un gato al que llamó Danilo y cada diciembre iba hasta el Edificio Dakota para colocar una flor de cerezo en memoria de su amado ídolo. La única coincidencia que tuvo con Hatziri en vida. Sin Lennon sufría. Un día Akane le reveló un secreto.

Yoko loves flowers; she saw you through the window, even better, she asked for your name. Now, all they are saying down there is give peace a

chance on Erendirani's own way.

*

Yoko ama las flores, te vio a través de la ventana, mejor aún, preguntó por tu nombre. Ahora, todo lo que dicen en ese lugar es dale una oportunidad a la paz; a la manera de Erendirani.

Erendirani comenzó a ser conocida en su cuadra como Miss Happiness. En Día de Gracias ayudaba a recolectar ropa para los indigentes de Brooklyn, discutía con los intelectuales mexicanos que se quejaban de su propio país sin mover un solo dedo para cambiar su mundo, despotricaba contra los indiferentes ante la miseria y ofrecía conciertos gratis a cambio de fondos para luchar contra los experimentos químicos en animales. Viajó hasta California sin un dólar en el bolsillo solo con la ayuda de su dedo pulgar y probó crispy tacos con frijoles más de mil veces para comprobar quien los preparaba mejor en todo Nuevo México.

Fue a Las Vegas y ganó 500 dólares en el blackjack, luego los perdió en la ruleta, vio a un hombre meter la cabeza en las fauces de un tigre, conoció a un doble de Frank Sinatra que solo cantaba canciones de Dean Martin. Llegó hasta Florida, donde nadó con delfines y caminó por las mismas calles que recorrió Tony Montana.

Al cabo de cuatro años, Erendirani comenzó a extrañar a Emiliano. La última noticia que tuvo de él fue que había caído herido por una esquirla cubriendo la desintegración de Yugoslavia. Después el rastro se borró. Imaginó que había encontrado otro Vietnam para lamer sus heridas. Pensó en Katerina, Praga y risas de niño. Nunca tuvo la suerte de tocar en la recién creada República Checa. Ya fuera en París, Londres, Madrid, Ámsterdam o Roma, Erendirani siempre esperaba encontrar un Puente Carlos que la recibiera con los brazos abiertos.

Estuvo a punto de sucumbir a la tentación cuando Anne sugirió aprovechar el descanso de la Orquesta en Budapest para acercarse a la ciudad de sus sueños de infancia. Por suerte, el novio recién aterrizado de Chicago convenció a la de Alabama con mimos y besos que lo mejor para ellos sería aprovechar Praga en privado, como una especie de luna de miel adelantada con resultados sexuales.

Erendirani hizo de tripas corazón y se quedó quieta. Ansiaba verlo pero no podía permitirse flaquear. Él tenía que estar bien, nada era para siempre. De vuelta en Nueva York recibió la visita de su mamá. Estaba muy cambiada. Se había vuelto a casar, vivía en Juriquilla al lado de una

hacienda con un campo de golf. Su nuevo esposo era un empresario taurino que montaba corridas tanto en la capital Querétaro como en Guanajuato.

El ruinoso departamento de la colonia Roma no había desaparecido, doña Claudia decidió rentarlo a una familia de cubanos exiliados. Se veía más joven, risueña. Perdió la costumbre de entumecer el rostro, ganó en sentido del humor lo que perdió en años de zozobra. Adoptó de buena gana al hijo del nuevo amor, que se forjaba apenas como escritor influenciado por las historias que su nueva madrastra le contaba acerca de su primer marido. Pasearon los tres por toda la ciudad; fueron a Staten Island, recorrieron las boutiques de la Quinta Avenida, fueron a ver el estreno de una obra de Filippa que extrañamente abarrotó el teatro, se tomaron fotos en Times Square y escaparon un fin de semana a Vermont.

Sin proponérselo, Erendirani regresó a la Ciudad de México en el momento que tocaba la cumbre. La Orquesta fue invitada por un grupo de filántropos y funcionarios de la Secretaría de Cultura local para ejecutar un concierto de Navidad en el Palacio de Bellas Artes. Se preguntó qué tanto había cambiado su entorno del pasado, si los cafés que frecuentaba todavía seguían abiertos, si la gente seguía viviendo con la cabeza gacha y las solapas de las gabardinas levantadas.

Nada de eso ocurrió, se encontró con un Distrito Federal cambiado. Los hombres cortejaban abiertamente a las mujeres sin disimulo, los niños jugaban a la pelota en medio de la calle, los ancianos yacían en las bancas sin temor a la muerte, los algodoneros vendían merengues y dulces al por mayor.

Como no pudo instalarse en su viejo departamento, doña Claudia le consiguió un lugar modesto no muy lejos de sus ánimos expedicionarios; se trataba de un pent house en la Colonia Nápoles. Erendirani lo rentó por dos semanas y se ofreció a cuidar al perro de los dueños sin queja alguna. Una noche que salió de copas a un bar de jazz cerca del Museo de Cera, acompañada de Anne, la desdicha volvió a mostrar sus feos dientes. Recargado en un poste, sin comer y vestido con harapos, Emiliano se retorcía en arcadas. Sus ojos estaban girando a una velocidad impresionante, la piel pálida, el corazón como queriendo reventar el pecho. Era la imagen exacta del olvido.

—¿Emiliano? ¡No puede ser! ¿Qué te han hecho corazón? —gritó Erendirani estupefacta.

—Erendiri, Erendi… ¿Eres tú? ¿Acaso estoy soñando? —susurró Emiliano con las últimas energías que le restaban a su cuerpo.

—Sí, soy yo querido, soy yo. ¡Ayúdame Anne! ¡Es espantoso! ¿Quién pudo

ser tan cruel para hacerle esto a mi pobre Emiliano?

—Estaré bien, yo quiero decirte que te…

—¡Watch out! –chilló Anne.

Poco faltó para que Erendirani se echara a llorar ahí mismo. La evidencia de un cuerpo destrozado por la infamia había borrado lo que alguna vez fue un ejemplar apabullante. La grasa había desaparecido, carne pegada al hueso, barba crecida sin cuidar, cabellos ralos; un huérfano sacado de una película de guerra. Del abrigo desteñido un par de objetos se salieron del bolsillo lateral: una jeringa con un líquido de olor nauseabundo y una cuchara quemada. Emiliano se había hecho adicto a la heroína después que se divorció de Katerina.

Capítulo 12

XI

8 de septiembre de 1996

Erendirani al desnudo

Nota de la autora: Arráncame la vida

La noche en que Emiliano decidió casarse con Katerina coincidió con el aniversario del fin de la Primavera de Praga en 1968. Las tropas rusas atravesaron Polonia en un abrir y cerrar de ojos; Checoslovaquia estaba sola, nadie acudió a su auxilio. Tanques, fusiles, botas. Las flores fueron aplastadas. La política del socialismo con rostro humano fracasó frente al sectarismo de Moscú; si hubieran querido quemar todo el país lo habrían logrado en cuestión de semanas, en su lugar, jóvenes checoslovacos se incendiaron a ellos mismos como rito de purificación que convirtió a la palabra en eternidad. Una idea no se puede extirpar, callar o asesinar, siempre regresa a atormentarnos con su olor a libertad; quiere ser besada no ignorada.

Un primo de Katerina participó en las resistencias estudiantiles en Ostrava, a escasos kilómetros de la frontera polaca. Mientras vigilaba un sendero en las afueras de la ciudad pensó en una idea muy original, desaparecer todos los anuncios de las carreteras que indicaran el camino hasta Praga. Ingenuo pero al mismo tiempo previsor, el plan de retrasar la marcha de las tropas soviéticas hasta el corazón del país podía comprar tiempo para pactar, evitar un derramamiento de sangre e incluso evacuar.

Pensó que la única manera de salvar a su patria sería jugar a la mujer que no quiere ser conquistada sino comprendida. Hacerse del rogar. Por inverosímil que parezca, el plan tuvo eco en muchas zonas del país y de pronto todos los caminos se quedaron sin señales; Praga estaba en todas partes y en ninguna. Los pelotones soviéticos daban vueltas en círculo sin ser capaces de encontrar su destino. Varios pueblos adoptaron el nombre de Dubcek, presidente de la nación, lo cual enfureció más a los invasores.

La hermandad de un pueblo dispuesto a hacer escuchar su voz sin apelar a la violencia rindió sus frutos. Las negociaciones dieron comienzo. Dubcek y ciertas cabezas del gobierno cayeron, la Unión Soviética se portó inflexible, no se produjo ningún cambio al Estado marxista-leninista pero la derrota checoslovaca se quedó con un regusto a victoria. Imposible

imponer a la mujer un amor que no quiere.

La historia de Marek se convirtió en leyenda; sus hazañas y poemas dieron la vuelta a toda Europa, se convirtió en símbolo de la resistencia checoslovaca, junto a un gran número de héroes anónimos que murieron acuchillados, baleados o secuestrados por el ejército soviético. El primo de Katerina pasó a ser héroe de una guerra sin balas cuando lo encontraron colgado de un árbol cerca de su pueblo natal. También había dado vueltas en círculo hasta regresar al punto donde comenzó la estrategia de los caminos sin anuncios. Dicen que intentaron inyectar cloro a sus ojos antes de que fuera enterrado para que volvieran a ser azules como antes, pero fue imposible. Se fue al otro mundo con aquel semblante turbio con una expresión de horror.

Katerina y Emiliano recordaron aquella historia cuando quedaron varados en la carretera vieja de Lázaro Cárdenas a Ixtapa Zihuatanejo. Sufrieron de todo. Casi mueren cuando la maniobra de un tráiler hizo que el auto se pusiera a girar, una llanta se ponchó, una banda de ladrones robó su equipaje, no comieron por varios días y tuvieron que dormir a la intemperie. Una noche, mientras intentaban conciliar el sueño ella sintió un miedo atroz. Se sentía triste, amenazada, pero sin poder hacer nada. Soñaba que veía el cuerpo de su primo colgado en su casa, no en un bosque alejado en la provincia. Quedó tensa, horrorizada. Su primo revivía y comenzaba a trepar por las paredes, con el mismo rostro con el que fue ejecutado; lengua de fuera y ojos ausentes; garras afiladas, barbas grises.

El despertar fue peor, en la carretera, al pie de un puente miró a su alrededor y descubrió con horror tres cuerpos colgados ejecutados con saña. El narcotráfico había hecho suya la zona. Emiliano también se reincorporó a la realidad y enjuagó la frente de su novia con un pañuelo. Sudaba grandes chorros. El país se deshacía frente a sus ojos.

Lograron llegar a Ixtapa después de muchos esfuerzos, sin dinero o pertenencias decidieron dormir en la playa. La primera noche, de luna llena, Katerina fue enfática en torno a los hechos. Aquello no podía ser otra cosa que una señal del pasado. El viaje que había experimentado con Emiliano fue lo más cercano a la muerte, se negó a quedárselo como una simple anécdota cuando llegara a la vejez.

No se vive algo así con un novio que fue un día verano y luego olvido, era un evento que para bien o para mal los enlazó. Al menos así pensó ella al terminar de declarar sus sentimientos según recuerda Emiliano:
—Ezcúchame, si después de todo esto, ahora que estamoz junto al mar, no nos casamos, entonces sería muy tonto que mañana amanecieraz a mi lado—.

Él lloró, cosa que jamás creí posible, y abrazó a su prometida como quien pone en una cesta los frutos más queridos de su jardín. Acordaron casarse en cuanto la nieve de Praga desapareciera.

*

¿Cómo hubiera podido dejarlo languidecer? Abandonado a su suerte, a él, que siempre había sido invicto, un cuerpo diseñado para vivir mil años, con aquellos ojos de muerte que me miraban por simple impulso más que convicción. Jamás nadie en la vida me vio así, como queriendo borrar la historia humana con un pestañeo. Pesaba menos que un niño pre-adolescente, sus labios estaban resecos, el rostro picado por las excesivas libaciones, las mejillas apenas si se distinguían de las de un cadáver. Yo no podía ser menos que Katerina.

Llamé un taxi y lo llevé hasta el departamento de mi mamá. Los cubanos se habían ido de vacaciones. Me puse a llorar también, estaba tan indefenso que hasta hacer lo más elemental me daba pavor, no pude quitarle la ropa o al menos enjaguar su cabeza en una tina de agua caliente. Titiritaba de frío, decía palabras incoherentes, murmuraba monosílabos. Me acosté junto a él y abracé su cuerpo, canté canciones de la abuela Maruca, invoqué los sonidos de un pasado ya en ruinas. ¿Qué quedaba de los 15 años al amanecer? Solo estertores de otra presencia, que había quedado enterrada por el peso de la distancia.

No caí en su abismo de inmediato, la recuperación requirió algunos meses de reconexión paulatina. Como al principio casi no hablaba yo tenía que reinterpretar sus señales y quejidos; mano derecha llévame al baño, mano izquierda necesito un cambio de ropa. Todos los días me levantaba a las cinco de la mañana para lavar las sábanas, cambiar las cortinas, preparar el caldo de pollo y calentar el agua. No me pesaba, ya estaba acostumbrada a cuidar de mí, tener la oportunidad de hacerlo por alguien más me llenó de alegría. Por las tardes nuevo cambio de ropa y ducha para tratar las heridas y las rozaduras. Tenía la piel suave, como si se la hubieran vuelto a tejer. Niño de nuevo.

Por las noches sesiones de películas hasta las dos o tres de la madrugada. Estupideces, no obras de arte, distraerlo del sufrimiento humano con dibujos animados o Meg Ryan contribuía a mantenerlo en estado de calma. Empecé a agarrarles gusto, me pareció conveniente indicar el nombre de las personas y los lugares donde se desarrollaban las escenas para estimular sus recuerdos, a veces parecían cobrar vida, en otras se quedaba viendo hacia el piso con el ceño fruncido.

Antes de ir a dormir, intentaba reanimarlo con nombres y frases familiares pero los resultados eran inesperados: Katerina, esposa, Praga, Pumas, helado, Benny Goodman, amor. Hacía como que pensaba y escupía al piso

o negaba todo con la cabeza y clavaba la cabeza en la almohada.

Una mañana comenzó el primer milagro. —Dirani, Dirani—. Se escucharon como cuchicheos de bebé desde la recámara, seguido de un chiflido parecido al mar embravecido. Emiliano jugaba con un barco de madera que hacía navegar en el aire con entusiasmo. Señaló con insistencia una regadera que reposaba en el balcón, supuse que había amanecido, que estaba deseoso de un baño matutino, pero nuevamente negó con la cabeza.

Acerqué el cacharro a su cara, lo sacudí como sonajero, lo puse a bailar por los aires, así como un juguete. Nada pasó. Me detuve en seco y pensé un instante, la vida es un río que baña los valles de nuestra reseca existencia. Incliné el recipiente y el agua cayó tímida sobre las plantas tiesas, de inmediato mutaron a un verde más saludable. Emiliano aplaudió y se echó de nuevo a dormir.

El segundo milagro ocurrió un día que la niebla bajó tanto al grado que todas las casas tuvieron que dejar sus luces prendidas toda la jornada. Niño ponte en pie. Emiliano se levantó como de costumbre pero cuando fui a verificar si necesitaba un cambio de ropa, noté que la puerta del baño estaba cerrada. Temí por un momento lo peor pero escuché el agua de la ducha caer serena y el compás de un canto melodioso dando la bienvenida al amanecer. Ya hablaba con fluidez, se anudaba las agujetas, se cambiaba de suéter y evacuaba sin asistencia pero seguía inquieto. Solo parecían importarle las figuras de acción del cuarto de los niños cubanos, los dulces guardados en la cocina y los globos de la calle.

Decidí arriesgarme. No podíamos estar encerrados todo el tiempo en el departamento, el calor era intenso hacia el mediodía y los olores se resistían a difuminarse pese a la constante circulación del aire. Tenía la energía de un pingo, fuimos a todos lados: al parque de diversiones, al bosque de Tlalpan, la Casa de los Espejos, al Museo de Cera, al zoológico. Siempre pedía lo mismo de comer; pizza, helado y papas fritas. Sorprendentemente lo devoraba todo de un bocado pero su cuerpo no experimentaba los estragos de los carbohidratos; los huesos desaparecieron, la grasa no volvió más.

Yo me sentía feliz, al fin sonreía, todavía sin mucho arrebato pero lo suficiente como para iluminar la cara de una pianista de semblante cansado. Era verdad que Emiliano había recuperado las fuerzas perdías, pero yo me empecé a sentir con menos energía, dormía menos y de nuevo surgían ataques de mal humor. Todo esto lo escondía a él para no entristecerlo, pero algo había comenzado a revelarse dentro de mí ser como el estallido de una estrella: de nuevo, extravié mi libertad. Él había regresado a mi vida. Me necesitaba de nuevo.

El tercer milagro ocurrió la noche de mi caída. Hola adolescente. El día no podía ser más esplendoroso, el sol brillaba en plenitud, el cielo no tenía una sola nube que manchara su piel. El sonido de los autos apenas si era perceptible; los transeúntes descendían del autobús con prontitud, la maquinaria de la vida estaba puesta en marcha. Intenté enlazar hasta Juriquilla con mi madre, el período de renta estaba a punto de expirar, los cubanos volverían pronto. Un tono, luego otro, llegué hasta el séptimo. Nadie contestó. Otro número vino a mi mente, el de la casera de Nueva York, tenía que avisar mi arribo durante las calendas de primavera; teléfono mal colgado o en reparación. De nuevo en silencio.

Emiliano no estaba en su habitación, se había ido temprano a caminar al parque, costumbre que empezó a adquirir cuando un día vio a la hija de la vecina descender por las escaleras. Hubo un atisbo de luz esa tarde que no se volvió a borrar de su cara. Comí un bizcocho rancio, un plátano a punto de apestar y tomé un té con sabor a tierra. Salí a la calle sin saber a dónde ir. La ciudad había cambiado sobremanera en pocos años, ya no se veían rostros tristones, animales asustados o locales abandonados. Todo bullía en actividad.

Fui hasta el parque, todavía nadaban patos en los estanques. Los árboles habían crecido tanto que ya era imposible treparlos. Los perros seguían dormidos debajo de las jacarandas, tal como los dejé años atrás. Entonces vi a esa pareja que se juraba amor eterno en medio de una algarabía inusual. La gente comenzó a arremolinarse curiosa, los ancianos se quitaron el sombrero en señal de júbilo.

Ahí estaba él, con el mismo candor en su mirada, aplaudiendo con entusiasmo desde su café restaurant; era el señor de la bola del mundo y las enciclopedias con todos los lugares a donde ir: ¿Por qué todos gritan? ¿Por qué todos ríen? Me acerqué y no pude dar crédito. Eran María y Eleuterio, con la misma mirada juguetona de una mañana en la playa, pero esta vez no estaban vestidos como adultos. Ella lucía una falda gris Oxford a cuadros, un suéter azul y una blusa blanca. Él vestía idéntico pero con las mangas arremangadas y el pantalón gastado. Uniformes de secundaria.

La fuente manaba chorros potentes. De los pechos de la escultura salía tanta agua como para llenar los siete mares. El beso fue idéntico como aquel de Tijuana; breve pero eterno. Después, pantalla en blanco. La gente volvió a sus ocupaciones como si nada, la vida seguía impasible pero ellos desaparecieron, se los habían llevado. Alguien muy lejos de esta realidad y parado junto a mi gritó —Viva la fuente de los enamorados—. Se escuchó sordo y escondido en algún lugar de mi mente. Pero aquello fue real, tan vívido como las noches de luna llena en Greenwich Village o los atardeceres lluviosos de Florencia.

Sentí que mi respiración zozobraba. Me senté en una banca y cerré los ojos. Me transporté a otro sitio, donde era feliz no por haber sido aceptada en una Academia o por tocar en un auditorio vienés frente a cientos de personas, sino por el placer de serlo. No pude verlo con claridad, nubarrones espesos cerraron frente a mí su cortina de arrogancia.

Vi mis manos, palpé mis pechos, mojé mis muslos, eran los mismos con los que caminé por Ankara y bailé en Barcelona; precisamente los que tocaron el césped de Central Park y nadaron en una playa de Tijuana. Pero el mundo de enfrente era otro, más severo y con deseos de querer lastimarme. La gente veía hacia mi dirección y era como si observaran la nada, los gatos no me registraban, el follaje de los árboles no caía sobre mi cabeza. Había dejado de existir para esa obra de comedia.

Me levanté asustada. Me acordé de Emiliano. Corrí lo más veloz que pude de vuelta al departamento, el cielo se hizo más obscuro, sin darme cuenta ya iba a anochecer; mi estancia en el parque parecía haber durado cien años. Giré la llave, pensé que no abriría pero me equivoqué. Todo seguía igual, la tetera seguía en el escurridor, los trastes de la mañana seguían sin lavar, la ropa planchada colgaba del armario de la entrada, el sombrero de siempre atado al perchero.

Penumbra excepto en un cuarto, donde el porvenir nació y la música de Lully comenzó a girar. Pero yo estaba de este lado de la vida, no podía ser la mujer que reía al otro lado de la puerta. Me acerqué de puntas, casi sin emitir ruido alguno, apenas si rasguñé al viento con mi hálito. Ya no había lugar a dudas, él volvió por mí; en forma de almohada, una peluca y mi ropa interior extraída del closet, un maniquí de trapo improvisado. Emiliano estaba inmerso en un frenesí sin nombre, su cuerpo me tomaba por asalto con un danzón de esos que ya ningún trovador compone. Susurraba mi nombre con devoción: —Te amo Erendirani—.

Ni muy torpe, ni muy brusco; embelesado, como quien acaba de encontrar una concha marina en la arena. Inflamados de pena, bailamos de la forma en que dos larvas tardarían en tejer su capullo de seda enamorado; con quince años de retraso. Fue demasiado para mi cuerpo, no soportó más el peso de una confesión derruida entre los cadáveres de nuestra historia: Hatziri, Andrés, Katerina… nuestros miembros desnudos retozando en una fuente esculpida por la negligencia del amor.

La jeringa me vio, yo la vi a ella. Aquella realidad no era para mí, tenía que desaparecer sin remedio. Me retiré del cuarto, calenté el polvo, vertí las gotas ácidas que laceran hoy mi vida. Inyecté con tal precisión que yo también soñé que tenía a Emiliano entre mis brazos al son de un tango adormecido.

Capítulo 13

XII

No son marido y mujer, nunca lo fueron. Beber una cerveza al atardecer en la azotea no es suficiente, tampoco comprar el tinte de cabello exacto para ella ni tejer un suéter en tiempos de frío. Pertenecerse no es una suma de quehaceres, gustos en común y cuentas por pagar, consiste en el abandono de uno mismo para encontrarse después con el otro. Siempre en forma de llanto, risa, enojo, hastío, cansancio, instantes que van y vienen como las olas del mar. Ayer eran unos niños, hoy son la caricatura de un adulto.

Erendirani ha salido a comprar comida, la poca que puede darse el lujo de adquirir con tu sueldo de vagabundo. Ya no más puchero con carne, pasta con salsa espesa, arroz con verduras. En el baño quedan algunas ristras de jabón unidas por la humedad acumulada en meses, los cepillos de dientes tienen las cerdas desgastadas y el champú es en realidad aceite para cuidado de bebés.

Ya no hay detergente para lavar las sábanas, ropa blanca y los pantalones. El refrigerador es una lágrima, hace dos semanas había una pierna de jamón pero puede que los hongos la hayan afectado, también hay dos litros de leche caducada, pepinillos en conserva, sardinas en jitomate y un nabo, ¡pinche pobreza, pinche pobreza!

Son un desastre, hasta el cactus que reposaba en la mesa del comedor terminó por secarse, si tuvieran hijos ya se habrían cubierto de moho o enfermado de lepra. Parece que al mundo dejó de interesarle el suicidio, las decapitaciones y los accidentes vehiculares, también se olvidó de la música. Solo hay bares de mala muerte que ofrecen quinientos pesos por seis horas de repertorio, los dueños tendrían que matarse en colectivo por semejante ingratitud. Ella decidió quedarse, no por pena o fastidio sino porque se hartó de no poder pronunciar a alguien las más bellas palabras; amor mío. Las noches neoyorquinas con su embriagante sabor perdieron el aroma de casa; a leche y pan.

No hay radio ni televisión. Por las noches elijes un libro del estante y lo lees de acuerdo al carácter de los personajes. Ella se acuesta en el polvoriento sofá, se quita los zapatos, suelta su pelo y deja que el sudor recorra su cuerpo semidesnudo. Mueve las manos para acompañar la acción de las palabras; si alguien dispara un arma cierra un ojo y sopla, como la cacerola que termina de rostizar lo último que quedó del pollo. Si alguien se besa, junta los dedos para formar dos cabecitas de pájaros y tuerce la boca; muac muac. Cuando el té está listo interrumpe lo que esté haciendo, abrocha los botones de su vestido y cubre sus pechos con rubor. Después, ambos se toman con las manos, murmuran palabras que

se lleva el tiempo, los brazos se ponen tensos; flexionan piernas para tomar valor, ¡amour, amour!

Un adicto hace que la droga viva, no al revés. Inyectarse es sencillo, cualquier idiota con dos dedos de frente lo consigue, pero asumirse como parte del caos es donde prima lo esencial. Sentir que te han despegado del suelo, no saber la intensidad de la caída, perderse en los valles de espuma donde abunda el vino de fresa o se escucha la risa del caimán. Erendirani no duda, se lanza sin medir las consecuencias, la ves sentada junto a ornitorrincos de dos cabezas y vírgenes con un solo seno. Acoge tu llanto, juntos bailan sobre una pista de champiñones que amortigua sus pasos.

Cuando mueras te ligarás a su cintura, serás nube y culebra. Para dar giros y giros hasta vomitar agua de azúcar con estrellas. No tendrás forma humana jamás, porque aquel que ha reencarnado no vuelve a lo que era antes, un ser imperfecto y contaminado de deseos, sino que asciende por el orden natural de lo espontáneo. A veces quisieras ser roca para besar al mar una y otra vez, quizá montaña para mojar tu nariz con nieve recién procesada; aurora boreal para maquillar las pestañas del cielo o chupaflor canelo volando de planta en planta haciendo el amor con el polen.

Te duele el brazo, parece que se ha desprendido del resto, hace tanto calor. Falta un ingrediente especial, ¡claro!, un epitafio digno, algo que verdaderamente importe. ¿A quién podría interesarle la desintegración de Yugoslavia? ¿Dónde estará aquella mujer que murió quemada de pie en su tortillería por un tanque de gas? ¿Qué más da la liberación de Palestina si África sigue con el cuerpo desnutrido? Lo que trasciende es el amor; no la santidad porque nadie es profeta en su tierra, pero todos se juegan tarde que temprano el pellejo por un beso. ¿Cuál habrá sido el primero? ¿En el patio del recreo? ¿En los baños de Reino Aventura? ¿Uno que nunca existió? ¡Damn you, damn you! He aquí tu epitafio.

Aquí yace un tal Emiliano,

de humor maldito y pene chico,

no se compadezcan de él,

vivió como quiso, fugitivo y sin pagar.

Comió hasta hartarse,

incluso gusanos con mantequilla,

una vez perdió una pelea,

y aceptó devorar pasteles de lodo,

jamás compartió una migaja.

Dejó libros sin acabar,

regó plantas con su orina,

abandonó amigos por desidia,

nadó en piscinas sin agua,

conoció a Timothy Dalton.

Casó una vez sin éxito,

porque su ego arruinó todo,

no supo ser feliz, a pesar de los esfuerzos

de una Katerina enamorada.

Retrató masacres, vio a niños morir,

a mujeres vender su cuerpo,

mientras políticos enriquecían,

sin queja o remordimiento.

Vagó sin rumbo fijo,

hasta que conoció a doña heroína,

que le mostró muchos mundos,

sin moverse del piso.

Dormir despierto es un lujo.

Amó a una mujer, de dulce sabor a lluvia,

que un día abrió su boca,

como mariposa recién nacida,

su nombre es Erendirani,

que en purépecha quiere decir Felicidad.

Ya ha regresado, pero su cara no tiene buen semblante. Las bolsas están semi vacías, al menos trajo bollos de hamburguesa y barras de margarina. Eso será suficiente para sobrevivir el resto de la semana. Te gusta cómo le cae el pelo por la espalda, la forma en que acomoda su abrigo en el perchero.

Acostumbra ir a la cocina para enjuagarse la cara, quitarse el polvo de la calle, ahí el agua está más fresca que en el baño, donde el sol entra a plomo y calienta el ambiente. No son marido y mujer pero casi, cuando te mira no se inmuta que no lleva maquillaje; sus uñas largas, los gorditos que sobresalen tímidos de las axilas, las arrugas recién estrenadas y las piernas con celulitis. No tiene que mentir, ponerse una máscara de realidad, contigo es ella y nadie más, ¡dulce hechicera, dulce hechicera! Hacerse el loco ha traído sus recompensas.

¿Saldrá de noche? No, si apenas se han vuelto a reconocer como un par de viejos que se cuentan sus andanzas guerreras. El fusil no ha caído, se ha quedado sin balas de forma temporal. Nadie ha visitado el departamento, salvo dos o tres llamados de un señor con acento caribeño bastante marcado, parece como si sus propias palabras amenazaran con tragarlo. Un día te pareció escuchar la risa de una de las Bovary, pero bien pudo haber sido un sueño o una alucinación.

No recuerdas con claridad pero parece que a una de ellas le gustabas pero no lo confesó de forma oral sino escrita. Recibiste dos o tres cartas, algunos llamados telefónicos por la noche, un encuentro casual por la calle. Aquello no podía ser coincidencia, decía a menudo —¿Cuándo nos vemos? Que no se entere Erendirani o las otras—. Tenía miedo de ti o

quizá solo un interés obsceno por despertar su lado menos cuerdo.

Ahora que lo piensas, la rechazaste no porque tu corazón perteneciera a otra sino por un turgente deseo de acostarte con ella. Ahí se hubiera terminado todo; obsesión, celos, falta de confianza. Hubieras trapeado el suelo con su cabeza, explorado hasta el más mínimo detalle de su trasero redentor. La perdición. ¿Por qué no ser decente como todos los demás muchachos?

¿Y si se va para siempre? No, demasiado extremo. Solo se está arreglando, no empacando sus cosas en una maleta. Se ha puesto el vestido con el que debutó en Nueva York. Los aretes que su mamá le regaló el día de su cumpleaños quince cuelgan de sus orejas, su boca ha cambiado al rojo carmín, sus párpados se han manchado con tizne morado. Si vuela y no regresa al amanecer ¿qué se supone que debes hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Esperar que a vuelva entrar por la puerta? ¿Prepararle un jugo de naranja? ¿Darle los buenos días como si nada hubiera pasado?

Aunque es una mujer libre, no tiene que pedirle permiso a nadie, ni a Katerina solicitabas una explicación cuando partía de viaje de trabajo a Varsovia con su ex novio. Este juego se está volviendo más estúpido ¿Eres hombre o payaso? ¡De nuevo con la cantaleta del señor Presidente! No vas a hacer otra escena, te da asco la propiedad privada, como si cada quien escupiera su tartaleta de piña para evitar que otro se la coma.

Nadie es dueño de otro, incluso ni de sí mismo, todo sería más sencillo si vivieras en una colectividad de los sesenta. Los hijos no serían exclusivos de una familia sino de un clan, por ende, habría relaciones sexuales abiertas y sin ningún tipo de apego; la mujer de junto también sería la tuya, el hijo del otro podrías criarlo tú.

Pero eso trae a la larga una adjudicación absurda, si la finitud es propiedad general y de nadie entonces se perdería la identidad propia. El sello personal que cada uno imprime a las cosas. Sería como estar condenado a leer el mismo libro, cantar un solo himno, hacer el amor únicamente de misionero.

Pobres dudas de un drogadicto. ¿Te engaña con otro? ¿Ríe mientras escucha otros cuentos? ¿Ha palpado una piel distinta a la suya? No puedes más, tendrás que seguirla, serás un fantasma. No podrá verte. Esperarás un instante oculto en tu cama, fingirás que duermes y escucharás el sonido del pomo de la puerta. Cuenta hasta diez, no corras antes de caminar.

Uno, dos, tres, nueve, diez… ¡Al demonio! ¡Sal de una vez! Mejor adelanta a tu presa, que no sospeche que está siendo cazada, deja que caiga en la trampa ¿De qué diablos estás hablando? No es tuya, nunca lo ha sido,

deja de atormentarte con esos complejos de señor feudal; dueño de la tierra y la carne. Esto no es la Edad Media, todos follan con todos.

Allá va, tan bella como siempre, camina con esa seguridad de ser dueña de sus propios pasos, la niña de tus sueños, no la dejes ir. No esta vez, cometer el mismo error sería impensable, acaba con este sufrimiento de una vez por todas y desabriga tu corazón. Nada puede pasarte, está curtido por años de experiencia, brandy, drogas y desavenencias. Ya no eres el chiquillo gordo e inútil que eras antes, salvo que ahora debes tributo ominoso a una jeringa.

¡Qué extraño! Este camino resulta familiar, las calles y avenidas se desdoblan en un laberinto ya resuelto con anterioridad. Ahí está la vieja secundaria, la tienda donde robabas dulces, el mismo bolero que no ha parado de lustrar zapatos de punta roma. Pero algo sí que ha cambiado, la gente está demasiado feliz, antes andaban deprimidos, con el arma apuntando a la sien. Los policías son amables, las bicicletas corren desenfrenadas, las plantas florean. Es el paso de Erendirani, el mundo cambia en cada rincón donde toca su luz, la vida toma un pincel y se pinta de muchos colores.

Ha doblado la calle, se ha detenido a comprar un helado, no, de hecho es un cafetín que vende merengues en forma de helado. Su cara es inconfundible, parece que cada cerveza que bebe es el elixir de la eterna juventud, su bigote persiste largo. El dueño prosigue con su ruta diaria al ensueño ¡No puede ser posible! ¡También sigue vivo! ¡Don Cucho todavía camina en sus cuatro patas! Apenas si logra sostenerse, tiene un pañuelo rojo anudado al cuello, las canas blancas cubren la quijada y el pecho. ¿Existirá todavía la bola del mundo?

Sí, aún reposa en la barra junto a la máquina de los cappuccinos. Entonces no lo soñaste, aquella tarde era domingo y no lunes, no era cierto que Erendirani era una niña fantasma que murmuraba en el departamento 8B del número 65 de la calle Orizaba. Los demás también la pueden ver, has visto como un hombre de mediana edad la miró con lujuria. Los niños se han llevado una probada de su manjar blanco a la boca, las señoras se han quitado su sombrero para saludarla, las demás muchachas se han quedado prendadas de su cabello, ¡toca las llagas, toca las llagas! ¡Ver para creer!

¿Qué va a pasar ahora? Se aproximan a un lugar muy extraño, donde antes había agua hoy solo queda polvo. La Fuente de los Cántaros era su nombre en verso, en prosa es desilusión. Erendirani y los demás, ella es el centro de un universo que nadie habitó. Llevan a don Cucho en brazos, al pobre animal se le escapa la vida, la lengua cuelga de fuera.

Todos cargan con picos, palas y costales de cal. ¡Van a enterrarlo vivo! La fuente está triste, no corre sangre de sus venas ni de sus pechos, se ha

quedado sin alma. Está seca. Parecen muy decididos, ella no puede hacer esto, sería incapaz de algo tan cruel y malvado. El perro no ha sido responsable de la separación. Praga no tiene la culpa. Nunca ha hecho mal a nadie, tu querida pianista jamás colaboró en la muerte de otro, a menos que…

*

¡No, Erendirani! ¡No sepultes al amor! ¡No permitas que se vaya a dormir sin antes haber escuchado una confesión escondida por tantos lustros! ¡Allá va Emiliano para impedírtelo! Será la última vez que lo veas con el peso del tiempo sobre sus ojos. Por fin me ha dejado para fundirse contigo. Va a decirte que te ama. ¡Por fin! Hemos vivido en pareja muchos años, más de lo que Katerina soñó, ahora es tiempo de divorciarnos. Ha decidido poner fin a esta farsa escrita por un falsificador de sueños. Éste no es el espejismo de alguien más, solo pertenece a ustedes dos.

Capítulo 14

Epílogo

Parque ciego, departamento mudo. Erendirani fregaba una y otra vez el único juego de sábanas blancas, sus manos quemadas por el jabón parecían no hacerle mella. Del tenderete improvisado en una esquina del cuarto de servicio colgaban un sujetador deshilachado y un pantalón roto, el último enjuague no logró secar de sus tejidos unas cuantas gotas que se derramaban acongojadas por la coladera.

Un estridente silbido se escuchó desde la cocina. Erendirani corrió a toda prisa y apagó el fuego de la estufa anticipando un desaguisado con la olla exprés. Abrió la alacena y tomó la sal junto con unas galletas rancias con más de un mes de caducidad, no había nada más en el negro espacio de la finitud. Frijoles semiduros, con sabor a madera vieja. Vertió una generosa cantidad en dos platos hondos, sonrió satisfecha.

La puerta de entrada despertó y abrió los ojos. Era Emiliano. Lucía cansado, —con la corbata desanudada y las ojeras del tamaño de una ampolla gigante, parece un salvaje del Amazonas, pero tan bonito como siempre— pensó Erendirani. Dejó el saco sobre el comedor y se fue a sentar a la sala, donde estiraba las piernas además de calzarse las pantuflas. Fijó la mirada hacia la ventana donde flotaba un espeso nimbo rechoncho de nata y humo gris. Hoy tampoco hubo suerte, el portafolios sin documentos lo evidenciaba, otro día con las manos vacías, sin empleo.

Erendirani se asomó desde la barra pero no agachó la cabeza. Sonrió y se mojó la cara en el fregadero, de nuevo, la aguada produjo una sensación de alivio. Tomó la frugal merienda; la llevó a la sala. Los dos comieron en silencio, sin gesticular, sin quitar la vista del plato. Terminaron y se quedaron viendo la puesta de sol en el vano de la ventana. Después, ella recogió los trastes, lanzó un guiño con el ojo derecho. Emiliano no dijo nada. Salvo al final.

—¿Estuvo rico amor? —preguntó Erendirani.

—Cocinas con alma —respondió Emiliano animado.

Al cabo de unos minutos de introspección, Erendirani acarició su pelo de sol y fue a tallar la olla de barro. Marido y mujer al fin. La radio tocaba una canción que parecía sacada de un tiempo ya extinto:

So Sally can wait, she knows it’s too late as She´s walking on by.

My soul slides away, but don't look back in anger I heard you say.

*

Así que Sally puede esperar, sabe que ya es tarde mientras pasa de largo. Mi alma se aparta, pero no mires atrás con enojo, escuché decirte.

—Ya se acabó la heroína y Oasis también —musitó ella desde la cocina.

El viento que se deslizó por la ventana respondió con un grito ahogado. Se acabaron las escapadas nocturnas sin moverse del asiento con la ayuda de la aguja.

—Llamó Anne, mañana mismo podremos llevar a mamá a su casa de Querétaro, el diagnóstico es terminal —añadió Erendirani con la voz quebrada.

Los truenos allende los valles que rodean la ciudad sentenciaron con su quejido de plañidera que rebotó en las paredes del departamento.

—Me escribió el doctor, dice que podemos seguir intentando pero mucho me temo que no podrá hacerse demasiado, lo he expulsado de mi cuerpo otra vez, otra vez…

Un hijo, eso es lo que habían tratado de conseguir Emiliano y Erendirani por varios meses sin éxito. Parecía que sus frutos internos se habían secado.

Emiliano no se levantó del sofá, la dejó llorar a su gusto sin importunar, tragó saliva y se comió toda la amargura; no tenía otra alternativa, debía permanecer incólume aunque le fuera la vida en ello. Tenía que hacerlo por ella, por su amor. Al cabo de unos minutos el llanto cesó, ella regresó a la sala, intentando borrar sus pasos para no hacerlo enojar.

Se miraron por largo rato, él lamió sus heridas con sendas caricias en las mejillas y dibujó junto con ella figuras imaginarias que proyectaban a contraluz en el teatro de sombras de su matrimonio improvisado. Erendirani lo besó por largo rato, hasta que logró hacerlo hablar; conversó con sus manos, sus ojos y su lengua, abarcando cada centímetro de sagrada piel hasta no dejar rastro sin cubrir.

Lloraron mucho en el coito, sus almas cansadas cayeron desmadejadas por la pena. Pero el placer no podía retardarse tanto. Emiliano sacó del viejo librero un añejado vino que su mejor amigo le regaló el día de su boda con Katerina. —Bébelo el día que te sientas más triste, será como volver a vivir— le dijo. Los dos bebieron hasta apaciguar la desesperanza y se quedaron dormidos sin darse cuenta.

En la madrugada, el frescor de la noche mezclado con las gotas postreras de uva y semen posó una nube de vapor sobre sus cabezas; los despertó con nuevos aires, como si hubieran sido lanzados al mundo para una segunda oportunidad. Lo tenían todo, a ellos mismos, con eso bastaba.

—¿Por qué te quedaste conmigo si tú tenías todo para ser feliz? —preguntó Emiliano.

—Tú no sabes nada —dijo Erendirani.

—Pero es verdad, mientras tú podrías estar comiendo langosta en tu gran mansión, yo como poemas rociados con tinta rancia.

—Precisamente por eso, porque te ríes de la muerte en su cara sin saber qué cenaremos mañana, porque cuando tú y yo nos drogamos en la azotea me llevas hasta el umbral de la nada como quien toma un autobús a las siete de la mañana y no siento miedo. Por eso te amo.

Una urraca se escurrió por el balcón; libó de la botella de vino que yacía rota en la mesita del té, pero un dulzor desbordante escoció su lengua y huyó atontada. Era la maldad desbordada por el amor. La humedad era sofocante, los cuerpos lucían atrofiados por una larga exposición a la duela, colillas de cigarro flotaban en el agua turbia de los floreros marchitos.

Erendirani nunca se había sentido más feliz. Tomó a Emiliano por la nuca y le plantó un severo beso en la punta de la nariz. La unión en la parte baja se mantuvo fiel al compromiso que todos los amantes firman con sus genitales. Miembros inmóviles y encogidos pero al fin y al cabo saciados. Dos soledades unidas por el cordón umbilical nutrido a la distancia de un beso abortado.

—¿Cuánto tiempo me vas a querer? —susurró Erendirani.

—Lo que la vida me alcance —sentenció Emiliano, que al instante cerró los ojos de ella con un movimiento grácil de su mano izquierda como cuando uno pone a dormir a su muñeca de porcelana más querida.

Pasaron meses inmóviles. Hasta que un día los vecinos comenzaron a escuchar un piano con notas olor a naranja y compases que copiaban el canto de los pájaros. La puerta se quedó entreabierta. Nadie quiso llamar a la policía o una ambulancia, los dos muertos lucían serenos y complacidos, con la mirada aún encendida. El departamento no hedía a bacterias y sangre coagulada, sino a crisantemo; multitud de pétalos cubrían techo, piso, mesas, camas, cortinas. Dormían su último sueño en soledad, así como cuando se encontraron en un parque donde bebieron agua de lluvia y vieron sus cuerpos desnudos sin una sola grieta. Así se quedaron, pulcros y lisos, como si hubieran sido de nuevo lanzados al mundo después de la ducha.

FIN